ALFAGUARA



Tomás González

El rey del Honka-Monka

Narrativa Hispánica

Tomás González

El rey del Honka-Monka

ALFAGUARA

Y otra vez viene la lluvia, ¿dónde ahora?
Cae serena sobre sauces, pastizales,
violenta sobre gente en estampida,
violenta sobre barcos agobiados
mar adentro,
suave sobre techos sobre amantes,
sobre niños, sobre perros a cubierto,
limpia sobre el agua clara de algún lago,
atribulada por las rejas de las calles
se dibuja sobre telas verticales sobre
valles, se repite, cae, se evapora y
cae y
se repite.

Poema VIII, *Manglares*

Verdor

Después de la tragedia se quedaron todavía por un tiempo en Bogotá. Pasadas las molestias del entierro, las palmadas en el hombro, la piedad de gente que apenas conocía, él perdió la fortaleza que se le había visto después de la noticia y durante las ceremonias que siguieron. Y entonces a ella, que había sufrido de desmayos primero y luego había sido sacudida por crisis nerviosas que debieron ser calmadas con enormes dosis de Valium, le tocó oírlo llorar a altas horas de la noche, encerrado en el baño, con gemidos contenidos de persona corpulenta.

No volvió a tocar un pincel y amontonó los cuadros, sin mirarlos, en una especie de bodega que había bajo la escalera. Y aunque seguía siendo una persona silenciosa y afable, se le podía notar cierto desgano, cierta agresividad refrenada. Todavía andaba con muchos amigos, pero ahora se quedaba alelado mientras los otros hablaban, mirando al vacío con ojos desolados. A veces bebía demasiado y terminaba dejando su pesado corpachón colgado de la silla. Los amigos lo cargaban entonces y Lucía los veía entrar, sudando, los tragos pasmados por el esfuerzo de bajarlo del carro y subirlo hasta la alcoba. Lucía les servía un trago, les ponía un disco, conversaba un poco, los besaba en la mejilla y los echaba.

Después de un año de verlo como roto e inmovilizado, ella empezó a preocuparse. Con los cuadros terminados se había logrado montar una exposición que resultó ser un relativo éxito, tratándose

de un pintor todavía joven y poco conocido. Pero si en condiciones normales el éxito le producía cierta desconfiada curiosidad, ahora lo dejaba indiferente. Lucía tuvo que disfrutar sola con las reseñas donde se alababa su extrema habilidad y se le auguraba un futuro promisorio; y sólo ella pudo alegrarse por la rápida venta de los cuadros y recibir unos dineros que llegaban bien, aunque en el fondo no los necesitaran.

Entonces metieron los muebles en un depósito, alquilaron la casa y se fueron. Volaron a Los Ángeles. Alquilaron un carro.

Al principio él pareció aliviado con el cambio, y por momentos se le pudo ver alegre con aquel vagabundeo que los metía veloces entre naranjales infinitos y después los hacía entrar a los deslumbrantes paisajes resecos de Nuevo México y Arizona. Vieron soles enormes desaparecer entre piedras y cactus; vieron camiones lejanos titilando en la distancia requemada.

Se quedaban un par de días en algún motel o cabaña y después volvían a meterse en los paisajes gigantescos, donde podía sentirse al mismo tiempo la sensación de la inmovilidad y del vértigo. Y si viajaban de noche, él incluso podía poner música, subir el volumen y dejar que el sonido de mandolinas saliera por las ventanillas y se fuera como chispeando contra la enorme oscuridad.

Pero fue un entusiasmo fugaz. Antes de llegar a Nueva Orleans su mal genio volvió a acentuarse. Se quejaba de la monotonía de hoteles y autopistas, hacía comentarios sarcásticos sobre la pulpa insípida en que los gringos convertían todo lo que tocaban y se burlaba de los cuadros de Picasso que colgaban sobre los inodoros de los hoteles. Cuando llegaban a algún hotel, se quedaba esperando a que ella saliera de la oficina con la llave, y entonces

estacionaba el carro, entraba al cuarto y se tiraba a la cama sin ayudar a bajar nada, sin lavarse los dientes, sin desvestirse siquiera. Y al día siguiente Lucía debía cargar maletas y maletines, y entregar la llave en la oficina.

En Nueva Orleans se alojaron en el barrio francés en un apartamento bello y polvoriento que les alquiló una señora que tenía los dientes podridos y parecía la bruja de Hansel y Gretel. Salieron de día a pasear por las aguas lodosas del Misisipi en un pequeño vapor de aspas rojas, cargado de turistas, que navegaba bien aunque pareciera de confite y caramelo; por la noche recorrieron Bourbon Street, mezclados con los demás turistas a medio emborrachar que recorrían la calle de arriba abajo oyendo música y mirándose los unos a los otros. Y aquella primera noche, rematada en un bar donde un pianista musculoso que tenía nariz quebrada de boxeador le dedicó a Lucía una versión algo desvencijada de *Farolito*, él pareció divertirse.

Durmió mal, sin embargo. A las cuatro de la mañana, sentado en el balcón frente a un cenicero repleto de colillas, miraba pasar los últimos borrachos. Y a las diez miraba su desayuno con cara ceñuda y cenicienta.

Ella le recordó, en el tono más severo del que era capaz, que no era sólo él quien había sido golpeado por la desgracia.

Se quedaron cuatro días en Nueva Orleans. A pesar de los comentarios sarcásticos que debía oír de tiempo en tiempo, Lucía se sintió fascinada por esa ciudad alegre, un poco sucia y un poco fermentada, tan parecida a las ciudades del Caribe. Como pasa a veces con la gente silenciosa, él parecía certero cuando hablaba; pero si alguien se hubiera puesto exigente, lo del Disney World para

borrachos o lo de los prostáticos tocando clarinete habrían resultado apenas intentos débiles de hacerle daño a un sitio que resultaba difícil dejar de querer. Lucía se quedaba un rato callada, mirándose las manos, y después de darle la razón volvía a dejarse llevar por un bullicio y un movimiento que la deslumbraban.

En Nueva Orleans entregaron el carro, que con su olor a resinas sintéticas, sus blanduras plásticas y sus peluches a base de petróleo había empezado a asquearlo a fondo, y se fueron para el norte en el camarote-litera de un enorme tren expreso. Por la noche, mientras pasaban postes y fábricas sombrías, mientras él dormía o fingía dormir en la litera, Lucía miraba la eternidad que cada cierto tiempo abrían hacia el este los relámpagos de una tormenta cercana. Horas después se acostó y lo sintió llegar, innecesariamente brutal —dulce y cariñosa, ella nunca se le había negado—, arrancándole la ropa a manotazos y penetrándola, rasgando y magullando, mientras el tren pitaba feroz, metido ahora en la tormenta masiva que azotaba las ventanillas y revolcaba los árboles vertiginosos y relumbrados. El clímax fue rápido y aterrador, y pareció venirles desde el corazón mismo de las tinieblas.

Días después, sin camisa, él miraba llover por la ventana. Aunque estuvieran todavía en plena primavera, sobre la ciudad había caído una ola de calor y lluvia que la oscurecía y la hacía aún más densa. Frente al hotel un hombre despatarrado dormía aferrando una botella de vino en la mano derecha. Lucía había salido temprano y esta vez ni se había tomado el trabajo de invitarlo. Cuando lo llamó a mediodía para decirle que todavía se demoraba otro par de horas, él le contestó que podía demorarse lo que quisiera; cuando regresó, a eso de las cuatro de la tarde, lo encontró sin camisa, mirando

llover por la ventana. El hombre despatarrado se había despertado y, sin levantarse, sin soltar la botella ni quitarle la cara barbuda a la lluvia, le pedía plata a la gente que pasaba.

Dejó de llover.

Visitaron a un amigo pintor que se vestía de negro, llevaba el pelo muy corto y usaba una gotera de oro en una oreja pulcra y rosada como un caracol. Tenía un estudio grande, donde producía cantidades abrumadoras de animales como electrizados sobre fondos de colores primarios. Después de dos tragos empezaron a recorrer el estudio mirando esa serie infinita de imágenes —vendidas, ciertamente, mucho antes de que empezaran a ser pintadas—.

«Esto lo que es es una puta fábrica», dijo él, y Lucía lo miró con ojos muy abiertos. El amigo no parecía ofendido, pero tampoco encontraba qué decir. Sonrisa cordial y ojos helados, mencionó los tiempos, que cambiaban.

Lo de la puta fábrica fue lo único que dijo hasta el final de la visita. Para salvar las apariencias, ella tuvo que sostener la conversación con su inglés precario mientras un macaco endemoniado la miraba desde uno de los óleos. El cielo se había cerrado otra vez y había tomado el color del cemento. De regreso al hotel, Lucía sintió ganas de llorar.

El domingo siguiente miraban a un maromero chino que con dos palos lograba mantener otro en el aire, golpeándolo constantemente hasta dar la sensación de que flotaba. La pequeña plaza era un caos de prestidigitadores, equilibristas y músicos. Jóvenes de pelo verde y pantalones de cuero fosforecían de palidez bajo el sol. Después de hacer flotar el palo, el maromero chino empezó a escupir candela,

pero sólo Lucía pudo verla, porque él estaba sentado en una banca, encorvado bajo sus grandes espaldas, mirándose los zapatos. De regreso al hotel vieron a una viejita en patines, con la cabeza canosa llena de flores plásticas de colores. Cruzó frente a Lucía y le sonrió, afectuosa y feliz.

—¿La viste? —preguntó ella.

Él no contestó.

Lucía dijo que había visto a una viejita en patines con el pelo lleno de flores plásticas de colores.

—¿Y qué querés? —preguntó él.

Y entonces preguntó que si ella quería que él se orinara de la risa.

Para la primavera siguiente el pellejo le colgaría de los huesos como a un buey enfermo.

Después de la partida de Lucía —lo dejó, por supuesto, incapaz de aguantar por más tiempo esa mezcolanza de apatía y crueldad— se sintió aliviado, como si le hubieran quitado un morral de encima. Caminó liviano por las calles, sin rumbo. Entraba a los bares, salía de los bares, disfrutaba de una inmediatez que por su intensidad abolía el pasado por completo. A la señora que le alquiló el cuarto, uñas roídas, joyas baratas y una actitud impersonal algo ingenua, le dijo que se llamaba Boris y se dedicaba a la reparación de instrumentos. Adornó la mentira con algunos detalles y dejó aparecer el gesto más parecido a una sonrisa que había tenido o iba a tener en mucho tiempo. Y se instaló en un cuarto que olía a humedad y a estiércol de palomas.

Las palomas venían de todas partes y anidaban en el alféizar de las ventanas. La primera mañana fue despertado por su arrullo desapacible y por el aleteo sórdido que producían cuando llegaban o

se iban del alféizar. No sin esfuerzo abrió la ventana, que había sido pintada muchas veces sin nunca abrirse y estaba soldada al marco, y vio dos nidos, cada uno con un par de pichones implumes y ciegos. Blandos reptiles del Apocalipsis, gárgolas repugnantes, abrieron sus desmesurados picos con avidez primordial y cayeron al vacío como pequeños demonios, para estrellarse y desaparecer tres pisos más abajo, entre pedazos de ladrillo, pedazos de alambre, sillas desbaratadas y colchones sucios, todos desperdigados en el patio que correspondía al edificio.

Dos edificios vecinos estaban abandonados: uno tenía las ventanas tapiadas y parecía un enorme nicho funerario, del otro entraban y salían las palomas. Y del reguero de ladrillos del patio brotaban pequeños árboles, muy proporcionados, frescos y de un verdor absurdo para aquellos lugares donde no llegaba nunca el sol.

Durante el verano durmió de día y caminó sin rumbo por las noches. Tal como se había anunciado desde la primavera, el verano llegó especialmente caliente y sofocante: llovía mucho y antes de cada aguacero el aire se ponía espeso y aplastaba. Metido en una penumbra de persianas bajadas él sudaba en pantaloncillos, durmiendo o mirando girar un ventilador de aspas metálicas que sonaba como si alguien estuviera sacudiendo una bolsa con clavos o monedas. Por la noche se ponía la ropa sobre el cuerpo todavía encharcado de sudor y salía a la calle después de sacar un par de billetes del sobre donde Lucía le había dejado una suma grande, tan grande al menos como irían a ser sus necesidades durante el verano, dinero que él ni había pedido ni había rehusado.

Después de caminar un rato se metía a cualquier bar, pedía una cerveza y se sentaba a mirar la televisión.

En las tinieblas del bar alumbraba el verde del pasto en estadios donde hombres de mandíbula cuadrada escupían y rasgaban el aire con miradas diamantinas. Señoras de ojos azules abrazaban con amor cajas de detergente mientras maridos vestidos con camisas impecables las miraban complacidos. Una pareja de novios se arrebataba una galleta de chocolate y se reía. La espuma de su cerveza se desvencijaba poco a poco, regresando de una elaborada e ilusoria estructura a la sencilla repugnancia del líquido plano y ahora tibio, que él bebía sin asco y casi sin pensarlo. En la pared de los baños, vulvas humilladas recibían falos en los que el orgullo masculino se sumaba a la propia torpeza del dibujo para plasmar una vanagloria atroz que alcanzaba los últimos límites posibles de la fealdad. Cuando algún fanático del béisbol le palmoteaba la espalda, sin sospechar que no se trataba de un camarada sino de alguien que sólo miraba el verde puro, abstracto e irreal de los prados lejanos, él encogía sus hombros anchos, cada vez más huesudos, de modo que el fanático dejaba congelar un poco la sonrisa, enfriar sus ojos entusiastas, y retiraba el brazo, consciente de que había tocado un territorio profundo y prohibido.

Después de mantener por horas el codo sobre la barra y la mandíbula apoyada en la palma de la mano, salía del bar a la hora de cerrar con el hombro derecho cubierto por la ceniza de los incontables cigarrillos que habían ardido entre sus dedos mientras miraba a los novios que se disputaban las galletas de chocolate. Caminaba por calles que olían a orines, llenas de periódicos y paraguas desmembrados, y se dirigía hacia los parques del río. En las bancas dormían los hombres desplomados. El móvil reflejo de un aviso de Pepsi-Cola flotaba sobre las aguas oscuras. A veces dormía

en una banca, como los otros, a veces se amanecía viendo bajar las aguas sucias hacia el mar. Cuando llegaba al cuarto se tomaba un trago grande, para escapar del aleteo de las palomas, y se tiraba en la cama a sudar y a soñar con un pasado que regresaba en imágenes descoyuntadas y revolcadas, como si por su memoria acabara de pasar un viento furibundo.

Sin hablar casi con nadie, sin lavar su ropa, sin preocuparse por su creciente mal olor, se le fue pasando el verano. El pintor de animales endemoniados lo invitó un día a una fiesta a la que irían amigos comunes, pero él no fue, por supuesto. Ni siquiera pensó que resultaría difícil entenderse con gente demasiado inteligente, que el buen gusto de una rebeldía aparente iba a hastiarlo o que las mínimas formas convencionales de trato irían a resultarle insoportables. En un tono neutro dijo, sin más, que no quería ir; miró con sencillez al pintor de animales electrizados, como se mira y entiende un cactus o una rosa, le dio la espalda y lo olvidó por completo.

El clima todavía no empezaba a refrescarse. Los hidrantes elevaban de día chorros de agua en los que se bañaban los niños como pájaros; de noche caían contra el espejo del asfalto como si arrastraran carros y edificios, sirenas y neones, y los aniquilaran en un cataclismo espectacular contra la tierra.

Él recorría las noches del verano metiéndose por sitios profundos, recovecos turbios, pero casi siempre buscando terminar la noche bajo cielo abierto. Por algún tiempo anduvo con una mujer morena que tenía el tatuaje de una culebra en el estómago. Con ella entró y salió de bares, con ella pasó días en cuartos de hoteles desastrados, que tenían bañeras negras y cortinas espesas y raídas, y que

parecían estar más hondo que los trenes subterráneos cuyo ruido los calaba por completo. Envuelta en la luz de mecheros de alcohol, la vio hacer brillar jeringas, la vio casi desaparecer de placidez en el fluido de su propia sangre como quien se deja llevar por un ancho río hacia el olvido. Aparte de que se hacía llamar Boris, ella no supo ni quiso saber nada de su vida. Se poseían con lujuria y sin ternura. Se encontraban al azar, sin alegría y de un modo fatal, como si dioses desganados hubieran tenido el momentáneo capricho de arrimarlos. Se despedían sin darse cuenta, desapareciendo el uno del otro como desaparecen las personas en los sueños.

Cada cierto tiempo recibía cartas con estampillas de animales, plantas tropicales, próceres. Las dejaba sin abrir hasta que llegaba una nueva y entonces leía las dos con desatención, chismes lejanos, historias de amigos que ya había olvidado, formas afectivas que de lo puro marchitas ya ni tristeza producían. A veces se quedaba largos ratos mirando el azul intenso de las grandes mariposas, y a duras penas leía la letra abierta, pulcra, femenina, que le hablaba de gente que para él ya estaba muerta. Las orquídeas, las mariposas de Muzo, los héroes de mirada ingenua, en la barra de un bar, en su propio cuarto, en los hoteles, eran despojos mínimos y nítidos de un inmenso naufragio que a estas alturas ya ni centro tenía, ni periferia. En un sobre le llegaron las páginas dobladas de un periódico, donde se hablaba de él y se reproducía uno de sus cuadros. Las miró y volvió a doblarlas como si fueran un documento amarillo y apolillado, un poco repugnante, que hablaba de gente remota, desde hacía mucho tiempo convertida en polvo.

Para entonces el pelo le había crecido demasiado y se lo había agarrado atrás con un caucho. Su frente se veía muy amplia, sus

ojeras muy grandes.

Los vientos empezaron a soplar más frescos. Las camisas de pana que había traído de Bogotá le colgaban abundantes y le daban una apariencia mística. Se afeitaba cuando el roce de la barba con la almohada empezaba a fastidiarlo, cada tres o cuatro días, sin espejo, rápido y sin preocuparse por los parches de barba que quedaran.

Una vez, ya casi de madrugada, lo sorprendió un aguacero mientras miraba bajar el agua del río para el mar. Caminó despacio bajo la lluvia y sintió que uno de sus zapatos estaba roto. La noche siguiente, en un baratillo que abría las veinticuatro horas, compró unos tenis que al principio casi cegaban de blancura en contraste con su ropa oscura, pero que rápidamente se fueron curtiendo con el polvo de calles y bares hasta ponerse casi negros, y que serían usados sin lavarse nunca y de un modo continuo hasta su disolución total.

Otra noche un hombre tan flaco y grande como él mismo le pidió cuarenta y tres centavos que le faltaban para una botella de vino. Con uno de los billetes que le dejara Lucía compraron una botella de coñac caro y se sentaron a beber frente al río. Un pequeño velero, con sólo una luz verde en lo alto del mástil y las velas desplegadas, pasó remontando la corriente en la oscuridad, como una mariposa nocturna. El hombre dijo ser sueco. Durante la noche dijo ser exmarino mercante, exingeniero, exgeólogo. También era alemán, y él entonces lo dejó hablar, sin creer ni dejar de creer, como el que se deja acompañar por el ruido del agua que baja entre las piedras. La noche era limpia y las luces de los aviones se movían muy nítidas contra la negrura compacta del cielo. Una rata larga pasó en la oscuridad y desapareció en un bote de basura volcado. El sueco, ya

borracho, terminó una historia que lo había conmovido y agitaba los hombros bajo el peso de sollozos vigorosos. Se bebió un trago grande. Pareció aliviado de la angustia que le había producido su propia ficción y siguió hablando sin parar, como saltando un abismo a cada instante, creyéndose por turnos extopógrafo, finlandés, exgeólogo, exmarino, holandés, unas veces arruinado por los viajes, otras por las mujeres, el juego y el alcohol.

Como esa noche pasaron muchas. Las personas desaparecían y volvían a aparecer. A través del sueco conoció mucha gente. Había ajedrecistas fétidos, borrachos y caballerosos, muy raídos, que jugaban partidos a veces insensatos, a veces brillantes; había hombres abstraídos que garrapateaban incansablemente cosas en cuadernos sucios; había gente que con el alcohol comenzaba a discutir minucias a grandes voces y con gestos ampulosos y violentos, como si estuvieran en juego los destinos últimos. Noches largas durante las cuales probó por primera vez vinos dulces que llevaban nombres como Rosa Salvaje de Irlanda, o Pájaro del Trueno, los más baratos tal vez sobre la Tierra; noches que terminaban en un reguero de papeles y botellas quebradas que chispeaban después con el sol mientras los hombres que las bebieron, desperdigados ahora, quedaban caídos en bancas, donde respiraban apenas entre su propia sombra, o intrincadamente ocultos en las grietas del cemento, como si fueran cucarachas o murciélagos.

Las hojas empezaron a caer copiosas y a acumularse junto a las basuras de los parques. Él caminaba metido en una gabardina demasiado larga, aunque corta de mangas, como las de los espantapájaros de las tiras cómicas. La había comprado por dos

dólares a un amigo que ofrecía mercancía vieja, casi basura, en la plazoleta donde había una escultura que representaba un dado gigantesco. Por algunos días alcanzó a sentir el espeso olor acumulado de anteriores propietarios, sedimento oscuro que se perdía en los orígenes de la raza humana, pero ahora su propio olor había tomado posesión, o se había tal vez integrado al antiguo, y ya no lo sentía. Y como la caldera del edificio aún no había sido encendida, muchas veces él llegaba y se tiraba a la cama con la gabardina puesta, mientras afuera arrullaban las horripilantes palomas, a soñar con un pasado que cada vez le llegaba más trocado y equívoco.

A finales de septiembre recibió una carta donde se anunciaba la llegada de un pariente para principios de octubre. La carta decía que ellos estaban muy preocupados por la falta de noticias, y él tuvo que hacer un esfuerzo para recordar de cuáles «ellos» se trataba. A la dueña del cuarto todo en la vida, al parecer, le importaba un bledo, y se encogió de hombros cuando él le dijo que se iba. Recibió la llave sin mirarlo y no se tomó siquiera el trabajo de levantar los ojos para verlo salir con su pequeño maletín en la mano y perderse en una noche excepcionalmente cálida, aunque llena de bruma.

Horas después la mujer entraría al cuarto y metería medias rotas, tubos de papel higiénico y colillas en una bolsa de plástico negro. Lo haría con gestos mecánicos, sin siquiera odiar, sin recordar siquiera a la persona que había dejado tras de sí semejante basural.

Se metió en un hotel pequeño, al frente de una avenida que cruzaba la ciudad de este a oeste, apretujado entre un almacén de almohadas y colchones demencialmente desordenado y una ferretería polvorienta. Alquilaban cuartos por horas, días, semanas,

años, tal vez siglos. Al otro lado de la avenida había un parque con columpios y balancines oxidados, donde alumbraban por la noche los botes de basura a los que hombres oscuros metían fuego y después rodeaban para calentarse. Su cuarto tenía un inodoro rajado minuciosamente, como una cáscara de huevo, y un lavamanos mugroso. No había ni ducha ni ropero. Ni él ni las demás personas que entraban y salían parecían ya necesitarlos. Se salía del hotel por corredores y escaleras iluminados por débiles lámparas de neón que soltaban luz nebulosa. Todas las noches, al lado de las canecas de basura y de la escalera que bajaba del hotel a la acera, había un viejo que se acurrucaba para dormir protegido del viento. Mantenía la cabeza metida en una bolsa de plástico negro a la que le había hecho orificios para respirar. Una vez él le ofreció dinero, pero el hombre no quiso recibirlo; dejó en cambio oír una voz áspera y gruesa que venía de las profundidades de su cerrada noche de plástico, y le dijo que se llevara su dinero para otra parte, que nadie le estaba mendigando.

Por entonces había empezado a dibujar con carboncillo a la gente de los bares. Una noche quisieron comprarle el dibujo que había hecho de modo mecánico sobre una servilleta, y que mostraba a un hombre pequeño sentado en una banca alta, encorvado sobre la barra del bar, a la vez envuelto en sí mismo y echado para adelante, como un ave de rapiña o un demonio. Esa vez no quiso recibir dinero, aunque no tuvo inconveniente en dejarse invitar a un par de tragos que, como siempre, le duraron hasta que cerraron el sitio. Pero después decidió comprar un revólver que le ofrecían por ahí, contó lo del sobre y vio que le alcanzaba para el arma y sólo le

sobraba algún ripio. Entonces comenzó a dibujar a la gente y a recibir lo que quisieran dar por los dibujos.

Los retratos eran tan oscuros como los bares, y las personas, aunque todavía identificables, aparecían a medio tragar por las tinieblas. Pero el límite de la oscuridad no se adivinaba en el bar (esquinas que, aunque invisibles, estuvieran allí; estructuras que, sin ser vistas, llenaran el alma con la luz de su lógica, tranquilizándola), sino que se perdía sin remedio en un abismo sin fondo. El reflejo de unas gafas, una mano cundida de anillos de plata, eran creados con la nitidez necesaria para que todo lo demás cayera en el vientre horroroso de lo oscuro. Sin embargo, la gente, metida en su sopor de alcohol y cigarrillo, rara vez se horrorizaba; miraba el dibujo con interés, sorprendida por la evidente habilidad del dibujante, hablaba un rato con él, le ponía las manos en el hombro y se mostraba casi siempre generosa. Tan pronto recogía lo necesario para pagarse la noche de hotel, la comida y los tragos, él dejaba de dibujar y se quedaba otra vez en la barra, inmóvil y en silencio.

Pagaba el hotel cada madrugada. Llegaba poco antes de que saliera el sol y le daba el dinero al empleado soñoliento, que le entregaba una llave atada a una lámina metálica de apariencia carcelaria y le devolvía el maletín repleto de ropa sucia que había dejado en la oficina al salir. Caminaba por escaleras inundadas de luz lechosa —el revólver, helado, subía metido en una media entre la ropa— y entraba a un cuarto que cada noche era distinto. Todos tenían espejos desportillados y borrosos e inodoros rajados, pero unos daban a la avenida y otros a pasadizos oscuros donde las ratas hacían sonar las latas en las basuras. A él todos le daban lo mismo. Por las delgadas paredes llegaban sonidos que a veces eran vagos,

sollozos lejanos que se fundían con los ruidos del vapor en los tubos de la calefacción, disputas deshilachadas; pero a veces eran demasiado nítidos, bofetadas en cuartos adyacentes, gemidos sexuales, carcajadas crueles.

Antes de que su apariencia alcanzara el límite donde la mugre comenzaba a molestar a los clientes, obligando a los dueños a pedirle que se fuera —de modo cortés, pues algo en él inspiraba respeto, tal vez su tamaño—, vivió de dibujar en los bares. Había noches, por supuesto, en que se quedaba quieto a pesar de que en el bolsillo tendría acaso para pagar en el bar y comprar la botella de vino que le ayudaría a dormirse en un parque sobre una banca retirada; pero la mayoría de las veces, dibujando la penumbra en la penumbra, alcanzaba a recoger para pagarse un día de calor y sueño.

A mediados de diciembre vio en un noticiero de televisión que en la ciudad estaba nevando. Cuando salió a la calle vio que todo estaba cubierto de nieve y la sintió crujir bajo sus tenis sucios. La blancura se acolchaba y alumbraba con un resplandor a la vez espiritual y mineral, como de ultratumba. En alguna parte había conseguido un par de suéteres gruesos y raídos que usaba uno sobre otro y le bastaban, además de la gabardina, para protegerse del frío. Sentado en la puerta de un edificio abandonado, sobrevivió a esa larga y fuerte nevada con la gabardina subida hasta las orejas. Los copos a veces caían lentos y verticales, como si apaciguaran el desgarrador paso del tiempo, a veces enredados en ventisqueros que profundizaban el silencio. Terminó de nevar poco antes del amanecer y por algún tiempo logró sostenerse todavía la quietud de la nieve recién caída. Entonces aparecieron camiones que

retumbaron infernales y empezaron a convertir la nieve en barro. Durmió por un rato con la cabeza apoyada en las rodillas y soñó que flotaba entre láminas, que se movía en una geometría vitrificada, elaborada y sin escape. Se levantó con un cansancio de plomo y caminó por calles donde la nieve ya comenzaba a derretirse. Gastó sus últimos billetes en una cafetería muy caliente, donde durmió otro rato con la cabeza apoyada en las palmas de las manos. Y entonces fue a un parque, limpió a manotazos la blancura acumulada en una banca y cayó como un tronco bajo el cristalino sol de invierno.

La nieve derretida encenagó los prados de los parques. El invierno soltaba y aflojaba, creando la ilusión de que el frío profundo nunca llegaría. Pero después de una ola de calor vino un frío seco, de cielos despejados, que congeló el agua en los charcos y el pantano en los prados. Él ahora sólo dormía uno o dos días por semana en el hotel. Le había tomado un desgano grande a dibujar las sombras de los bares, y sus bolsillos casi siempre estaban vacíos. Cuando no tenía cigarrillos, les pedía a las personas en la calle; y cuando no quería pedirles, recogía colillas grandes y se las fumaba mientras caminaba ensimismado. Para entonces su amistad con el sueco que se volvía alemán o irlandés se había hecho más estrecha. Juntos se sentaban en las bancas o caminaban por las calles, huesudos y corpulentos. Él oía las fantasías infinitas que el otro tejía segundo a segundo para existir, para darle forma momentánea a un pasado que se había evaporado. El sueco hablaba de su vida en Ámsterdam y se ponía poético describiendo la ciudad y sus canales. Lloraba de remordimiento recordando a una muchacha que se había envenenado por su culpa en Viena. Caían lágrimas copiosas (preferible la desdicha al vacío) mientras él lo miraba llorar y le

pasaba la botella de vino, de la que el otro bebía sin secarse los lagrimones.

A mediados de enero cayó otra nevada enorme que sepultó las bolsas de basura en las aceras y los automóviles en los parqueaderos. Él había pasado el día en el hotel y al salir vio las enormes cuchillas que arrastraban la nieve en el pavimento. Ya no nevaba, pero el frío se había hecho cortante. El hombre de la cabeza en la bolsa, sentado sobre los botes de basura sepultados, parecía un borrón contra la nieve. Con el frío fuerte había comenzado a meterle papelitos a la bolsa —a la que amarró una cuerda que pasaba por debajo de la nariz y anudaba atrás, en la nuca— y parecía un monstruoso sultán. Cuando no estaba acurrucado en su sitio, caminaba por ahí, levantando de vez en cuando la bolsa, que le proporcionaba su noche perpetua, su intimidad, para poder ver los papelitos que recogía, industrioso como un pájaro, y metía por debajo de la cuerda en la cabeza.

Las cuchillas apilaban la nieve a los lados de la calle, sepultando aún más los automóviles ya sepultados. Él y el sueco caminaban echando vapor con la respiración. Tenían hambre, pero el dinero sólo les alcanzaba para comprar algún vino, de modo que un día compraron el vino y caminaron hacia un parque donde a veces regalaban comida. El sueco, demasiado hambriento, iba en silencio. Un viejo peludo venía comiendo, seguido de media docena de perros negros y gordos. En el parque, bajo los árboles pelados, vieron a un monje inclinado sobre una estufa, que repartía, entre cantos y campanillas, verduras hervidas y un arroz casi tan anaranjado como su túnica a una hilera de vagabundos harapientos y malolientes.

Comieron los grandes grumos, que tenían regusto perfumado, mientras miraban sin interés al grupo de jóvenes de cabeza rapada que cantaban al son de tambores y panderetas. Los vagabundos metían arroz en sus caras barbudas. Tres hombres negros ponían pedazos de madera y cartón en un bote de basura. Un grupo grande bebía en una de las bancas. La agitación era de plaza pública, ágora harapienta. El bote de basura echó candela, relumbró como un tulipán en la oscuridad del parque y dejó caer largos reflejos anaranjados sobre la nieve, que empezaba a endurecerse.

Aquella noche la temperatura bajó aún más y alcanzó niveles que serían considerados como históricos. La superficie de los lagos se volvió como de piedra, se congeló el agua que colgaba de las ramas de los árboles y la gente que vivía en la intemperie empezó a buscar resguardo como podía para escapar de la muerte. Muchos borrachos morirían dormidos en las bancas.

Él y el sueco, buscando un albergue para indigentes que el sueco conocía, caminaron contra el ardiente ventarrón. Entraron tiritando a un edificio gris donde los recibió el vaho espeso de una mezcla de vómito y desinfectante con olor a pino. El sueco conocía el nombre del recepcionista tras la cortina metálica y empezó a repetirlo como si fueran amigos. Sin hablarles, sin siquiera mirarlos, el empleado llenó unas fichas, que les hizo firmar, e hizo sonar el timbre que abría una enorme puerta con malla.

Caminaron por un corredor de paredes altas y llegaron a un salón donde más de cincuenta personas desvencijadas, sentadas frente a un televisor, miraban sin alegría a un hombre muy rosado que le hacía chistes a una audiencia invisible que se desternillaba de la risa.

El cubículo que le asignaron era apenas un poco más grande que la cama estrecha, como de cárcel. Cuando se cerraba la puerta la oscuridad era como la del carbón de piedra. Entonces aparecía la luz, débil, en las rendijas, y el peso en el corazón se hacía aún más grande.

Acostumbrado a dormir de día, casi no pudo dormir esa noche. Lagunas de sueño, pobladas de imágenes grotescas, le venían de tiempo en tiempo; lo demás fueron horas interminables pobladas de toses, gargajos y lamentos.

En algún momento durante esa noche larga salió de uno de los sopores turbios con la sensación, luminosa por lo cierta, de que alguien alguna vez se había ahorcado en ese cuarto.

«Que Dios nos compadezca», dijo. «Que alguien se apiade de nosotros», dijo, o pensó, mientras el pecho se le llenaba de hielo.

Palabras en todo caso grandilocuentes e inútiles que pensó o pronunció en un momento de terror y más tarde dejó ir sin más de su memoria.

Cuando el frío se hizo menos fuerte, pasaba las noches en algún parque con toda la ropa encima y los zapatos rellenos con periódicos, dejándose calentar por las llamaradas de los basureros encendidos. A veces llegaba mucha gente, gente con perros, incluso, encendían varios fuegos y bebían alrededor haciendo chistes o enmontándose en discusiones absurdas, ajenas por completo a la civilización y al progreso. Los industriales, los urbanistas, los cirujanos plásticos que pasaban en Mercedes-Benz o en Rolls-Royce miraban a los vagabundos agrupados por la candela, que aventaba un reguero de chispas cuando alguno la atizaba, y no podían entender cómo se podía llegar tan bajo. Y, para impedir que el caos

se abriera bajo sus pies, repetían que era gente que nacía para perder o que le gustaba vivir en la miseria.

Recibía y pasaba la botella mientras dejaba que el calor del fuego lo agarrara hasta casi encenderle la barba. Cuando estaba bien caliente se sentaba en una banca con el maletín a un lado y se ponía a mirar las llamaradas. En el maletín sólo llevaba papel y carboncillos, periódicos viejos y un pequeño cojín que había encontrado y usaba como almohada. El revólver, envuelto en periódicos y metido en una caja cerrada con cuidado, había quedado en una tienda donde, por algunos dólares, les guardaban las pertenencias a los vagabundos. Este era un negocio que hacía las utilidades, no tanto por esos dineros, sino porque los clientes muchas veces no volvían (se morían de frío, se regeneraban, eran metidos a la cárcel), y las cosas, joyas, radios, cámaras, después del año que estipulaba la ley, pasaban a las estanterías donde eran vendidas a los buscadores de gangas.

Pero si el frío era demasiado fuerte había que dormir en el albergue. Casi siempre él se había tomado algunos tragos antes de entrar, de modo que enfrentarse a la malla metálica no sólo no resultaba doloroso sino que podía hacerse hasta con gracia. Le hacía chistes al empleado hosco, quien, representante insignificante del poder —pero del poder, al fin y al cabo—, se quedaba mirándolo con desprecio y algo de recelo. Después se sentaba a ver televisión en el salón caliente y se sentía hasta contento. De vez en cuando alguien caía entre convulsiones alcohólicas y otro se levantaba y le ponía un taco de periódico entre los dientes para que no se partiera la lengua. Llegaban entonces los paramédicos, amables y eficientes, y se llevaban al convulso mientras él miraba el proceso con el brillo, la

nitidez que le habían dado tantos días de vino barato sobre un estómago casi siempre vacío. Cuando pasaba el alboroto volvía a mirar la televisión, por completo lúcido y abierto a la fascinación que despertaban en él sus imágenes esquizoides e infantiles.

A finales de febrero se instaló en una de las estaciones del tren subterráneo. Era muy ruidosa pero relativamente caliente, y la policía no rondaba demasiado. Colgó sus dibujos de una puerta de barrotes de hierro que quedaba al final del corredor y clausuraba, al parecer a perpetuidad, una escalera que subía repleta de desperdicios, se alejaba de la luz de neón de la estación y se deshacía en una oscuridad completa e inhumana. Además del maletín, andaba con un talego de dormir que le habían regalado y que alguna vez había sido verde y él debía remendar constantemente para que no regara sus plumas. Usaba un periódico como escoba, extendía el talego del modo más nítido posible, ponía el cojín encima y se sentaba, peludo y digno, recortado contra sus propios dibujos que atrás, colgados de la reja, parecían manifestaciones de las sombras absolutas que había detrás de los barrotes. Las personas que esperaban el tren lo veían llegar, casi solemne de lo lento, y desplegar su personalidad fuerte y apacible en aquella escasa superficie. El tren casi siempre tardaba y ellos alcanzaban a mirar los dibujos. Cuando le preguntaban que de dónde era, él decía cualquier cosa; cuando se mostraban sorprendidos de que una persona tan hábil viviera de ese modo y querían saber si alguna vez había tratado de buscar trabajo como dibujante, les sonreía. A veces compraban, a veces dejaban la plata pero no se llevaban el dibujo. Entonces llegaba el tren, recogía a los

pasajeros, se los llevaba entre vientos amoniacales y explosiones voltaicas, y él los olvidaba por completo.

Así pasó muchas noches. El sueco nunca quiso acompañarlo, pues al parecer había sufrido mucho en una o muchas guerras, cuando se había visto obligado a buscar refugio en subterráneos fétidos. Si los trenes empezaban a escasear y la gente bajaba menos, él sabía que la noche era más honda. Entonces podía encontrarse sin más compañía que el ruido del agua bajando por las paredes del túnel, o bajando por las cañerías, y el ocasional movimiento de las ratas que caminaban rápidas al lado de los rieles o hacían sonar las basuras en las escaleras. Y en aquel espacio cavernoso, roto de vez en cuando por el estrépito de los trenes, dibujaba.

Sus dibujos se habían hecho un poco incomprensibles y parecían abstractos. Eran, sin embargo, las últimas vibraciones de la luz al ser tragada por lo oscuro. Y si uno miraba con detenimiento podía vislumbrar formas humanas que respiraban en la oscuridad apenas un poco más allá de la agónica porción de luz donde todavía era evidente una columna o el inicio de un tramo de escaleras. Formas que a pesar de lo remotas y hundidas no siempre se presentían desgraciadas.

Cuando empezaba a llegar la gente, abundante y fresca, él sabía que había llegado la mañana. Descolgaba los dibujos de la reja, los guardaba con cuidado en el maletín y se metía en el saco, donde se quedaba dormido de inmediato a pesar del ajetreo exterior. A veces podía dormir retazos largos, pero casi siempre lo despertaba la policía con suaves patadas en las costillas o pequeños porrazos en los pies. «¡A perderse!», le decían, y él recogía sus cosas sin mirar a nadie y salía del subterráneo para enfrentarse a una brillante luz de

invierno, confusa, dolorosa. Se escabullía entonces, enceguecido como un topo, y buscaba otras escaleras que pudieran llevarlo a la oscuridad de la tierra, donde en otro rincón pudiera extenderse y lograr otro pedazo de sueño. O, si el frío no era muy intenso, iba a los parques y se tendía, metido en el saco, en una banca donde quedaba convertido en un bulto inmóvil que recordaba los funerales de alta mar.

Su descanso perdió todo sistema. Podía verse borracho, tendido bocarriba en uno de los cubículos del albergue, podía dejarse revolcar el sueño por las vibraciones profundas de los trenes, o despertarse en una zanja que había al fondo de un parqueo de automóviles, donde el hombre que vendía basura había acondicionado una guarida que le dejaba usar durante el día. El hombre vivía con dos perros. Su hueco, lleno de edredones viejos y almohadas medio podridas, era una espesa selva de insectos sangradores. Pero ya entonces él no escogía el mejor sitio posible para dormir sino que caía en lo que hubiera a mano. Cuando llegaba la noche salía de la madriguera y se quedaba un rato sentado afuera, sacándose las pulgas de la barba y matándolas con sus uñas llenas de mugre y polvo de carboncillo. Después le daba la espalda a la calle y, protegido por la gabardina andrajosa, se bajaba los pantalones para sacarse las que caminaran por la ingle o en la base del sexo. Su pene se veía marchito. De vez en cuando soñaba con Lucía, pero sus sueños no eran eróticos sino que terminaban en escenas donde, a pesar suyo, la golpeaba e insultaba.

Había que beber mucho para resistir tanta inclemencia. Durante algún tiempo pudo todavía dormirse borracho y despertar con una noción clara de lo que había sido el día anterior y la certeza de que

el movimiento siguiente era poner cualquier cosa en el estómago y tratar de conseguir algo de plata para vivir las horas que seguían. Pero esa sombra de rutina comenzó también a desdibujarse. Cuando se despertaba un poco borracho y encontraba que esta vez nadie le había robado el vino, podía beberse un trago grande y caer otra vez dormido hasta que la policía en los túneles o los empleados en los albergues lo despertaban de nuevo. Empezó a salir del subterráneo sin saber si afuera iba a encontrar la luz o las tinieblas. Y cuando se quedaba abajo, se sentaba por horas, sin mostrar sus dibujos, absorto, sacándose las pulgas.

Los tenis se acabaron y en sus pies aparecieron botas grandes, de apariencia militar, que le causaban ampollas pero no dejaban entrar el frío. Los tenis habían comenzado a desintegrarse en pleno invierno: el papel periódico con que los rellenaba se había empezado a salir por los boquetes y él debía pasar un buen rato cada noche tratando de recomponerlos. Sin desesperación, con la paciencia artesanal y la expresión atenta con que había trabajado siempre, les había cosido pedazos de tela, amarrado cordones y pegado hule a los rotos de las suelas. Pero al fin se deshicieron y un día se vio en un hospital donde gente vestida de blanco le curaba las heladuras de los dedos. Tal vez ellos le regalaron las botas. También era posible que alguien en el subterráneo se las hubiera puesto al lado mientras dormía, o que alguno de sus amigos se las hubiera vendido o prestado. Un médico joven le advirtió que a pesar de su fortaleza natural, el maltrato podía causar daños irreparables en su organismo. Una enfermera le preguntó, como queriéndole arrancar un secreto simpático, la razón de haberse entregado a la bebida, y él le contestó que había sido a causa del invierno.

Pero no habría podido decir si había salido con las botas del hospital o si alguien se las había vendido o regalado tiempo después. Caminaba arrastrándolas, y los cordones venían atrás como algas. El mundo se había hecho imprevisible. Se dormía en un sitio y se despertaba en otro. Le aparecían mantas en los hombros, guantes en las manos. Del aire caían monedas, que miraba un rato, asombrado, y luego recogía. Le aparecían peladuras infectadas en los codos, llagas en los sobacos. Una mañana se vio frente a un charco de agua que se estaba congelando y dio gracias a Dios por haberle dejado presenciar semejante maravilla. Después se vio sentado en una banca frente al río, mirando bajar el agua helada y sucia para el mar. Por algún tiempo estuvo durmiendo en un camión estacionado que tenía un carro volcado en la carga; el motor del carro goteaba y el aceite lo fue empapando por completo. La gente se cambiaba de acera cuando lo veía venir. Turistas de los pueblos pulcros y legendariamente aburridores del oeste central se agolpaban en las ventanillas de los buses para verlo pasar, inmundo, como una avanzada del fin de los tiempos. Su mirada se había hecho muy limpia y cristalina.

Un día dos policías enormes y rubios le pidieron de mala manera que se fuera del pequeño parque de un vecindario de gente rica donde había pasado horas, días tal vez, fumando y cantando en voz baja. Había cantado *La Marsellesa, La Internacional,* había cantado viejas canciones de la revolución mexicana, boleros viejos, melodías que alguna vez tuvieron mucho significado y que ahora, desde su pozo ciego de consciencia, desgranaba con voz gangosa mientras se mecía contantemente mirándose las botas. No es probable que haya tratado de rebelarse, pues la intemperie lo había dulcificado

demasiado y su carácter había alcanzado una docilidad absurda. Más posible es que se haya demorado en levantarse o que haya continuado cantando como si se burlara de la autoridad. En todo caso lo metieron a estrujones al automóvil y se lo llevaron a un lote vacío donde empezaron a golpearlo.

Uno de los policías, que sabía romper las botellas de los vagabundos sin sacárselas del bolsillo, le dio los primeros golpes, que le hundieron un vidrio hondo en la nalga. Después cayeron otros que le rompieron la nariz y le partieron algunos dientes. Débil como estaba, se desmayó y ni siquiera sintió las patadas que iban a romperle las costillas.

Cuando salió del hospital el pellejo le colgaba de los huesos como a un buey enfermo. Con el dinero que le regalaron las enfermeras se metió otra vez al hotel al lado de la ferretería polvorienta. El hombre con la cabeza en la bolsa dormía acurrucado entre los botes de basura. La mañana de primavera estaba repleta de luz fuerte y confusa. Vendado y débil, él subió por corredores lechosos y entró al cuarto, donde dejó caer las persianas y sintió que sus ojos descansaban. Con la sobriedad le había llegado también un desgano profundo. El recuerdo del invierno reciente, sus noches de desenfrenado y reblandecido amor por la humanidad, sus amaneceres llenos de admiración mística por fenómenos nimios, le producían ahora náuseas. Tendido bocarriba dormía y volvía a despertar con la desagradable sensación de estar otra vez ahí, la evidencia lamentable de no haber desaparecido para siempre de la Tierra.

No se trataba de que la golpiza lo hubiera desilusionado de la grandeza del género humano, pues hacía rato que había dejado de

creer en tal cosa. Se trataba de un cansancio que le venía de los huesos, tristeza desbordada que se ampliaba con cada respiración y llenaba las fronteras del mundo con su niebla. No quería ver gente, no quería mirar los retoños de los árboles. La inminencia de parques florecidos le causaba dolor; hasta el agua oscura del río lo hastiaba, hasta el cielo de la noche le dolía. Si se dormía y dormido su cuerpo buscaba descansar de costado, una violenta punzada en las costillas volvía a despertarlo y lo dejaba otra vez con ganas de meterse un tiro en la cabeza. Varias veces quiso dejar el hotel e ir a buscar su revólver al depósito, pero saber que afuera estaba esa luz deslumbrante, ese cielo azul bajo el cual hormigueaban, repulsivos, los humanos, lo disuadía de abandonar la sombra.

Tres días y dos noches sin salir del hotel, sin comer nada y sin matarse. Al final del tercer día debió salir, pues ya no tenía cómo pagar el cuarto. Las rodillas le temblaban. La piel aparecía lívida en la raíz de los pelos de la barba y la cabeza. La venda con la que le curaron la nariz estaba suelta. En el hospital lo habían bañado y ahora la gente volteaba la cabeza, no porque oliera mal, sino porque parecía muy seco y polvoriento. Cada cierto tiempo tenía que sentarse a esperar a que el corazón dejara de bombear temblores fríos, y entonces se levantaba despacio y seguía caminando hacia el río.

El sueco casi se pone a llorar cuando lo vio sentado en la banca como un espectro harinoso. Le enderezó el cuello de la chaqueta y le peinó el pelo reseco con sus manazas sucias. Le entregó la bolsa que traía (papeles, trapos) y le dijo que se la cuidara, que no se fuera a mover, que ya volvía.

La persona a quien llamaban Boris se quedó mirando hacia adelante con ojos envejecidos. En los árboles cantaban los pájaros y por el río, entre gaviotas, bajaba una enorme barcaza cargada de basura.

Volvió el sueco y comenzó a desenvolver con cierta ceremonia la lasaña vieja que le habían regalado en un restaurante. Traía también dos platos de cartón y dos tenedores de plástico. «Me la calentaron», dijo, y se pudo sentir, casi ver el olor vinagre de la pasta, enredándose en el aire. Vagabundos conocidos pasaban y los saludaban, efusivos. La comida le bajó al estómago y trató de acalambrárselo; el vino le trajo una sensación de bienestar que se le regó por las venas.

Pasó la noche en esa banca durmiendo y despertando mientras el sueco hablaba sin parar. Volvió a un río, selva adentro, donde había estado cuando era adolescente. Los matices del verde en el agua, verde mineral de los grandes peces que nadaban en el verde vegetal de las aguas limpias, verde azuloso de las enormes piedras sumergidas, volvieron a despertar aquel deslumbramiento. Volaban los papagayos, bullían las bandadas de micos en las ramas altas. La selva envolvía todo con su dulce estrépito. El sueco hablaba de un sitio en las montañas donde había hoteles que recibían a todo el que estuviera dispuesto a lavar ollas y platos. Les daban cuarto, comida y un cheque semanal. El trabajo podía ser fuerte los fines de semana, cuando llegaba la gente escapando del humero de las ciudades, pero después no había casi nadie y uno podía descansar y gozar del aire puro. La bandada de garzas que se dejó ver por entre un claro en los árboles altos se reflejó en las aguas profundas y voló, blanca, entre los peces esmeralda. Uno iba a una agencia, decía el

sueco. Ellos lo hacían afeitar y lo metían a un carro que lo subía a las montañas. Él, el sueco, al día siguiente subiría a trabajar a las montañas. También él podía ir si quería, pues total era siempre mejor andar con los amigos. El agua era fresca y liviana, y uno se desplazaba en ella sin esfuerzo, como un rayo de luz entre las piedras.

A la mañana siguiente estaba afeitándose con mano temblorosa frente a un espejo grande y despiadado. La cuchilla que le habían dado era vieja y le dejó la cara ensangrentada. Si con barba parecía un anciano, sin barba parecía un muerto. El color de la sangre reverberaba con nitidez en el espejo; lo demás era un blanco amorfo y unas ojeras muy negras y explayadas.

Viajaron veloces por entre árboles todavía leñosos pero ya con brotes nuevos, sólo visibles para quienes quisieran mirarlos con detalle. En el maletín llevaba papel, carboncillos y el revólver, que había sacado del depósito e iba ahora metido como siempre entre una media. Después de la afeitada, al sueco le había quedado la mandíbula larga y huesuda, y sus ojos parecían más azules que antes. El chofer era un hombre negro, de modales cariñosos, que se la pasó hablando de lo mucho que les iba a sentar una temporada en las montañas. En la parte de atrás llevaban cajas con envases de vidrio que repicaban a cada desnivel del pavimento. También venía con ellos un hombre pequeño y pálido, con cara de desahuciado y ojos malignos, que bebía de una botellita cuando nadie lo miraba.

Horas después, flaco como un náufrago, él entraba al cuarto de la dueña del hotel. Era oscuro y olía a cosméticos. Jennie Grossinger, anciana de voz fuerte, le dijo que, como él bien debía saberlo, aquel era un hotel, es decir un negocio, no una institución de beneficencia.

Ella esperaba que todos entendieran eso y confiaba, como siempre, en que la caballerosidad natural los haría comportarse como era debido. Carraspeó y acentuó sus gestos dignos y fuertes. Se trataba del pequeño discurso que repetía de todo corazón año tras año, severa, cuando llegaban los desamparados. Sus diamantes chispeaban en la oscuridad. Jennie Grossinger se acercó, lo miró a los ojos y dijo que él era un *gentle man*. Él supo que Jennie Grossinger había querido significar, no un caballero, sino un hombre suave, y que lo había expresado además como un elogio. Jennie Grossinger dijo que creía saber por lo que él había pasado, que era obvio que las rodillas apenas podían sostenerlo, que descansara un día y se alimentara bien para que comenzara a trabajar al día siguiente. «Eso es todo», dijo al final, seca, fibrosa. «Ahora puede irse». Afuera, liviana, caía la última nevada de aquel año.

El trabajo era fuerte pero él lo tomó con entusiasmo. Vestido de blanco, todavía muy pálido, con el pelo cogido atrás con un caucho (de soltarlo le habría llegado a la mitad de las espaldas) raspaba con fuerza el fondo de las ollas inmensas. Había dormido por lo menos veinticuatro horas, sin soñar, entre sábanas muy limpias y frescas. Para Jennie Grossinger era cuestión de principio que sus empleados, y con mayor razón los vagabundos que habían sufrido y llegaban derrengados, disfrutaran de un alojamiento tan cómodo como el de los huéspedes. Aquello no era una institución de beneficencia, era cierto, y no podían darles cuartos individuales, pero en cambio las sábanas eran finas, los baños grandes y limpios, las toallas abundantes. Cuando los huéspedes se iban, ellos tenían derecho a usar las instalaciones, el billar, el sauna —después de recuperarse un poco, pues podía matarlos— y por supuesto la piscina, para los que

vinieran durante el verano. Jennie Grossinger se aprendía sus nombres, los saludaba severa cuando los veía y les preguntaba si estaban cómodos y si creían que se estaban recuperando. Nunca trataba de retenerlos cuando, después de algunas semanas de buena comida y cama, empezaban a mostrarse inquietos y daban señales de querer volver a la intemperie; les agradecía por la ayuda prestada y les recordaba que el hotel siempre los iba a estar necesitando.

El sueco y él lavaron ollas, barrieron, trapearon, sacaron las basuras mientras el hombrecito de mirada mala manejaba la máquina de lavar platos. Fumaba y bebía todo el tiempo —aunque hubiera resultado difícil sorprenderlo cuando empinaba la botella—, y a pesar de que se veía insalubre y tan blanco como la ropa que ahora llevaba, evacuaba con eficiencia el torrente de platos que llegaba del comedor. Una tarde, cuando se terminó la avalancha del almuerzo y ellos acabaron de lavar ollas y platos y pudieron a su vez sentarse a almorzar, el hombrecito se encerró en el baño. Media hora más tarde salió, más pálido que nunca, bailando eufórico al son de la música de un pequeño radio portátil del que nunca se separaba, y miró de reojo y con disgusto la comida que ellos devoraban. Le hacía chistes pesados al sueco, de quien ahora parecía muy amigo.

El sueco comía como si no lo hubiera hecho nunca. Aunque aquello no era una institución de beneficencia, Jennie Grossinger nunca había querido poner restricciones a las cantidades que quisieran consumir sus empleados. El sueco roía los huesos de pollo, paleaba el arroz, vaciaba el plato y le pedía al cocinero que se lo llenara de nuevo. Cada cierto tiempo mataba el ojo y preguntaba

con la boca llena si no era cierto que él, el sueco, sabía dónde ponían las garzas. Era evidente su orgullo por haber conocido el hotel, haberlo invitado y haberle proporcionado el placer de comer tanto pollo en salsa de champiñones como quisiera recibirle el organismo.

Trabajaron duro y comieron copiosamente desde el viernes por la mañana hasta el lunes a mediodía, cuando el hotel quedó vacío. Sólo entonces pudieron mirar las montañas y sus árboles leñosos que se erizaban contra un cielo muy azul. En el fondo de la piscina estaba aún la hojarasca del otoño. Los parasoles descoloridos, abiertos sobre las mesas, daban una sensación triste, no del todo desagradable, como si también el verano estuviera allí, aunque reseco y suspendido. Él se puso la gabardina sobre la ropa de trabajo y salió a caminar por los bosques que rodeaban el hotel. La nieve se conservaba en los repliegues de la tierra; lo demás tenía el color de las hojas convertidas casi en tierra o el pardo de los árboles invernales. De regreso se sentó a mirar la piscina. El fondo de hojas podridas tenía su belleza (gradaciones de lo muerto camino a convertirse en tierra) pero se podía sentir soledad, nostalgia por insectos, reptiles y batracios. Hubiera querido ver lagartijas centelleantes removiendo la hojarasca, hormigas, ranas, sapos plácidos sentados en medio de una abundancia inenarrable de moscas y libélulas.

Durante las primeras semanas el sueco se portó bien: casi no bebía y no acompañó ni una sola vez al hombrecito con cara de desahuciado a los bares del pueblo vecino, a los que iba cada noche a emborracharse. Por todas partes brotaban las lanzas verdes de los tulipanes. Algunos árboles florecidos deslumbraban en medio de los

colores negruzcos dominantes; en los demás, los bulbos hinchados estaban a punto de reventar. El sueco y él se sentaban al lado de la piscina, él a dibujar, el sueco a leer un tratado sobre pájaros que en algún lado se había conseguido. El sueco comenzaba a hablar con exuberancia sobre lo que leía, pero poco a poco bajaba la voz, se levantaba con menos frecuencia a mostrarle diagramas de huesos, plumajes espectaculares, y terminaba ensimismado mirando algún punto vaporoso entre los árboles. Entonces roncaba en el aire puro. Él seguía dibujando algún detalle de la piscina que, separado del resto y tratado con mucha paciencia, alcanzaba límites espectrales de fugacidad.

Los brotes siguieron reventando, se hicieron vertiginosos y apabullaron el espacio con colores y perfumes. El sueco había empezado a acompañar al hombrecito de mirada mala en sus escapadas nocturnas. Una vez desaparecieron por tres días y volvieron el viernes por la mañana, barbudos y sucios pero sobrios. Se afeitaron, se cambiaron la ropa y entraron a la cocina. A medida que todo a su alrededor se llenaba de color, el tono del hombrecito, que se llamaba Willy, pasaba del blanco amarillento al blanco azuloso. Ya no bailaba y a veces se olvidaba de encender el radio. Pero bebía constantemente, casi no comía y desaparecía largos ratos en los baños, de donde salía alumbrando de palidez, aunque con energía suficiente para raspar las sobras con la espátula y trepar los recipientes repletos de platos en la correa que entraba al dantesco aparato lleno de chorros de agua y vapor hirvientes. Un día Jennie Grossinger lo mandó llamar y habló con él durante largo rato. De regreso, Willy comenzó a maldecirla y a llamarla «sucia vaca vieja»,

hasta que algo en la expresión del sueco le hizo entender que más le convenía enfurecerse en silencio.

Cerca de la bodega donde se guardaban las herramientas, un cerezo alcanzó los últimos límites posibles del color. Los pétalos caían a la tierra entre bulla de pájaros y revuelo de insectos. De pie frente al caballete rústico que había construido, él empezó a dibujar la multiplicidad caótica y minuciosa de hojas secas, los entreveros de pasto y tierra, las flores a medio podrir que se extendían donde el árbol daba sombra. Dibujaba sin parar, interrumpiéndose sólo para orinar o comer alguna cosa.

La luz llegaba y se iba como un soplo.

Willy salía cada noche y volvía cada mañana, blanco como un cadáver. Un viernes se desmayó frente a la máquina y él tuvo que remplazarlo. Trabajó entonces con vigor entre el bullicio de loza, el olor a comida y el vapor de la máquina, y en medio de la agitación (en lugares extraños sorprende a la gente la alegría) llegó a sentirse hasta contento. Esa noche el sueco y él se bebieron media botella de whisky. El sueco no dejó de asombrarse cuando lo oyó hablar de algún sitio, en su pasado, donde los micos revolcaban las copas de los árboles y las piedras se veían azules en el fondo de aguas limpias y profundas.

Engordaron un poco mientras por todas partes se afianzaban los colores de la primavera. Willy, en cambio, empezaba a toser y a encogerse como una hoja de papel a fuego lento. Se ponía cetrino y cada vez recordaba más un pequeño y solapado vampiro. El sueco lo sorprendió una vez tratando de robarle cigarrillos; lo agarró por el cuello, lo sacudió en el aire como a un talego de huesos y lo miró caer al piso y escabullirse, rencoroso y veloz. El cheque que les

entregaban los viernes a mediodía a Willy se le volvía humo ese mismo día, y entonces les pedía plata prestada, no siempre de buen modo, poseído por una urgencia que le llenaba la frente de sudor. Ellos no parecían tener muy claro qué hacer con el dinero y a veces le prestaban, en especial cuando Willy, angustiado, se ponía obsequioso y había que quitárselo de encima. El sueco dejó de acompañarlo a los bares y ahora prefería beber en el cuarto o sentado en una banca hablando como loco al lado del cerezo que había estado florecido.

Un sábado a la hora del almuerzo Willy se metió al baño y no volvió a salir. La puerta ni siquiera estaba con seguro y lo encontraron en el piso botando espumarajos. La ambulancia llegó ululando entre los bosques reverdecidos, y ululando se llevó al hombrecito, que ya para entonces no tenía convulsiones y parecía respirar con facilidad. Aunque Willy nunca le había caído bien, Jennie Grossinger fue incapaz de dejarlo ir así nomás y le metió un sobre en el bolsillo de la chaqueta: el cheque con el sueldo y otro cheque, relativamente generoso, como reconocimiento por los servicios prestados.

Los días llegaban cada vez más tibios. Un muchacho venía del pueblo los fines de semana a lavar ollas y él heredaba la dudosa gloria de la máquina de lavar platos. Jennie Grossinger había ofrecido ascenderlo a mesero, pero él rehusó: no tanto por no cortarse la cola de caballo, sino porque estaba seguro de no tener paciencia con los inofensivos caprichos de los clientes.

El sueco se había puesto inquieto y nostálgico. Miraba en silencio los árboles, ahora furiosamente reverdecidos, y tenía la expresión del náufrago perdido en una isla esplendorosa. Se quejaba del hotel.

Decía que las toallas no estaban limpias, que el pollo había quedado grasiento. Casi se va a las manos con el cocinero cuando dijo haber encontrado una pata de cucaracha en la comida. Se despertaba por las noches a fumar y a mirar por la ventana. Una noche confesó que respetaba mucho a Jennie Grossinger pero que no le gustaba en absoluto ser tratado como un animal doméstico. «A nadie le gusta que lo traten como un gato», dijo. También dijo que había tomado la resolución de irse: creía haberse recuperado por completo, tenía el alcohol bajo control y estaba seguro de que esta vez, cuando regresara a la ciudad, iba a encontrar un trabajo decente y tal vez hasta un apartamento. Sólo tenía cuarenta y cinco años (a veces eran cincuenta y cinco, a veces sesenta y cinco) y aún estaba a tiempo de rehacer su vida.

Preguntó, retórico, si aún estaba a tiempo de rehacer su vida, y él le contestó que sí, que aún estaba a tiempo.

Se fue el sueco y los días empezaron a hacerse demasiado largos. Poco antes de terminar de pintar la sombra del cerezo florecido, él se puso a mirar el cielo, donde nubes borregudas contrastaban con un azul tedioso, y a mirar los árboles, que tenían el verdor de los folletos de turismo, y se encontró pensando que estaba cansado de tantos colorines. Y esa misma tarde, siguiendo al pie de la letra las ceremonias que habían precedido la partida del sueco, fue al pueblo y compró un par de botas fuertes, un abrigo grueso, mucha ropa interior y una maleta burda y resistente.

Pero no se fue de inmediato. Jennie Grossinger le pidió que se quedara hasta que pudieran remplazarlo, cosa que hizo con gusto, y cuando regresó a la ciudad era ya casi el final de la primavera.

Se metió otra vez en el hotel al lado de la ferretería polvorienta. Todo giraba sobre el mismo eje y sólo cambiaban los detalles. El hombre con la cabeza en la bolsa, por ejemplo, había desaparecido: no logró sobrevivir a los últimos fríos del invierno y envuelto en su precaria noche personal pasó a la noche eterna. Al muchacho que había estado a cargo de la oficina lo habían remplazado por una señora que tenía la cara más grande que él había visto jamás, y quien, a pesar de su aspecto horripilante, era amable y hasta maternal. En los cuartos habían cambiado las cortinas deshilachadas por otras que aunque nuevas parecían ya sucias y, aunque enteras, se veían tan rotas y fúnebres como las anteriores. Los lavamanos rajados seguían inmutables, lo mismo que los gemidos de placer o los desgarrones de odio que atravesaban por las noches las paredes y las puertas.

Al principio vivió de noche, tal como el verano anterior, después de la partida de Lucía. En las montañas el dinero se había acumulado y, salvo por los préstamos a Willy y la compra de ropa, estaba completo. Pero a diferencia del verano anterior, ahora la plata se alargaba: sabía dónde regalaban comida, prefería las bancas a los bares y sabía escoger los mejores sitios para mostrar sus dibujos. De modo que pasaba las noches como un sueño, los días durmiendo, y así alcanzó a llegar al otro otoño sin ir a los albergues o a los subterráneos del tren.

El otoño llegó denso y oscurecido por grandes nubes grises, de apariencia catastrófica, que corrían veloces mientras abajo la gente caminaba con las gabardinas subidas hasta las orejas, entre hojarascas revueltas y basuras voladoras. Por un par de meses el sueco había trabajado en un supermercado recogiendo los carritos

metálicos y metiéndolos unos dentro de otros en hileras largas de donde los clientes volvían a sacarlos. A pesar de su locuacidad, los compañeros lo querían y los jefes lo respetaban. Pero aquel trabajo sin fin comenzó a desmoralizarlo, la vida sin Dios ni ley a reclamarlo, y un viernes cambió su último cheque y se dio una borrachera que duró tres días con sus noches.

Se emborracharon juntos, por supuesto. Pero mientras el sueco caía dormido en una banca al final de la tercera noche, él seguía bebiendo y caminando sin rumbo, o al parecer sin rumbo, pues en el hotel terminó de todos modos. Al día siguiente recordaría vagamente una discusión con un portero de guantes blancos a quien había reprochado que le abriera la puerta del carro a un hombre joven, de apariencia adinerada. Creía haberle preguntado al portero, anciano dulce aunque servil que lo miró con desorbitados ojos azules, si acaso creía que era manco el hijo de puta. Y después le había dado lecciones sobre la igualdad humana, mientras el joven a quien acababan de llamar hijo de puta discretamente hacía venir a la policía.

Los problemas con la policía no eran siempre culpa suya, sin embargo. Sólo se metía a reformador social después de haber bebido demasiado, y sólo borracho entraba a barrios donde la gente de bien podía hacer llamar a la policía. Pero el pelo cogido, la barba, la mugre acumulada, su manera de mirar daban una sensación de irrespeto por la ley que los atraía como a gallinazos. Y a pesar de la habilidad que había desarrollado para evitarlos, o para quitárselos de encima una vez estaba en sus manos, era inevitable que cada cierto tiempo diera con sus huesos en la cárcel. Los cargos eran casi siempre pequeños y nada gloriosos: «Borrachera en lugar público»,

«Conducta escandalosa» o «Irrespeto a la autoridad». Una vez lo encarcelaron por orinar contra un árbol y escribieron en el informe: «Exhibicionismo en lugar público y obscenidad».

A finales de octubre se hizo arrancar un colmillo podrido.

Para entonces había empezado a dibujar en las aceras con tizas de colores. Había dejado el hotel y vivía en un hueco que le alquilaron muy barato y que, a pesar de no tener ducha y tener sólo una ventana que daba a un muro y únicamente agarraba un pedazo de cielo, era considerado apartamento. Cada quince o veinte días iba a un baño público, se quitaba toda la cal de tiza, toda la mugre, y caminaba por las calles sintiendo en la piel el aire limpio y la liviandad de la luz. Compró una hornilla para hervir huevos, preparar café y calentar el sitio. Cuando volvió el calor compró una hamaca de malla y la colgó frente a la ventana, donde podía recibir la poca brisa que llegaba. Dormía en pantaloncillos y, tal vez por el calor, tal vez por el movimiento de la hamaca, creía sentir entre las emanaciones de anhídrido carbónico un débil olor a sal y a algas. El sitio era oscuro en invierno y en verano; pero a veces, mientras miraba su pedazo de cielo, veía pasar gaviotas que se remontaban repletas de sol y que no por alimentarse más de basuras que de peces habían perdido su capacidad para evocar barcos, horizontes abiertos.

Empezaba a trabajar después del mediodía y se acostaba después de la medianoche. A pesar del profundo, irreversible desarraigo que lo mantenía flotante, moviéndose como un espectro entre estructuras ajenas, aquello era otra vez rutina humana. El vértigo del caos y la atracción de la disolución todavía lo vencían, por supuesto, y cada cierto tiempo se daba a borracheras anárquicas que podían

dejarlo otra vez en el hospital o en la cárcel. Pero siempre lograba salir del infierno y vivir de nuevo entre la luz y los colores.

Nunca quiso desprenderse del revólver.

Un día estaba en la acera dibujando, absorto y sucio, cuando oyó a uno de los que lo miraban llamarlo por su nombre. Hacía tanto tiempo que no oía su propio nombre que sintió mareo. Y le llevó mucho rato, como si apartara con trabajo las múltiples cortinas que habían crecido en su memoria, reconocer al hombre pequeño, con gafas de oro, que había sido su compañero en Bellas Artes. Se veía bien vestido y parecía haber alcanzado el éxito. Sinceramente se alegró por él. También se alegró de verlo. Le sonrió incluso. Ya para entonces, cansado de verse los rotos de los dientes, se había hecho poner una prótesis barata, que asomaba alambres brillantes entre sus otros dientes manchados de café y de nicotina.

Lo primero que dibujó en las aceras fue la creación del hombre.

Al principio fue una copia, copia perfecta, de una pintura famosa donde Dios, terrible como siempre, arranca a Adán del barro. El color dominante era el de la tierra; el hombre, parte barro, parte raíces, parecía gemir bajo la tortura de su propia creación.

La repetía todos los días, cada vez en un sitio distinto, ayudándose con la pequeña reproducción que había arrancado de un libro en una biblioteca pública. Dejaba un sombrero viejo a un lado, se ponía a dibujar olvidándose de todo y al final podía encontrar veinte o treinta dólares entre el fieltro oscuro. Metía la plata en el bolsillo, el sombrero y las tizas en la maleta, y salía caminando despacio, las monedas repicando en los bolsillos. Atrás quedaba una vez más, perfecto, el atormentado amasijo humano.

Pero el papel con la reproducción terminó por deshacerse. Entonces empezó a dibujar de memoria y la pintura fue cambiando. Después de varios meses la figura de Dios, abuelo aterrador, desapareció casi por completo y terminó, desdibujándose, transformada en una luz que podía ser la de un amanecer o un atardecer. Ahora daba la impresión de que Adán, crispado y angustiado, emergía por sí mismo de la tierra.

El sueco recogía latas vacías de gaseosa en los basureros y las cambiaba por dinero en los supermercados. Como tenía que caminar mucho y pasar mucho tiempo en el frío, los tobillos se le hincharon de un modo monstruoso y tuvo que hospitalizarse. Cuando le dieron el alta pasó un par de semanas con él en el apartamento, hablando todo el tiempo, reinventándose sin cesar, como un nacimiento de agua. Y apenas se recuperó lo suficiente, se fueron otra vez para las montañas.

Allí él no dibujó ni pensó en su pintura. Bebió whisky, lavó platos y caminó por los bosques mirando ramas secas y formaciones de nieve entre las piedras. Jennie Grossinger, exuberante como siempre, lo felicitó por haber logrado recuperar el control de su vida. Había enmarcado la sombra del cerezo florecido y la había colgado en su cuarto, donde se perdía entre las sombras.

Regresó a la ciudad y continuó pintando en las aceras. El contraste entre tierra y luz se fue perdiendo, acolchado por un verdor que al principio llegaba apenas insinuado y después francamente opulento. La cara atormentada del hombre se suavizaba hasta alcanzar la paz del sueño, y lo que había sido barro se volvía ciénaga. Adán, en paz, se deshacía. Crecía la vegetación. En los mangles resonaba el estruendo de los pájaros. Plátanos

salvajes repletos de humedad hacían brillar en la luz sus abanicos. Zumbaban sobre el agua los insectos. La gente miraba la selva poderosa que nacía en la raíz de los enormes edificios. Aparecían guacamayas, garzas. Aparecían ranas rojas en las cuencas vegetales llenas de agua. Desaparecían las guacamayas, paulatinas como Adán, deshechas sin dolor, y aparecían monos de mirada brillante entre el follaje. Seres vagos y amenazantes se movían en las solemnes oquedades formadas por las raíces de los mangles. De la llama quieta de la curiosidad, los micos pasaban al movimiento relampagueante, a la fuga, a los chillidos, a la disolución. Los gavilanes volaban alto en el atardecer. Florecían las orquídeas en las rugosidades de los árboles.

Sin verse, otra vez se empezaban a presentir micos, tal vez gente.

Volvían a aparecer las guacamayas.

Terminaba el día y encontraba otros veinte o treinta dólares anidados en el fieltro maloliente. Compraba trago, a veces caro, y se acomodaba frente al agua que bajaba para el mar. Desde una banca miraba el sol caer entre edificios teñidos de naranja, violeta y púrpura, miraba el blando reflejo de los neones que flotaban sobre el río. Se emborrachaba, hablaba, abrazaba a sus amigos con sentimentalismo de borracho. Se quedaba en silencio.

Se iba para su cuartucho y descansaba.

Aguaceros de mayo

La mujer de don Eduardo se bañaba poco y se pintaba con frecuencia las uñas de los pies. Cuando don Eduardo salía para el colegio, ella se ponía una levantadora rosada semitransparente y unas pantuflas desbaratadas e iba a la cocina y apilaba sobre otra loza ya sucia la que él había ensuciado mientras se preparaba el desayuno. Caminaba sin ganas y hacía sonar las pantuflas como pequeñas bofetadas contra la carne del talón. Amontonaba la loza sin ver las cucarachas que escapaban abundantes del platero y se iba a acodar un rato a la ventana. Miraba las palomas agrupadas que se metían entre nubes, miraba los fogonazos de sol que reventaban contra los vidrios de enfrente, miraba con somnolencia a la gente que caminaba en la calle, abajo; le echaba agua a las matas y se iba a la cama a pintarse las uñas de los pies.

Le gustaba el olor a esmalte y a disolvente. Se ponía el frasco de esmalte en la nariz hasta sentir que la contundente delicia de su química le daba una ligera borrachera. Y apenas salía del letargo volvía a apoyar la barbilla en la rodilla y seguía esparciendo rosados intensos o rojos agudos sobre sus uñas cortas y fuertes. Si se cansaba, o mientras esperaba a que el esmalte se secara, leía revistas sobre moda y belleza. Entonces se quedaba dormida, bordeando entre la respiración y el ronquido, sin soñar nada, flotando como un cuerpo estelar en el vacío.

Siempre había sido somnolienta. La única persona que nunca se irritó con su laxitud fue su madre. Pero su madre (madre adoptiva) había sido una persona extraordinaria, que sabía hacer cantar himnos a los loros, zarzuelas a los turpiales y sentía un amor y una paciencia profundos por todos los seres vivos de este mundo. Su casa estaba en las afueras de un pueblo cafetero que colgaba nítido del hondo flanco de una cordillera azul. Los campesinos enruanados que subían colgados de los jeeps podían ver los pavos reales que caminaban sobre el caballete de la casa y emitían desagradables trompetazos que resonaban en las montañas enormes, repletas de guamos y cafetos y salpicadas de guayacanes rosados y amarillos.

Sus hermanastras siempre se habían sentido exasperadas. «Esta siempre es que es la más perezosa del mundo», decían.

La mujer de don Eduardo se había criado en aquel paisaje espectacular, lleno de neblinas deslumbrantes y gallinazos serenos, sin preocuparse demasiado por los oficios domésticos. Si le hacían una guerra sin cuartel y finalmente tenía que trapear los corredores, olvidaba lavar el trapeador y terminaba repartiendo la mugre en las baldosas. Y como las hermanastras querían mantener todo relumbrante, terminaban por arrebatarle el trapeador y trapear los corredores ellas mismas. «Esta siempre es que es la más inútil del planeta» decían.

Si la exasperación alcanzaba límites insoportables, perdían el control y le gritaban «retardada» o «maldita parásita». Y como la otra no parecía afectarse en lo más mínimo, se desesperaban aún más y le decían «torpe», «morronga» y «echada», entre lágrimas copiosas y gemidos pasionales. Entonces la mujer de don Eduardo iba al solar y se ponía a cantar *A la orilla de un palmar* con una voz

curiosamente plana y blanca. Algo de sentimiento se percibía cuando cantaba la estrofa donde se decía que era huerfanita y no tenía padre ni madre. Pero el resto era tan correcto y seco como la música que salía de las pianolas mecánicas antiguas.

La mamá trataba de explicar que, a pesar de las evidencias, la muchacha hacía las cosas lo mejor que podía, y que presionarla demasiado iba a hundirla aún más en los abismos de la indiferencia y la pereza. Pero eso era fácil de decir para alguien que había nacido con una paciencia que de lo profunda e infinita resultaba casi contra natura.

Las hermanastras se enfurecían y le gritaban que ella, por andar teniéndole lástima a la tarada esa, era la culpable de que todas en la casa se hubieran convertido en sus sirvientas. «¡Cría cuervos!», gritaban, desgreñándose, y la mamá tenía que disimular una sonrisa.

La mamá se había encargado de enseñarle a leer después de que la maestra se la devolvió de primero elemental diciendo, con una mínima dosis de histeria en la que se mezclaban la frustración y el odio, que se consideraba incapaz de enseñarle nada a esa niña. Con paciencia de amaestradora logró inculcarle una habilidad que la mujer de don Eduardo usaría a lo largo de su existencia para entender horóscopos de periódicos y revistas, chismes sobre artistas de cine y subtítulos de películas como *Sissi Emperatriz*. La mamá le habría enseñado a leer de todos modos, incluso de haber sabido para qué iban a ser usados sus esfuerzos, convencida como estaba de que en todo, aun en artículos sobre cómo impedir los juanetes, aun en películas como *Sissi Emperatriz*, estaba la mano de Dios.

Pero enseñarle a restar y a dividir resultó imposible. No valió el truco de evitar la palabra «restar», demasiado abstracta, y cambiarla

por «quitar». Cuando al que tenía ocho naranjas le quitaban dos, lo más sencillo era contar las que quedaban. Pero si el que tenía las naranjas era tan imaginario como las naranjas que tenía —para no mencionar las que, vaya a saber cómo, le quitaban—, el resultado era inevitablemente una sensación de blancura tan intensa como las nubes que flotaban sobre los cafetales. Y cada vez los esfuerzos se perdían sin remedio en aquel aéreo vacío. Otras personas habrían terminado cada clase dándole una cachetada a la niña, aunque no fuera más que para sacarla de su odioso sopor de ojos abiertos, y tal vez gritándole «retardada» e «inútil»; la mamá sólo la miraba con curiosidad y le arreglaba las hebillas del pelo, que siempre llevaba torcidas. «Andá a jugar al solar si querés», le decía.

La que iba a ser mujer de don Eduardo jugaba en el solar mientras las hermanastras iban al colegio. La niña se quedaba horas mirando los árboles, viendo el sol redondear las naranjas, viendo los azulejos llegar y salir de los racimos de banano. Hasta que descubrió los placeres de leer revistas sobre moda y chismes de artistas de cine. Entonces dejó el solar y se quedó días enteros, meses, años, leyendo revistas y pintándose las uñas de los pies mientras las hermanastras trapeaban los corredores, la odiaban, recibían novios, preparaban el ajuar y se casaban. La tarde en que don Eduardo llegó al pueblo con el bus lleno de muchachos, vivía sólo con la mamá y era considerada una mujer muy difícil de casar.

El bus venía lleno de adolescentes gritones, unos un poco bebidos, otros mareados por las vueltas y más vueltas que tuvieron que dar por las montañas para treparse a aquel pueblo que parecía siempre al alcance de la mano pero nunca llegaba. En el techo del bus, en cajas de cartón cubiertas con lonas gruesas, venían espadas, capas,

pelucas, dagas, un Renacimiento de confección artesanal con el que el grupo de muchachos, bajo la dirección de don Eduardo, recorría los pueblos de Antioquia representando una tragedia española. Don Eduardo era, había sido siempre, una persona de múltiples intereses y habilidades. Con su abuelo abrió, cuando joven, fincas por la costa; el abuelo las perdió después, pero don Eduardo conservó lo aprendido: avanzados rudimentos de albañilería, carpintería, habilidad con los animales y un muy lúcido sentido agrícola. Del abuelo heredó también una curiosidad voraz que lo llevó a leer sin medida, ilusionado tal vez por la ingenua creencia de que el mundo puede ser copado con palabras escritas y conocimientos cifrados.

Don Eduardo se ocupaba de varias de las actividades culturales extracurriculares del colegio, clubes de lectura, concursos de ciencias, lo que se presentara, y enseñaba lo que quisieran que enseñara. El rector del colegio, por ejemplo, preocupado por los problemas que había tenido con los profesores de Historia, siempre borrachos o lunáticos, le pidió que enseñara la materia en primero y segundo de bachillerato. Don Eduardo, que era ya profesor de Biología y había montado en el colegio un pequeño museo de historia natural, se encerró en la biblioteca hasta que la sucesión de batallas estuvo muy clara en su cabeza, además de los datos adicionales sobre el lugar físico ocupado por Bolívar en tal o cual batalla y lo que le había dicho a este u otro general en cada momento desesperado.

Era apenas natural, entonces, que una persona como él hubiera tenido la iniciativa de montar el grupo de teatro con el que viajaba por las montañas, dándole renombre así a un colegio como aquel, que carecía por completo de grandeza. Dos veces por mes iban a los

pueblos y representaban la tragedia en colegios oficiales, colegios de curas, cárceles y seminarios. Al principio los muchachos tuvieron problemas con las arcaicas expresiones españolas, pero después se volvieron fluidos y ya no tenían que hablar despacio cuando llegaban palabras como «debéisme» o exclamaciones como «¡vive Dios, que a mí me buscan!». Y el público, que al principio era sólo amable y parecía confundido con la entradera y salidera de soldados y con el arbitrario empozamiento de gente en mazmorras tenebrosas, empezó a entender la obra a medida que los mismos actores la entendían, y a veces las personas lograban incluso conmoverse con semejante cadena de infortunios.

Todo lo había logrado don Eduardo, que por entonces era aún joven y entusiasta, sin presionar a nadie, con el convencimiento de que los detalles eran valiosos y la paciencia la mayor virtud en este mundo. Cuando llegó al pueblo donde vivía la que iba a ser su mujer, el grupo ya representaba bien. Padres de familia ricos, apegados al colegio, le habían entregado generosas donaciones con las que cambiaba poco a poco los elementos más crudamente artesanales del equipo, ciertas barbas que parecían de estopa, ciertos sombreros que parecían emplumados con plumas de gallina.

Entonces el bus estrepitoso (tango tocado por un acordeonista pasable y coreado de manera atroz por todos) pasó por fin frente a la casa en cuyo caballete cantaban los pavos reales. En una pausa del acordeón se pudo oír su trompeteo feo y rústico, y un muchacho que sabía imitar lo imitó con voz nasal. En el bus aumentó la algarabía. Las vacas pastaban, nítidas como porcelanas, en aquella luz de tierras altas. Don Eduardo, con un par de aguardientes en el estómago, subía feliz, rodeado de gente joven, conversando con un

muchacho por quien sentía mucho afecto. La que habría de ser su mujer leía en el corredor y no levantó la cara de la revista a pesar del fragor que subía con lentitud y alcanzaba el tope de la cuesta.

El bus bajó la pequeña pendiente que daba a la última subida y, con dolorosos y rechinantes cambios de marcha, subió resonando por las calles del pueblo.

Esa noche, como muchas otras, soldados de sombrero emplumado metieron en cárceles oscuras a un hombre en harapos que hilaba con voz de adolescente desgarradores soliloquios. En un patio abierto (arriba, las estrellas) don Eduardo, sentado al lado del cura, los personeros, el alcalde, recibía el empalagoso perfume de las señoras y sentía un poco de náusea. Como no podía odiar a las mujeres, don Eduardo odiaba sus cosméticos. Y se apasionaba de tal modo hablando de las que se pintaban y perfumaban tanto que parecían damiselas de la noche, que se podía pensar que para él todas eran damiselas de la noche. Aquella vez, sin embargo, no le importaron tanto las orquídeas químicas, los lirios de laboratorio, pues vio que la obra había agarrado y que el aplauso que cerraba el último acto había nacido de los corazones. Los actores se retiraron, se apagaron las luces del escenario —pues no había telón— y cuando volvieron a encenderse, los actores estaban otra vez allí, inclinándose frente al público y recibiendo otro aplauso nutrido.

En una pequeña fiesta en la que se repartió vino y whisky, don Eduardo recibió las felicitaciones de los hombres públicos y de sus perfumadas mujeres. En el vino flotaban partículas de corcho. La ceremonia fue rápida y algo confusa: hubo un brindis en el que un personero habló de la cultura y alabó al alcalde; otro personero, de quien más tarde don Eduardo supo que el alcoholismo lo estaba

destruyendo, se emborrachó a la velocidad del cianuro y cayó entre un estrépito de vasos.

Muchas señoras invitaron a don Eduardo a pasar la noche en sus casas, pero él insistió en dormir con el resto del grupo en los dormitorios del colegio. La mamá de su futura mujer, ojos grandes cafés claros, cejas gruesas sin depilar, expresión inteligente, pequeño anillo de diamantes en el índice y cucarrón de plata en la solapa de un vestido sencillo, le dijo que la tragedia había sido representada con mucho sentimiento. No usaba perfume. Hablaba sin rebuscamientos provincianos y lo que decía tenía la sencilla profundidad de quien ha pasado su vida entendiendo y sintiendo afecto por todo lo que existe.

Al día siguiente, don Eduardo y los muchachos fueron a nadar a un charco de aguas heladas y cristalinas, a tres horas del pueblo por un camino transitado por campesinos a caballo. De regreso, poco después de salir otra vez al pavimento, entraron a la casa de los pavos reales. Mientras don Eduardo y las dos mujeres tomaban café en el corredor, los muchachos armaban porterías con piedras y empezaban un partido de fútbol en el potrero al lado de la casa. Uno de los equipos tenía que jugar montaña arriba y el otro controlar la pelota cuando ganaba demasiada velocidad montaña abajo. Si un balón rápido le daba a una boñiga, se disparaba hacia arriba y desconcertaba a todo el mundo. Y si tiraban contra la portería de abajo, al portero le tocaba recoger la pelota en el fondo del potrero, casi en la quebrada, y muchas veces se demoraba en encontrarla. La quebrada resonaba mientras don Eduardo escuchaba a la madre. «Allá uno no puede mantener las ventanas abiertas como aquí», decía, refiriéndose a las desventajas de vivir en las calles del pueblo.

«Uno nunca puede estar sin bulla y al oscuro. ¡Todas las noches los jeeps y los borrachos! Mija, sírvale más tintico a don Eduardo».

Cuando uno de los futbolistas vino a pedir agua, la mamá le entregó una canasta completa de gaseosas que el muchacho se llevó corriendo al potrero mientras los envases repicaban. La madre, la hija y don Eduardo, en anticipo de lo que iba a ser el corto noviazgo, caminaron por el solar mirando los frutales. La mamá y don Eduardo conversaban con gusto, y la muchacha de vez en cuando decía algo que, aunque sencillo, sonaba como de otro mundo: «Este año no van a dar los zapotes», decía, o «¡miren la niebla, lo bajita!».

Al día siguiente, ya de regreso, los muchachos volvieron a empezar la algarabía. Unos cantaban, otros bebían, otros vomitaban mientras el bus bajaba en eternas espirales. Alguien, de pie y levantando un dedo como un orador en plaza pública, repitió por centésima vez un chiste que ya comenzaba a cansar: «La vida es una barca…», sentenció solemne mientras afuera pasaban los mareadores cafetales, «… como decía el gran Calderón de la Mierda».

Hubo carcajadas y el que sabía imitar imitó a los pavos reales.

A la discreta ceremonia asistieron familiares y amigos cercanos. Las hermanastras se codearon cuando la mujer de don Eduardo confundió un poco las respuestas y se sonrieron cuando vieron asomar el vestido agarrado por la puerta del taxi que los bajó de la montaña. El matrimonio se consumó sin ganas en el cuarto más lujoso de un hotel lujoso, y al día siguiente otro taxi los llevó a la que sería su casa hasta que a don Eduardo le cayera la desgracia.

Casa de dos pisos, sin solar, sin jardineras, cemento puro, construida cuando la adoración por el concreto alcanzó su punto

más alto y devastó las tapias, las tejas de barro, el ladrillo cocido y por supuesto el verdor. Al frente había un banco que tenía vidrios grandes que recogían el sol de la mañana; al lado, un teatro de donde llegaba la voz varonil, probablemente ecuestre, de Pedro Infante y, en Semana Santa, la ibérica voz de Jesucristo; abajo, una calle sin árboles por donde pasaban en una dirección las señoras que iban para misa, en la otra la gente que iba para cine, y en las dos, sonando campanillas, los vendedores de paletas. Personas profundas pueden pensar, si quieren, que todas las jerarquías geográficas son ilusorias y todos los lugares el centro del universo. Ubicar el centro del universo en esa casa, sin embargo, necesitaría más profundidad de la que cualquier persona está dispuesta a soportar. Aparte del sol reflejándose por las mañanas en los vidrios del banco, por las ventanas no había nada de interés para mirar. En ocasiones se producían tumultos en el teatro, cuando estrenaban películas taquilleras; a veces la policía pasaba haciendo sonar sirenas tras un ladrón que al parecer nunca atrapaba; y una vez pasó un avión bajito, echando humo, que aterrizó sin matar a nadie en un aeropuerto repleto de carros de bomberos. Pero a la mujer de don Eduardo no le interesaban los tumultos, la tenían sin cuidado ladrones y policías, y al avión no pudo verlo, pues se había dormido tan profundamente que no la despertó su ruido, que alborotó al vecindario entero y puso a vibrar vasos y ventanas.

Las cosas que don Eduardo trajo de su agradable cuarto de soltero nadaron en la nueva casa. En la cocina tres vasos, un par de ollas y algunos cuchillos y tenedores; en la sala tres sillas, una mesita y un cisne de cristal; en el comedor una cama matrimonial grande, donde

se vivió el tedio que durante mucho tiempo mantuvo a don Eduardo a salvo de calumnias y habladurías.

La casa no se quedó vacía para siempre, sin embargo. Otros objetos fueron atraídos fatalmente, y después de dos años habían aparecido dos mecedoras, una televisión y un Sagrado Corazón con ojos color de miel. Luego llegaron cajas de embolar, lámparas, porcelanas, mesitas esquineras y mil objetos que se embrollaban de tal modo entre sí y también con revistas, brasieres, cosméticos y medias de nailon, que en la casa resultaba difícil moverse, respirar.

La mujer de don Eduardo, llevada tal vez por la nostalgia de guamos y cafetales, empezó a cultivar plantas que se le daban tan fértiles como si crecieran en la selva profunda. Al lado del comedor, en una sección de tronco de palmera repleta de tierra muy negra, un balazo multiplicó tentáculos que entraron y salieron del tronco, y extendió hojas muy anchas e impúdicas. En la sala, la deslumbrante belleza de un helecho, que hizo desaparecer por completo la canasta donde lo habían sembrado, parecía una burla al sitio, como un tigre de Bengala en una perrera, y hacía lucir las mecedoras, la televisión y hasta el Corazón de Jesús especialmente pobres y desabridos. Había otro par de helechos salvajes en el cuarto, cuatro poderosas «sinvergüenzas» colgando de la pared de la escalera y una planta filosa y puntuda, parecida al fique pero aún más inhumana, al lado de la puerta de entrada. Don Eduardo conocía la selva, habría de morir cerca de ella, y amaba el verdor más que ninguno. Cuando llegaba del colegio, sin embargo, y veía esa vegetación creciendo con violencia entre el vacuo cemento de la casa, su estómago se enfriaba como frente a una modesta aberración de la naturaleza. Bajo cada mata había siempre un charco grande, donde espejeaba el

caótico abandono del hogar. Y cuando ella había abonado y removido, quedaban en el piso tierra, borra de café, pellejos de papa y cáscaras de huevo.

A don Eduardo no le tomó ni dos meses perder cualquier ilusión sobre la posibilidad de un hogar cálido y amable, y ni siquiera seis la de una casa limpia y confortable. Los muebles se llenaban de polvo, los techos de telarañas. Don Eduardo era suave y convincente, un buen pedagogo, y trató de insinuar, ordenar sin ofender, enseñar con el ejemplo. Pero las insinuaciones se perdían, las suaves parábolas del maestro dejaban lela a su mujer y la casa se metía cada día más en el caos y el mugre.

Él le mostró el detergente para el baldosín del baño, la escobilla para el excusado, la manera como los muebles debían quedar cuando se les quitaba el polvo, y dejó la casa resplandeciente en el proceso de enseñarle a su mujer cómo limpiarla. Pero ella, después de algunos meses de hacer lo mejor que pudo, se fue dejando vencer otra vez por la desidia. El polvo volvió a acumularse, el musgo se vino otra vez fértil en el baño y las arañas volvieron a extender sus telas en los rincones. Don Eduardo, irónico, decía que alguien iba a morir desnucado en ese baño. Pero ella no entendía. «¿Cómo así, vos?», preguntaba, luego de meditarlo un momento. Don Eduardo, asombrado por su propia impaciencia, se ponía entonces demasiado claro y mencionaba los «hijosdeperra baldosines». Ella decía que sí, que mañana los lavaba, y seguía concentrada, pintándose las uñas de los pies.

Después de seis meses de matrimonio él se mantenía lejos de su casa el mayor tiempo posible. Nunca había sido una persona infeliz y no empezó a sentirse infeliz después de ver la forma que había

tomado su matrimonio. El grupo de teatro, la biología, la siempre creciente pasión por los detalles heroicos de la guerra de Independencia y, por supuesto, el afecto por sus alumnos, le hacían sentir que su vida estaba llena de sentido. Un sentimiento indefinido, sombra que le flotaba alrededor del corazón, agobio que de vez en cuando lo hacía suspirar y que lo debió prevenir, es cierto, de la carencia que lo mantenía y lo había mantenido siempre al borde de la perdición. De haberlo reconocido a tiempo, de haber podido medir la profundidad de su poder, tal vez se habría salvado. Pero a pesar de los sueños bien dibujados que lo despertaban con el cuerpo tenso y ansioso, don Eduardo no podía mostrarse demasiado sincero consigo mismo. Era un maestro y debía mantener a la juventud lejos de la corrupción. Y cuando el chorro de agua fría lo golpeaba en el baño lamoso, las formas carnales creadas por la noche se habían ya deshecho y en su cerebro sólo quedaba el deseo de un día limpio y laborioso.

Años largos, limpios y laboriosos en lo que a la vida consciente se refería; llenos de fermentos, delicias pantanosas, manglares prohibidos donde se podía gozar lejos del ojo de Dios y del castigo de los hombres, durante las calientes mareas nocturnas. Don Eduardo salía temprano y volvía muy tarde, cuando su mujer ya dormía, semicomatosa, y en la casa sólo se movían las potentes cucarachas. A menudo se quedaba bajo una lámpara en el museo, embalsamando pájaros, metido en el silencio y en un fuerte olor a formol que lo hacía sentir recogido y feliz, mientras un esqueleto humano colgaba, cómico, en la penumbra. Se le iban entonces las horas abriendo buches, apretando algodones y colocando criaturas atónitas en ramajes ficticios. De vez en cuando descansaba sentado

en las gradas que subían al museo, mirando volar los cocuyos del pequeño jardín. Salía pasada la medianoche y se tomaba un par de aguardientes disciplinados, medicinales, en una de las heladerías que permanecían abiertas la noche entera. Conversaba un poco con el mesero y se iba para su casa, donde se acostaba sin siquiera encender la luz. Renacían entonces los manglares malditos donde ciertos placeres parecían no sólo legítimos sino también inminentes. Y sin embargo casi nunca llegaban. Y cuando llegaban no parecían reales.

Hay personas que pueden vivir sin dejarse obsesionar por las formas, el olor, el timbre de voz que la naturaleza dio a otras. Don Eduardo tenía disciplina y estaba convencido de la utilidad de su profesión. Don Eduardo lo habría logrado de no ser por la mala suerte. A la altura de su quinto año de matrimonio era uno de los profesores más respetados y se pensaba que su mujer tenía la culpa de que no llegara aún más lejos. Las señoras hablaban de papas retoñadas, brasieres roídos por las cucarachas, pescados alumbrando en el fondo de ollas podridas. Curiosamente, don Eduardo resultaba engrandecido. No faltaba, por supuesto, el visionario que tras las apariencias del matrimonio, desvencijado pero convencional al fin y al cabo, creía ver lo que los demás no veían, pero era sólo la habladuría casual que en lugares como aquel podía afectar a hombres de apariencia suave, no el murmullo corrosivo que arruinaba a quienes no sabían esconder bien sus pasiones.

Cuando apareció el que iba a ser su perdición, don Eduardo tenía cuarenta y dos años. El museo se había enriquecido con los objetos precolombinos encontrados o comprados en los pueblos de Antioquia, con las monedas, estampillas, minerales y otras

colecciones menores que apuntaban en tantas direcciones como la curiosidad del maestro. Ya no era el museo de biología del colegio sino el Museo, lugar nutrido pero ascético, saturado en formol, compartido por el rey de los gallinazos, un par de gallinazos rasos, mariposas de Muzo, estampillas con próceres de mirada severa y piritas tan bellas como el oro, traídas de las minas de Marmato. El neón establecía su luz fría en las vitrinas. Los estudiantes ponían cigarrillos en la dentadura del esqueleto. La bandera colombiana alumbraba con colores vivos aunque estuviera siempre en la penumbra.

Los bucles del muchacho eran dorados. Su piel de porcelana tenía un trasfondo azul que a veces (rara vez) se arrebolaba. Usaba ropa que le quedaba un poco estrecha. La ácida altivez que se le vería en el futuro pareció al principio inseguridad y gusto enfermizo por el alejamiento. No hablaba con nadie, nunca pedía ayuda, andaba en los recreos por los corredores como si buscara las sombras. Se limpiaba interminablemente las uñas con una navajita sucia y de vez en cuando se alelaba mirándose las manos. El segundo día le reventaron una naranja en la nuca, delgada como un tallo de azucena. Como había sonado la campana y todo el mundo corría hacia los salones, pocos vieron el incidente, mucho menos las miradas rápidas, los fulgurantes latigazos de odio que podían soltar sus ojos, grandes como los ojos de las vacas.

Don Eduardo no entendió, o entendió tarde, que el muchacho era mucho menos frágil de lo que parecía.

A la naranja podrida siguieron letreros obscenos, insultos no identificables que salían de grupos cobardes, proyectiles mezquinos (tizas, piedras pequeñas) brotados de la cavernosa confusión

humana. El muchacho, si lloraba, no lloraba en público; y si sentía miedo no lo demostraba. De vez en cuando algún imprudente se salía del grupo y era arañado, rasgado sin misericordia, devorado por una pelea sin reglas, por una vorágine loca que casi le arrancaba los ojos y de la que sólo podía escapar, sofocado de terror, dejando atrás zapatos, mechones de pelo y jirones de camisa. Volvía al rebaño, arañado y sangrante. Escondía las lágrimas y, apenas el miedo daba otra vez paso a la cobardía arrogante, empezaba a burlarse de la loca tormenta por la que, jugando, se había dejado sacudir. Los muchachos se desplazaban por el patio en pequeñas nubes oscuras o en pandillas zigzagueantes. Se agredían unos a otros y tragaban polvo mientras arriba los maestros, ciegos a la tremolina, caminaban como dioses burocráticos.

No fue, pues, la atracción por la belleza sino la compasión lo que en un principio llevó a don Eduardo a acercarse a la criatura. Durante su vida como maestro había ayudado a muchachos que parecían empozados sin remedio, gente entristecida, prematuramente agotada y derrotada que, gracias a él, había aprendido a controlar la angustia o la vergüenza y a caminar más o menos erguida y en paz. Estimulaba las buenas cualidades, les construía un rudimento de autorrespeto, poco a poco, como levantando un castillo de naipes. Muchas veces se iba todo a tierra. Pero con frecuencia adolescentes corroídos hasta el hueso por el pecado y los remordimientos escapaban de su palidez infernal y volvían a interesarse por cosas separadas de ellos mismos.

Don Eduardo logró que el muchacho se entusiasmara por los asuntos del museo. Le mostró monedas y cucarrones, gallinazos y colibríes, terracotas panzudas que llevaban narigueras de oro, y

billetes impresos durante la Guerra de los Mil Días. Don Eduardo se sorprendió cuando el muchacho, al día siguiente de su primera visita al museo, empezó a traer mariposas.

Diurnas y nocturnas. Soles pequeños, metales azules, resplandores anaranjados, óvalos de luz… o felpas, terciopelos nocturnos que se matizaban al infinito en una profunda estratificación de las tinieblas. Mariposas que traía quién sabe de dónde, tal vez compraba, y que junto con el rey de los gallinazos y la bandera nacional hacían que en el museo relumbraran los colores de la vida.

Como el muchacho tenía gusto natural por los colores, los insectos empezaron a ser acomodados en las vitrinas con criterio artístico. Los nombres latinos fueron escritos en tinta china con su bella letra, curva como las olas. Su olor no era agrio como el de los otros, mezcla de sudor, pedo, brillantina y ripio de lápiz. Era una fragancia indefinible, tal vez talcos, perfumes de mujer usados con mucha cautela, que se filtraba entre el denso olor a formol y llegaba a la sangre del maestro.

Trabajaban después de clases. La noche caía con grillos y cocuyos y ellos descansaban sentados en las gradas, mirando las estrellas. Don Eduardo señalaba toros, carretas en el cielo que el muchacho dejaba reflejar en sus ojos enormes. Se quedaban en silencio. Don Eduardo decía que no entendía, sinceramente no le cabía en la cabeza, cómo la gente, mirando los astros, la perfección del mecanismo celestial, podía dudar de la presencia de Algo, llamémoslo Dios, Yahvé, Alá o lo que se quiera, un Supremo Creador.

El escándalo inicial que provocó la llegada del adolescente se fue serenando poco a poco. Los tumultos disminuyeron, los proyectiles

se hicieron cada vez menos frecuentes. Algunos condiscípulos olvidaban sus rarezas y lo trataban sin prevenciones. Admiraban su letra, su capacidad para el dibujo, se sentían sin duda atraídos por su belleza. Aunque crueles, no habían acabado de salir de la edad de la inocencia. Una tarde, un muchacho peló una mandarina y, sin agresividad, sólo por costumbre, le tiró las cáscaras a la cabeza. Don Eduardo se acercó casi corriendo y muy pálido. «Si no te gusta, no lo mirés», le dijo. «Pero no le tirés piedras». El muchacho palideció también entre el aroma de la fruta, dijo que no habían sido piedras sino cáscaras y su ingenuidad lo salvó de una ardiente bofetada.

Se convirtió en su ayudante en el museo. A pesar de la apariencia delicada no se asqueaba con facilidad y podía arrancar buches y tripas con pericia. Con el delantal blanco parecía una hermosa enfermera. Don Eduardo lo miraba de reojo y se asombraba de la belleza de su perfil cuando, serio, con los bucles brillando en la media luz, trabajaba concentrado sobre gatos despojados, gavilanes cóncavos.

En el museo siempre había flores, que el adolescente traía cada mañana, sin importarle que lo vieran. Para don Eduardo el museo se fue convirtiendo en el lugar más hermoso de la Tierra. La letra del muchacho adornaba todos los especímenes, aun los repugnantes, y su olor parecía posarse entre las cosas y sedimentarse, de modo que más tarde don Eduardo, acomodando libros o moviendo estanterías, lo removía y, sin darse cuenta, alcanzaba a sentir tristeza por su ausencia.

Consciente del alto aprecio en que lo tenían, el muchacho se hacía más audaz. Caminaba con altivez por patios y corredores, dejando traslucir la vanidad cruel que iba a asegurarle un futuro de

maquillajes violentos, siliconas opulentas y puñales escondidos en ligueros de seda. Se jactaba de su trabajo en el museo y de su amistad con don Eduardo. Una vez, en uno de los baños, cortó en la mano con su pequeña navaja a un adolescente que por burlarse quería tocarle las nalgas. Cuando le insinuaban que el profesor era su amante, dejaba aparecer un gesto ácido donde no se ocultaba cierto halago.

Una mañana no llegó al colegio y don Eduardo sintió que el corazón se le encogía. Los alumnos faltaban y al día siguiente traían notas donde se hablaba de ataques de laringitis, muertes en la familia. Pero al día siguiente tampoco vino, ni al otro, y don Eduardo no tenía paz. Soñó que estaban juntos, sentados en las gradas que bajaban del museo, mirando flotar las libélulas. Se hizo de noche y miraron caer estrellas fugaces. La sensación de cercanía fue tal que don Eduardo se despertó con el corazón como lleno de jalea. Su mujer dormía sin roncar, con la cobija subida arriba de las caderas. Los recogedores de basura trabajaban en la calle, gritando entre el fragor de las canecas. Don Eduardo reconoció por fin que el amor, como una enredadera, se le había regado adentro, feraz, por todas partes.

Luego de una semana el muchacho volvió, muy pálido, con una nota mal redactada en la que se decía que había estado enfermo de «unas fiebres raras y temblores en todo el cuerpo». En cierto modo la nota sobraba, pues don Eduardo había estado en la casa del enfermo y lo había visto en la cama, más bello que nunca, las mejillas arreboladas y los ojos dulcificados por la fiebre. Sonreía como desde lejos mientras la mamá se explayaba interminablemente en el recuento de sus propias desgracias.

La vida de la madre había sido de mártir. El padre, persona irascible y autoritaria, Dios lo tenga en Su Reino, se ponía violento cuando las cosas no marchaban. Ella nunca había podido ir a un cine, con las amigas tenía que hablar al escondido, ir a misa era su único consuelo. La autocompasión le astillaba la voz, se la rajaba y derrumbaba, pero el orgullo del martirio volvía a levantársela. Lloraba con discreción, enjugándose con un pañuelo estrujado, y seguía enumerando sus desdichas. Su entonación se hacía monótona y don Eduardo era incapaz de mantenerse atento. El muchacho lo miraba con ojos brillantes y sonreía. Ella los había tenido que defender toda la vida, de no ser así tal vez habría sucedido una desgracia. Cuando hablaba del marido no lo mencionaba por su nombre sino que decía «Él». A Él nunca le gustó que los muchachos le llegaran tarde. Cuando Él volvía del granero había que tenerle la comida servida o se ponía como una fiera. Cuando Él se emborrachaba los agarraba a correazos. Su muerte, Dios me perdone, fue tal vez un bien que Dios les hizo. En el momento de despedirse, don Eduardo puso la palma de la mano en la frente del enfermo, como para medirle la fiebre. El adolescente se la besó con labios calientes, en un gesto filial que parecía bíblico, y a don Eduardo las piernas le temblaron.

Después de la enfermedad sus relaciones se hicieron muy estrechas. El muchacho cada vez era más altivo y hablador, y se llenaba de amaneramientos. Cuando en los recreos hablaba del profesor, lo mencionaba como «Eduardo». Se presentía ya el desastre. «Eduardo me regaló una caja de lápices divina», decía, o decía, repleto de fatal orgullo, que Eduardo y él se iban en diciembre para el mar. El profesor vivía como en una borrachera y no sentía las

miradas que le llegaban de todas partes como pájaros. En los baños aparecían dibujos donde se los representaba cometiendo actos inmencionables. El maestro se dirigía como ciego hacia su ruina. Sin saber ni cómo, ni cuándo, ni para qué, ciertamente lo había invitado al mar y el adolescente lo proclamaba a los cuatro vientos. En clase lo hacía recitar, cantar, borrar el tablero, sólo por el placer de contemplarlo. Los alumnos murmuraban. Le regalaba plumillas, pinceles caros, papeles delicados.

En la historia que circuló por los corrillos malsanos, historia que pudo ser cierta, teniendo en cuenta que el profesor estaba actuando con imprudencia demencial, se decía que maestro y alumno habían sido sorprendidos en el museo, en pleno día. Se detallaban posiciones obscenas, se repetían gemidos; se decía que el muchacho estaba arrodillado en su propia ropa envuelta, para no lastimarse con las maderas del piso, y que el profesor, desnudo y aterrado, había intentado cubrir su vergüenza con la bandera nacional.

Ciertos o no, estos murmullos ni siquiera ayudaron a perder más a alguien que ya estaba todo lo perdido que se puede estar en esta vida. Dado el carácter del muchacho, es muy posible que haya sido él quien provocó a aquel hombre hundido hasta las cejas en el amor, precipitando el gran escándalo. Los dos fueron expulsados del colegio entre la risotada pública, pero mientras el profesor salía tapándose la cara con las manos, casi carbonizado por la vergüenza, el adolescente actuaba como príncipe despectivo, envuelto en luces fatuas y engrandecido por un orgullo barroco y luciferino.

Don Eduardo se encerró en su casa y sólo volvió a salir dos días más tarde, cuando la policía vino a buscarlo. Mientras estuvo en su casa no lloró ni hizo ningún escándalo, sino que se quedó por ahí,

desolado hasta la raíz, quieto, marchito. A pesar de no ser curiosa, su mujer alcanzaba a sentir que algo andaba mal y hacía preguntas que él contestaba de modo solemne. Ella oía sin entender, se encogía de hombros y volvía a sus revistas. Cuando se quedaba dormido, don Eduardo descansaba un poco. Al despertar, el recuerdo de lo sucedido volvía a anonadarlo y, lleno de pánico, buscaba otra vez dormirse. Entonces sólo lograba un sopor lleno de sueños macabros, o una especie de hipnosis en que, a pesar de tener los párpados cerrados, parecía mirar al vacío con los ojos muy abiertos.

Del limbo lo sacaron dos policías de civil y uno de uniforme, que se lo llevaron como al ser más despreciable del planeta.

A los homosexuales los dejaban de pie en el centro del patio de la cárcel por un día y una noche después de lanzarles un bochornoso discurso moralizante en presencia de reclusos y carceleros. Pero tal vez porque don Eduardo no parecía una loca de prostíbulo ni un bujarrón baboso, los policías no se atrevieron. También podía ser que el rector del colegio, que presumía de «humanista» aunque era en realidad buena persona, estuviera tratando de ayudarlo. Al día siguiente de su encarcelamiento y después de un interrogatorio donde se enteró, para su consternación, de que el muchacho lo acusaba de haberlo corrompido, un oficial le hizo saber a gritos la repugnancia que le producían los que, habiéndolos formado Dios como hombres, preferían revolcarse entre las sábanas con seres de su mismo sexo.

«¿Acaso usted no sabe —preguntó el oficial con voz seca y brutal, no exactamente hecha para acariciar oídos de mujeres— que la mujer es el ser más hermoso que existe sobre la Tierra?».

Afuera seguía la bulla, la sórdida tormenta en el vaso de agua parroquial. Aun la gente inteligente, aun el rector del colegio, que era humanista y estaba haciendo lo que podía para sacar a don Eduardo de la cárcel, aun los compasivos tuvieron que sonreírse cuando, en alusión a Policarpa Salavarrieta, la heroína que cayó bajo las balas españolas envuelta en la bandera tricolor, se empezó a hablar de don Eduardo como «Policarpo». Algunos decían que los tíos del muchacho iban a matarlo, pero la verdad era que el muchacho sólo tenía un tío, pacífico, hermano de la madre, que trabajaba manejando una bodega de granos en Puerto Berrío. Algunos decían que don Eduardo había tratado de envenenarse en la cárcel, pero don Eduardo todavía no tenía alientos para envenenarse. Los marihuaneros, los cuatreros, los atracadores y violadores le dirigían la palabra y él no entendía nada, lo cual los despistaba, pues lo hacía aparecer como un hombre duro, salvándolo de mayores ultrajes.

Después de una semana volvió a su casa barbudo y maloliente y le dijo a su mujer que empacara sus cosas, que se iban. Ella no preguntó para dónde ni por qué; preguntó que si tenía que empacar ya o después de un rato. Tenía que empacar ya, por favor, y no se demore, dijo don Eduardo con voz opaca y determinada que se hizo obedecer de inmediato. Afuera sonaban las campanillas de los vendedores de paletas. «¿Y es que usted no va a empacar?», preguntó ella mientras metía ropa interior sucia en los bolsillos de nailon de la maleta, pero como él no contestó, le dio pereza seguir preguntando.

En el atrio del teatro, bajo un sol muy brillante, la gente se apretujaba para ver *Los diez mandamientos.* La mujer de don

Eduardo se retrasó mirando las fotos de los actores norteamericanos disfrazados de judíos o egipcios que, bajo la versión gringa de la mano de Dios, zanjaban de modo solemne ancestrales diferencias. El profesor la esperó mirando una rajadura larga en la acera y entonces siguieron caminando, ante la aparente indiferencia pública, hacia la plaza donde estaban la iglesia, las ceibas y los taxis.

Por última vez en su vida don Eduardo dio vueltas y más vueltas por aquellas montañas enormes, acercándose imperceptiblemente a un pueblo que parecía siempre al alcance de la mano pero nunca llegaba. Sus ojos tristes no vieron los árboles de mango cargados de frutas maduras que matizaban suculentos rojos y amarillos entre el poderoso verdor de los follajes; no vieron las neblinas brillantes flotando sobre cañadas repletas de musgo y de sol. El chofer del taxi empezó a hablar y, como no le contestaban, siguió hablando solo, incapaz de soportar el vacío, llenando la carretera con sabiduría, dichos, chistes que nadie quería oír ni celebrar. Por última vez en su vida don Eduardo vio aparecer la casa donde chillaban los pavos reales. La madre supo de inmediato que algo había sucedido y, cuando sintió el olor de don Eduardo, supo que había sido una desgracia.

«En el alambre hay toallas, Eduardo», dijo. «Vaya báñese mientras le preparo un caldo».

Al día siguiente don Eduardo volvió a bajar, bañado, afeitado y más deprimido que nunca. A la madre le había dicho que la semana siguiente volvía por su mujer, pero en realidad bajaba a suicidarse. Esta vez le tocó en suerte un chofer silencioso y melancólico, y esta vez el taxi bajó de la montaña entre nieblas, truenos y relámpagos.

Las plumillas acompasadas separaban con trabajo las aguas que caían sobre el parabrisas y parecían anegar el corazón. Primero hubo un derrumbe que los mantuvo quietos casi dos horas, después la policía detuvo el tráfico y los automóviles volvieron a acumularse en la montaña mientras se rescataba un camión que acababa de irse por un precipicio. El chofer del taxi dormía con la ruana subida hasta las orejas y don Eduardo miraba los cafetales atormentados por la lluvia y los relámpagos. Entonces el flujo volvió a reanudarse y aparecieron las sábanas que cubrían los cadáveres del chofer del camión y su ayudante, fosforescentes en medio del diluvio. «Nada somos, nada valemos», dijo don Eduardo, saliendo del mutismo.

De modo que el viaje, usualmente de seis horas, se hizo en trece, por los accidentes y por la cautela con que el taxi se movía en la carretera borrada por la niebla. Y como don Eduardo no estaba de ánimo para dormirse en una carretera, mucho menos en aquella llena de peligros, entró a su casa con el cansancio acumulado del escándalo, de la cárcel, del viaje de ida y del eterno viaje de vuelta, en la diligencia de devolver a su mujer.

Se acostó vestido y se metió en un pozo de olvido. Al día siguiente abrió los ojos, oyó las campanas que llamaban a misa de once y los recuerdos se le vinieron otra vez como avalancha. Maldijo su vida. La imagen del que lo había llevado a la perdición flotó en su imaginación despojada de los atributos que el amor le había dado —pasión que había desaparecido casi sin dolor, aniquilada por el dolor de la traición— y provocó algo parecido a la sorpresa. «Por semejante mariconcito, Dios mío, por esa loquita pendeja», habría dicho entonces, si hubiera estado para soliloquios.

Los días pasaban, todos iguales, y él caminaba por la casa como un fantasma. Las plantas se morían. Con las cortinas bajadas, don Eduardo se mantenía en una perpetua tiniebla. Llamó a su suegra para decirle que estaba bien y que regresaba en quince días. El teléfono sonaba, pero él no contestaba; de vez en cuando tocaban a la puerta, pero no abría.

Trataba de no hacer ruido, para que nadie supiera que estaba en la casa. Las plantas adquirieron primero una consistencia desmayada, parecida al trapo, y después perdieron el color en una combustión final, lenta y crujiente. Don Eduardo seguía caminando como espectro por la casa en brumas. Cuando el hambre era insoportable, comía chocolate en pasta o roía un pedazo de panela. Arrancó el cable del teléfono. Se quedaba en trance mirando las cucarachas que caminaban en la turbia luz de la cocina. De vez en cuando iba al baño y miraba con ojos engrandecidos por la oscuridad y la mala alimentación el fulgor hipnótico y mortal que salía de las cuchillas de afeitar. A duras penas se limpiaba después de defecar. Cuando se acabó el papel higiénico comenzó a usar papel periódico y los inodoros se taparon. El aire encerrado se hizo denso y pútrido. Don Eduardo perdió la noción de hora, día, fecha o año. Parecía suspendido entre la vida y la muerte, atónito por la cercanía de Dios mientras caminaba entre las brumas fétidas.

Y al fin no se cortó las venas.

Sin darse cuenta, sin poderlo evitar, don Eduardo empezó a olvidar sus sufrimientos. Un día se encontró afeitándose frente al espejo y esa misma semana se vio en el comedor recordando los días lejanos de su juventud, las selvas repletas, los ríos imprevisibles, inhumanos, apacibles. Antes de morir habría querido ver otra vez

pasar las guacamayas. Entrar otra vez a los manglares llenos de ruidos y ecos, solemnes como catedrales, donde el silencio venía de pronto sin razón aparente, puro y grande, se sostenía un segundo o menos para derramarse otra vez, como cuerno de abundancia, entre chillidos de micos, gritos de pájaros y resonancias acuáticas.

Morirse, se quería morir. Pero nadie lo estaba apresurando. ¿A quién, aparte de Dios, le tenía que rendir cuentas? Don Eduardo despanzurraba una cucaracha enorme con una *Vanidades* envuelta e iba a buscar otro pedazo de panela. De soñar en el pasado empezó a creer en el futuro. Los lugares remotos todavía no se habían acabado. Aún había sitios sin teléfonos, televisión o luz eléctrica, donde la gente sabía respetar al prójimo. Don Eduardo empezaba a dormirse con más facilidad, y al despertar no sentía tan fuerte el garrotazo de la desgracia. Si alguna vez fue feliz en el monte, no había razón para que no pudiera serlo de nuevo.

Era como una luz frágil, arriba, donde estaba el aire, la esperanza. «Me puedo ir», pensaba y volvía a pensar, como sin de verdad creer que podía irse. No se necesita mucho para vivir, un rancho, sembrar alguna cosa, los ríos y el monte dan el resto. «Me puedo ir. Lejos. Donde nadie me conozca. Yo sé sembrar, levantar casas». La mano que le había apretado el corazón por tantos días empezaba a aflojar. ¿Por qué no iba a poder irse? La casa era propia, venderla. Algo de plata había en el banco. No se necesita mucho para vivir. Pescado, cocos, criar marranos. Aligerado por los sueños, don Eduardo empezaba a comer mejor, a dormir sin pesadillas. La certeza de tener el destino en sus manos (todavía podía cortarse las venas, si quería) le dio el coraje para salir de la casa y entrar a la tienda, donde compró enlatados, arroz, papel higiénico y una bomba para

destapar los inodoros. Que lo miraran con sorna si querían. Que se pudrieran en el murmullo y la mala fe. Que se cocinaran en el caldo de su propia hipocresía. Don Eduardo abrió cortinas y destapó los inodoros. Barrió, trapeó, compró pintura, hizo una matazón de cucarachas. Mientras trabajaba pensaba en el futuro. Las palabras «un par de cerdos» podían repetirse veinte o treinta veces seguidas, como si tuviera fiebre. Entonces dejaba las brochas y se sentaba en el comedor a mirar los mapas. Corrían los ríos, se abrían las selvas y lagunas bajo sus ojos deslumbrados. Los nombres resonaban. San Bernardo del Viento, Bahía Solano. Su mirada viajaba al sur y al norte, Casanare, Leticia, Santa María la Antigua, buscando el sitio lejano donde pudiera ver otra vez volar las guacamayas. «Mejor el mar», pensaba mientras cepillaba con fuerza los baldosines de los baños, «mejor el mar», «mejor el mar», hasta que soltaba el cepillo y deliraba otra vez sobre los mapas.

La finca quedaba cerca de acantilados donde las olas resonaban día y noche como un enorme caracol que se atenuara o acentuara según la fuerza de las mareas o la dirección de los vientos. Al frente de la casa estaba el mar y atrás la selva. Pero la casa no tenía vista al mar, pues en la distancia que la separaba del agua había un denso platanar. Don Eduardo habría podido construir una con sus propias manos, pero la que había estaba en buen estado y se debió conformar con mejorarla. Tenía piso de cemento y la cocina, atrás, piso de tierra. Todo iba a mantenerse muy bien barrido con escobas que don Eduardo fabricaría utilizando un arbusto que se daba abundante en la selva.

Cuando don Eduardo llegó, encontró pequeños boquetes en el techo, que remendó al día siguiente aunque estaban en verano y no

se vislumbraban aguaceros por ninguna parte. Del techo se podía ver el mar, muy azul, más allá de las hojas de los plátanos. Las aves marinas volaban en el sopor del mediodía. Con el torso desnudo, don Eduardo, pequeño, fibroso y casi azul de lo blanco que venía, trabajó hábil entre el olor espeso de la palma impregnada de sal, mojada innumerables veces por la lluvia y ahora recalentada por el sol.

Se plantó en su nueva tierra con el entusiasmo de los que regresan de la muerte. Los vecinos, negros en su mayoría, adoptaron desde el principio un tono a la vez burlón y cariñoso para hablar de aquel hombre entusiasta y veloz que podía trabajar con semejante empuje en esa región fértil y caliente donde se podía vivir con placidez confiando en la generosidad del mar y de la selva. El primer día los niños del caserío vinieron a mirarlo trabajar en el techo bajo el ardiente sol del mediodía. Don Eduardo les sonrió, ya desde entonces bíblico, y los niños lo miraron, serios, con dilatada curiosidad. Había apilado mangos maduros en una mesa en el corredor y les dijo que cogieran los que quisieran, pero ellos no los tocaron. En tres horas el techo quedó listo y por la noche don Eduardo debió untarse casi la mitad de la botella de aceite de coco que compró en el caserío para refrescar un poco su piel ardida por el sol.

Desde entonces los vecinos lo vieron asombrados trabajar sin descanso desde el más temprano amanecer hasta el más entrado atardecer. Su misticismo, que empezó apenas insinuado y se dio a crecer como una planta de la selva, sería atribuido al modo como su cráneo aguantaba sol y lluvias. La creciente presencia de Dios no iba a impedir, sin embargo, que sus trabajos fueran planeados con

cuidado y realizados con excelencia: le había dejado, meticuloso, la mitad de sus bienes a su mujer, y ahora debía pesar cada gasto y asegurarse de que fuera productivo.

Después de enderezar el rancho, al que logró imprimir cierta belleza sobria, comenzó a organizar la platanera. Desmalezó, cortó hojas secas, aporcó y resembró. Los corredores se vieron limpios, las matas, nítidas y jugosas, y los racimos empezaron a darse con una abundancia que sobrepasaría con mucho la capacidad de consumo del que los había ayudado a brotar. Los dos marranos, repetidos durante sus primeros sueños esperanzadores, cuando todavía estaba en manos de la muerte, se hicieron reales y gruñeron y se revolcaron entre la platanera.

Don Eduardo comenzó una parcela de maíz y sembró naranjos. En el caserío le vendieron a buen precio una burra de carácter amable que sabía arrastrar la yunta, a la que el maestro empezó a llamar Criatura de Dios. Iba y venía con la burra por todas partes, dándole consejos a la gente, entablillando huesos, poniendo inyecciones y mencionando a Dios cada vez con más frecuencia. Sembró caña de azúcar. Empezó a planear un gran cacaotal. Consiguió dos perros, un mico y dos guacamayas. El mico se hizo amigo de uno de los perros y pasaba todo el día trepado en su lomo. Perro y mico caminaban por la playa, se metían a la selva y al regresar se echaban a dormir bajo los mangos.

Don Eduardo sembró piñas. Empezó a enseñar a leer a los niños y a lavar e inyectar a los muertos. En esa región lejana, donde no había dinero para atraer médicos o pagar maestros, su presencia fue apreciada. Las cañas crecieron gordas y abundantes. Mañana y tarde se podía oír el machete rítmico y rápido del maestro picándole caña

a la Criatura de Dios, que masticaba entrecerrando sus ojos bondadosos. Conejos blancos, de ojos rojos, dormían en la placidez de las conejeras que don Eduardo había construido al lado de la casa. Brotaron, abundantes, piñas y naranjas. Don Eduardo vendía lo que podía y lo demás lo cambiaba o regalaba. El cacaotal empezó a crecer tan vigoroso como el resto. De la huerta sacaba repollos y tomates. Los pavos se inflaban. De vez en cuando los gavilanes traían terror al gallinero (insinuación de universos vecinos: el caos, la muerte, las tinieblas), pero dejaban pocas pérdidas. Don Eduardo construyó un acueducto de guadua para los semilleros, pintó con cal el rancho y pintó de azul maderas, zócalos.

Todo empezaba a verse demasiado nítido y bien recortado. Le disgustó ver a los marranos moviéndose obscenamente sucios y anárquicos por todas partes, y les construyó una marranera. Aprendió a barrer la tierra al frente de su casa en círculos decorativos, a la manera de la gente del caserío. Actuaba, invitación al desastre, como si sus trabajos fueran parte de la divina maquinaria celestial. Con las utilidades de la primera cosecha de cacao pensaba hacer aparecer una vaca con su cría.

Pasaron dos veranos y las lluvias regresaron dos veces. Todo crecía con potencia selvática y ordenamiento perfecto. Con tarros de galletas y pedazos de piña como cebo diseñó trampas para atrapar a los cucarrones gigantes que se metían por el tronco de las palmeras, matándolas, y todo el mundo empezó a usar su invento.

La gente del caserío le regalaba pescado, carne de guagua; las mujeres de los terratenientes vecinos, camisas, bluyines usados. Ofrecían comprar el perro con el mico, pero don Eduardo rehusaba sonriendo y decía que pertenecían a Dios. Su sonrisa se hacía cada

vez más condescendiente y bondadosa. Para la gente de la ciudad, que venía por negocios o turismo, aquel gesto sereno en un hombre blanco que vivía sin mujer ni hijos en un rancho perdido entre el mar y la selva era signo indudable de locura. La gente de la región lo consideraba también signo de locura, pero no lo veía con ojos trágicos, pues para ellos la de don Eduardo era una demencia alegre, que no disminuía su extraordinaria habilidad ni su capacidad para ayudar a la gente.

Don Eduardo inyectaba, entablillaba, sobaba coyunturas, recetaba curas homeopáticas, casi siempre eficaces, y predicaba la palabra de Dios al que se dejara. El cacaotal, que habría de traerle la segunda amargura grande a su vida, crecía como empujado por la Divina Providencia. Las lluvias llegaban a tiempo y se iban a tiempo, las gallinas se multiplicaban. La gente de vez en cuando se moría, por supuesto, los niños de disentería o sarampión, los adultos de mordeduras de culebra, asesinados o envueltos en fiebres palúdicas. Don Eduardo confortaba entonces y ayudaba, lavaba los cadáveres, inyectaba el formol y se mostraba muy útil durante los posteriores rituales del entierro. Tenía ahora barba larga, veteada de blanco, que lo hacía parecer mucho más viejo. Los ojos le alumbraban con alegría constante y desmesurada. Sus manos eran cada vez más nudosas y hábiles, y su piel tomaba el color de la madera curada. Con sandalias, la barba larga y las camisas grandes que le habían regalado las mujeres de los terratenientes caminaba por todas partes al lado de la burra, con una guacamaya en el hombro, acompañado por el perro con el mico a cuestas, como un profeta salido de alguna delirante Biblia selvática.

Agregó un cuarto al rancho, donde molía hierbas curativas que guardaba en frascos y ordenaba en una estantería construida por él mismo; en otra mantenía jeringas, vendas, pomadas, algodón y las drogas que lograba sacarles a las mujeres de los terratenientes y a los médicos que pasaban de vez en cuando. En el centro del cuarto había una mesa que le servía para sus trabajos como farmacéutico y como carpintero.

Poco antes del incendio comenzó a trabajar en el trapiche. El cañaduzal se había hecho demasiado abundante y don Eduardo pensó que debía aprovecharlo produciendo panela. Lo más caro eran las pailas y el molino para la caña —confiaba en poderlos comprar con las utilidades del cacao—, pero el resto podía construirse con los materiales que tenía. Cavó hornos, fabricó ladrillos y forró los hornos, tendió los conductos para el zumo, pintó de azul los pilares que sostenían la estructura de palma y un domingo se sentó a mirar su obra y vio que su obra era buena. El trapiche parecía flotar en medio del cañaduzal movido por el viento. Don Eduardo apiló la leña que iba a hervir y espesar los primeros zumos, atraer las primera abejas y avispas, y siguió esperando a que la cosecha de cacao hiciera aparecer vaca, ternera, molino, pailas de cobre y tal vez un motor de gasolina.

Durante años don Eduardo había recorrido el cacaotal, atento a pestes y anomalías, podando varas estériles, tapando raíces y abonando. Cuando vio que la primera cosecha se venía, empezó a limpiar el terreno donde pastaría la vaca. Al lado del cañaduzal sembró pasto de engorde. Y puso en formol las dos culebras que a su pesar se vio obligado a matar mientras limpiaba el potrero, a las que extrajo el veneno, que guardó en oscuros frascos rotulados.

Porque Dios es Dios para todas las criaturas, decía, las que vuelan, las que laboran, las bípedas de lengua dañina —se refería al ser humano, por supuesto— y las que se arrastran, de colmillo ponzoñoso. Frases espectaculares, de difícil coherencia, que se quedaban flotando como humareda frente a los ranchos vecinos después de que pasaba don Eduardo con la burra, el perro flaco con el mico a cuestas y la guacamaya sobre su hombro menudo y fibroso.

Clavó postes para cercar el potrero y en cada poste sembró badeas y estropajos. Sembró guayabos y papayas. Comenzó a considerar la posibilidad de sembrar tabaco, poner abejas. Volvió a pasar pintura azul a puertas y ventanas, que se habían descolorido y amenazaban con descascararse por el sol.

Entonces las lluvias se demoraron y la vegetación empezó a secarse demasiado. El maizal se puso crujiente y don Eduardo, después de recoger la cosecha, lo cortó y apiló, previendo la posibilidad de algún incendio. Como las aguas de su tierra no se agotaban en el verano, se enfrentó con optimismo a la posibilidad de una sequía fuerte. Para asegurarse cavó un pozo grande, más ancho que hondo, especie de piscina que serviría a la vez como depósito de agua y alberca para patos. Le diseñó un sistema perfecto, aunque rústico, de aprovisionamiento y desagüe, para evitar que el agua se pusiera pútrida, y le sembró lotos selváticos que daban flores azules parecidas a las de la batatilla y tenían tallos que, molidos y mezclados en agua, eran buenos para disolver los cálculos renales.

Se dijo que Rafael Millán, siempre desmañado para hacer sus cosas, no había limpiado bien el lindero después de una quema, y que el fuego, empujado por vientos sesgados, había entrado de ese

lado. Pudo ser cierto. Rafael Millán se defendió diciendo que había sentido caer un rayo poco después de medianoche y que seguramente una chispa le había dado a alguna mata seca. No pudo explicar, sin embargo, de qué modo había salido un rayo de una noche repleta de estrellas. Y como don Eduardo no era persona de denuncias o juzgados, Millán empezó a encogerse de hombros cuando los vecinos hablaban del desastre y a decir con cinismo que cuando alguien estaba de malas no lo salvaba ni el Altísimo.

Poco después de la medianoche del 23 de abril de 1978 don Eduardo se despertó tosiendo y sintió que la candela estaba encima. Sólo tuvo tiempo de escapar corriendo hacia la playa y ver desde allí cómo su trabajo de años crujía, crepitaba infernal y se iba en humo. La gente de los camaroneros, mar adentro, dejó de trabajar para mirar las llamas grotescas que enrojecían cielo y agua. Entre las olas eternas y el fuego imperecedero, don Eduardo en calzoncillos, sombra menuda, parecía poco más que un hilo de humo. La lengua ardiente arrasaba el cacaotal, quemaba cañas y trapiche, hacía arder mangos, naranjos y totumo —con gallinas como teas—, se bifurcaba para perdonar la casa, alcanzaba la marranera y, entre chillidos que el fragor no dejó oír, carbonizaba a los marranos. La burra galopaba hacia su salvación con los ojos dilatados. El fuego aniquiló las piñas, asfixió los patos del estanque, enloqueció las guacamayas, que volaron casi en llamas entre el humo denso, carbonizó las conejeras, los conejos, barrió la platanera y, furibundo hasta el final, llegó a la playa y se apagó.

Don Eduardo tuvo al frente los rescoldos humeantes de su tierra y atrás el mar, donde el nítido horizonte de verano empezaba a clarear. El aire olía a chamusquina. Perro y mico aparecieron trotando por la

playa como si vinieran de una correría. Don Eduardo los vio llegar y regresó a este mundo. Los vecinos habían venido a ayudar y a consolarlo. Le habían dado café, lo habían arropado con una sábana. Repetían que era un milagro que la casa estuviera intacta.

Don Eduardo oyó golpear el agua en el acantilado.

Años atrás la había oído, pero entonces el empuje de sus trabajos se había hecho más estrepitoso que el ruido del mar. Y ahora el rugido cóncavo y pausado le volvía a llegar, pero no como aquella vez, con alegría, sino como puede llegarle a los exiliados o a los náufragos. Don Eduardo se había quedado sin futuro. Multitud de aves pequeñas, moviéndose como ripio de papel, picoteaban bichos marinos en la arena cuando se retiraban las olas. En la arena había manchas bituminosas, manchas iridiscentes, semillas de mangle, envolturas de cigarrillos, nudos de algas…

Todo lo que don Eduardo miraba se dibujaba con una nitidez que daba pasmo. Sentado en un tronco veía a los vecinos recoger escombros, apagar rescoldos, poner un poco de orden en las ruinas. Un gesto amable, una ilusión. El pasmo no le permitió ayudarles, ni siquiera agradecerles cuando se fueron, ya entrada la noche, y lo dejaron en la casa ahumada, con un sancocho en la cocina y una botella de aguardiente en la mesa.

Pasó la noche oyendo el mar en el acantilado.

Esa, y la siguiente, y muchas noches, don Eduardo estuvo atento al ruido de las olas o a las algarabías de la selva. No se cepillaba los dientes, no se bañaba, no se cambiaba la camisa. Del caserío venían a traerle comida y a conversarle. Cuando lo necesitaban para que inyectara a alguien, don Eduardo, maloliente y silencioso, encendía el mechero de alcohol y esterilizaba la jeringa. Con gesto de

resignación miraba el líquido que salía de la aguja como una fuente; y con gesto de absoluta resignación la hundía en la carne morena y encogida.

De todo lo que el fuego aniquiló, lo primero que se vio regresar fue la platanera. Las hojas, extraordinariamente verdes y vitales, brotaron de los troncos renegridos, y don Eduardo decidió cuidarla después de pensar que no era justo hacerse alimentar por los vecinos. Entonces en el resto de la finca lo verde, renacido de la ceniza, empezó a crecer como le dio la gana.

Con el tiempo don Eduardo volvería a bañarse y a cambiarse de camisa, pero jamás recuperaría el tremendo impulso colonizador. Hasta el final de sus días continuaría entablillando huesos, moliendo hierbas y poniendo inyecciones, por cariño a sus vecinos, amor al prójimo, gusto por esa particular actividad.

A Dios no volvió a mencionarlo, ni para bien ni para mal.

Dos años después del incendio llegaron otra vez las lluvias. Fue un invierno pesado, masivo, que hizo bajar mucho barro de la selva y mantuvo a la gente en los corredores, hablando y mirando el agua. Ya casi al final de ese invierno, cuando lo despertó una gotera en plena cara, don Eduardo corrió el catre y se durmió otra vez como si entrara al paraíso. Volvió el verano y se olvidó de la gotera. Durante los inviernos siguientes aparecieron otras, que don Eduardo sólo remendaba cuando ya no había sitio seco donde hacerse.

Lo enterrarían en un cementerio pequeño, a orillas del mar, a no más de dos leguas de la que había sido su casa.

Lugar enmontado y descuidado, los túneles de los cangrejos se cruzaban entre ataúdes y muertos. Había algas enredadas en las cruces y lagartijas azules centelleando sobre lápidas y cementos.

Cuando la marea venía muy alta se metía espumosa y depositaba entre las tumbas caracoles, conchas, semillas de mangle y estrellas de mar. Y por las noches, cuando había tormentas, los truenos retumbaban y los rayos abrían instantáneas visiones del mar y de la selva.

Se perfilaban entonces los caracolíes como ramazones de mercurio. En el mar podían aparecer barcos pesqueros o veleros solitarios que eran tragados otra vez por las tinieblas, pero casi siempre aparecían el agua sola y un horizonte muy nítido y fugaz.

Imágenes que don Eduardo había gozado cuando se levantaba del catre a altas horas de la noche e iba a la playa a sentir la arena en los pies descalzos, a fumar y a ver caer los rayos en el agua.

Esplendor de todo desde el más espeso centro, el sitio más remoto, la más cerrada oscuridad.

Viaje infinito de Carola Dickson

La señora Carola Dickson compró un barco seis años antes de que le llegara la edad de la jubilación. Medía veintitrés pies, estaba hecho de pino y había sido construido en 1940. Se lo vendieron por dos mil dólares y se lo entregaron pintado de un azul oscuro que parecía más oscuro que el mismo negro. La señora Dickson dejó el casco oscuro y pintó la cubierta de azul claro, pero el cambio apenas logró disminuirle cierta apariencia de pesadez y hasta de cansancio, apariencia que habría de aumentar cuando, poco antes de iniciar su viaje y con la idea de no empaparse al timón si el tiempo se hacía inclemente, le construyera una especie de cabina hecha con tablas que llevaban argamasa en las junturas.

Compró el velero, le pintó la cubierta, lo dejó fondeado en un muelle que olía un poco a aguas negras y siguió yendo a trabajar como si no hubiera comprado nada. El muelle quedaba en Sheepshead Bay, bahía pequeña a orillas de una de las ciudades más grandes del mundo. Veinte o treinta barcos, casi todos de recreación, casi todos veleros, permanecían amarrados a maderas que aunque descascaradas eran firmes todavía y aguantaban con facilidad los tirones que daban los barcos cuando los empujaba el viento. Además de los barcos de recreación, también fondeaban allí el Sonesta, el Enterprise y el Tampa II, pesqueros cuya tripulación limpiaba la pesca y tiraba las tripas en botes verdes de basura donde alcanzaban a podrirse antes de que pasaran a recogerlas.

Cada fin de semana la señora Dickson iba al muelle y se metía bajo cubierta a sentir el arrullo del mar y a descansar de los malhumores que le daban con frecuencia. El camarote, que tenía la misma forma de la proa, olía a madera y a resinas, y en el techo, dorso de la cubierta, las tablas sin pintar estaban curtidas por el tiempo. La señora Dickson todavía no pensaba salir —aún no sabía navegar— y, sin embargo, adquirió un mapa que cubría la bahía en un radio de quinientos kilómetros y llegaba hasta A. City hacia el sur.

Compró una brújula y un sextante. A su hija Verónica, que vivía con su marido en la costa oeste y había venido por esos días a visitarla, le dijo que los había adquirido como adornos para la biblioteca. Verónica quedó convencida, pues las piezas eran casi antigüedades, y como tales, pensó, tendrían su valor. La señora Dickson las puso en la biblioteca y en la biblioteca quedaron hasta que Verónica se fue y la señora Dickson pudo llevarlas al barco. Para entonces tenía apenas la idea de la brújula que todos tenemos —la conciencia de un abstracto Polo Norte imantado—, y nunca había tenido necesidad de usar ninguna. Del sextante no conocía ni sus principios, y si diez días antes de comprar el barco hubiera visto alguno en una vitrina, sólo habría sabido admirar su belleza absurda y elusiva.

Por los días que siguieron a la adquisición del barco, la señora Dickson se sintió liviana y en paz, con ella misma y con la gente. Desapareció en su cara el trasfondo de crispación que había empezado a alarmar a quienes la conocían e incluso su apariencia volvió a hacerse más compuesta: otra vez tuvo paciencia para peinarse en las mañanas y arreglarse rápidamente el vestido ante el espejo. Y mucha gente al saludarla insistía en lo recuperada que se

veía —como si alguna vez hubiera estado enferma— y le dirigía palabras de aliento.

A principios del verano de 1978 la señora Dickson volvió a pintar la cubierta de azul claro y subió una hornilla de gas de las que se usan para cocinar en los campamentos. Durante el verano siguió el curso de navegación que dan los guardacostas. La señora Dickson mostró entonces la extrema seriedad de las personas ya maduras cuando deben hacer de alumnos: tomó notas e hizo preguntas que el instructor siempre consideraba inteligentes. Después siguió un curso de navegación a vela que le permitió por fin salir y remontarse como una mariposa río arriba o dar vueltas en la bahía de Jamaica, donde la abundancia de islotes exigía cierta rapidez de maniobra que consideraba importante.

A veces dormía a bordo, especialmente si los problemas del trabajo se agravaban o si los periódicos traían algo que la sacaba de quicio. Llegaba a la bahía cuando ya estaba oscuro y calentaba fríjoles o garbanzos en la hermosa llama azul de la hornilla nueva. Después de comer se acuclillaba en la cubierta y se mecía para adelante y para atrás sobre los talones y sobre el balanceo del barco, mientras despeñaba la mirada en la absoluta oscuridad del agua. El agua olía a aguas negras, a gasolina, a mar y a pescados podridos.

Las recosidas y desteñidas velas viejas fueron remplazadas por velas nuevas color mandarina hechas con materiales extralivianos. La señora Dickson ahora mantenía a bordo sopas en lata, encurtidos, leche en polvo, café, velas, brandy, jabón, vendajes, Merthiolate, tetraciclina y vitaminas, en especial vitamina C, para prevenir el escorbuto.

En su casa recortaba periódicos y estudiaba mapas. Sus actividades se hicieron tan intensas que otra vez olvidaba arreglarse ante el espejo. La casa se mantenía en un desorden grande que ponía en evidencia los tremendos intereses que confluían en la vida de su dueña: libros por todas partes, paquetes sin abrir, hojas sueltas de papel llenas de ideas, en la cocina, en el baño, sobre las camas. En el espejo del baño había pegado la foto de un desnutrido niño hindú de unos ocho años, en un campamento de refugiados, abrazado a un mico encadenado. Era de la revista *Life*, con el barro y la miseria reproducidos a todo color, y niño y mico parecían huérfanos confortándose. Como la señora Dickson no estaba comiendo con regularidad, su apariencia menuda y dinámica se acentuó, espiritualizándose, y ahora recordaba un ambulante golpe de viento.

Sus superiores la convocaron a una reunión y se mostraron interesados en sus problemas familiares o de salud. Ella dijo que su salud estaba bien y su familia estaba bien. Sus superiores insinuaron que la señora Dickson debía cuidar mejor su apariencia física, dijeron que no era conveniente que siguiera usando zapatos tenis durante el trabajo, le aconsejaron que tomara una licencia de un par de meses para que se recuperara de las tensiones y le aconsejaron, en fin, que visitara al consejero especializado que podían proporcionarle. La señora Dickson preguntó si había alguna queja contra ella. Ellos dijeron que no se trataba de eso, que entendiera, que ellos sólo estaban interesados en el bien de la señora Dickson y en el buen funcionamiento de la comunidad escolar y que era su deber prevenir todo lo que de buena o mala fe pudiera entorpecerlo. La señora Dickson dijo que no estaba dispuesta a dejar su trabajo ni por dos

meses ni por dos días, que no veía la necesidad de consultar ningún reducidor de cabezas, que no creía que hubiera leyes contra el uso de zapatos tenis en horas de trabajo, y que cuando tuvieran algo de verdad importante para decirle, que entonces la llamaran. De otro modo que la dejaran en paz, pues era una mujer extremadamente ocupada y no tenía tiempo para dedicarle a semejantes sandeces.

Para las Navidades de 1978 Verónica vino otra vez a visitarla. La señora Dickson quiso que encontrara la casa en orden y acomodó en las estanterías los libros de navegación y en el archivador las huracanadas notas y los pavorosos recortes de prensa que se habían acumulado por todas partes. Pero esta vez no ocultó la compra del barco: los libros y los mapas eran tantos que la ausencia de un barco hubiera parecido insensata. Verónica era dinámica, como la señora Dickson, pero mucho más feliz. Disfrutó del paseo que hicieron el seis de enero, primero por la bahía de Jamaica y después mar adentro, mientras su marido, que en tierra firme era plácido y sereno, se ponía cada vez más pálido, vomitaba en el mar y era invadido durante todo el viaje por un color angustioso parecido al del brócoli. El velero se deslizó impecable sobre aguas soleadas, empujado con moderada rapidez por los vientos limpios de ese invierno.

Compró sedales, anzuelos, bolsas de dormir. Compró un extinguidor de incendios. Consiguió una bicicleta vieja y cómoda con la que pedaleaba hasta el supermercado o hasta la estación del tren. Hizo una amiga en la bahía, una secretaria joven, solitaria, que vivía con tres gatos en un apartamento no demasiado limpio y ocupaba el tiempo libre recogiendo conchas y pegándolas en la pared, en forma de ballenas, sirenas y otras figuras marinas. Se llamaba Ruth. Con

ella empezó a recorrer las playas, a veces recogiendo conchas, a veces latas y plásticos que metían en grandes bolsas y enterraban en la arena para darse el momentáneo placer de ver grandes secciones de playa libres de basuras y hediondeces. La muchacha era dócil y se dejaba ilustrar y dirigir por la señora Dickson. A veces cocinaban juntas en su apartamento —no muy a menudo, pues el olor a estiércol de gato podía ser penetrante— y a veces contemplaban la noche, sentadas en cubierta, conversando y comiendo ensaladas, nueces y carnes frías que traían de los supermercados.

Las ideas llegaban en abundancia y las notas no tardaban en acumularse, cubriendo todo como la ceniza de un volcán. Ruth iba dos veces por mes a la casa de la señora Dickson y le ayudaba a seleccionar, corregir, pasar en limpio y acomodar en los archivadores el material acumulado. Lo habría hecho gratis con gusto, pero no era rica ni mucho menos, quería ahorrar y la misma señora Dickson insistía en pagarle con relativa generosidad. No hablaban demasiado entonces. Cada una, en su esfera, sentía pasión por la eficiencia y sabía concentrarse en lo que tenía que hacer, sin dilaciones. Ruth, por supuesto, debía consultar con frecuencia pues el material cubría intereses vastos que no siempre se dejaban reconocer y clasificar. Pero la señora Dickson recibía las interrupciones con tolerancia y no dejaba que la viveza de su temperamento la llevara a maltratar a una persona de carácter tan manso.

Ruth revisaba los papeles evitando meterse a fondo con el contenido. Lo desentrañaba de la escritura cuando la pasión lo hacía aparecer caótico, y lo ajustaba a una gramática básica. Pero cuando leía ciertas cosas no podía dejar de entender y lloraba un poco, de

terror o de alegría, y cerraba los ojos para tratar de recomponerse. La señora Dickson, aunque no era dada a efusiones sentimentales y más bien aborrecía los contactos personales, compadecía a Ruth y la abrazaba. Le dedicó entonces una serie de poemas en los que le daba consejos sencillos que la podían ayudar a ser feliz:

121
Búscate la paz
donde no falten las estrellas;
escucha la verdad
en el croar de las ranas
en las lagunas
en las noches claras.

122
Oye al agua correr por cauces
claros;
mira la luz traer el mundo
hasta tus ojos;
mira al sol golpear
contra las piedras
y descender la nieve a los nevados.

123
Considera tan bello un caracol
como una estrella:
no es el mar más grande que el rocío
ni es el sol mayor

que las luciérnagas.

Interminables y monótonos como la lluvia. Ruth escogió los que más le gustaban y los colocó en su casa en la pared, entre conchas que formaban arrecifes, Neptunos armados con tridentes —sentados en riscos submarinos, con las barbas mecidas por las mareas— o gaviotas volando entre nubes y palmeras.

Los poemas fueron escritos más para Ruth en particular y para la gente en general que para la misma señora Dickson. La tremenda responsabilidad que se había echado a cuestas la separaba para siempre de la serenidad y felicidad personales. Y, quizás por eso mismo, al tiempo que consagraba noches enteras a la escritura de los poemas, en el trabajo se mostraba más irascible que nunca.

La señora Dickson fue declarada cesante en septiembre de 1979, cuando gente que no la quería supo dar a cierto incidente una importancia desproporcionada, iniciando un corto aunque estridente proceso que significó el fin de su carrera.

La señora Dickson sobrellevó todo con la dignidad de un animal grande entre la perrería mezquina: comparado con lo que tenía que hacer, aquello era sólo un estrépito vulgar que, visto con la debida perspectiva, carecía de importancia.

Empezó a vivir en el barco. Cada quince días llevaba a la casa los papeles acumulados y hacía la revisión y recorte de los periódicos de la quincena, al tiempo que Ruth se ocupaba del archivo. Empezó a construir la cabina de tablas mientras los tripulantes de los pesqueros la miraban intrigados.

Había llegado el otoño y los árboles en las riberas del río tomaron un intenso color de cobre. La señora Dickson se remontaba río arriba

dos o tres veces por semana, cruzaba la ciudad ahumada y sucia, la dejaba atrás y empezaba a navegar entre los colores del otoño. Quería profundizarse en tierra, previendo las nostalgias de largos meses en alta mar. A veces iba sola, a veces con Ruth, quien se sentaba en la proa y cantaba en voz baja abrazándose las rodillas mientras miraba la quilla, que rompía las aguas. Y siempre calculaba el viaje de modo que al regreso pudieran ver el requemado sol hundiéndose en la requemada hojarasca de los árboles.

Cuando Verónica volvió, tuvo que ir al muelle a visitarla. De las cuerdas colgaba ropa y en la cubierta había bultos envueltos con lonas y asegurados con cuerdas. La bicicleta, fuerte y vieja, recordaba una vaca flaca y estaba amarrada en la proa con cadenas. Todavía sin terminar, la cabina parecía una cabaña medio desbaratada por el viento. La señora Dickson, con pañoleta roja en la cabeza, descalza, de bluyines, con un suéter grande de lana roto en los codos, raspaba una sección de pintura con la espátula. La sonrisa de Verónica fue la misma que durante tantos años y por motivos diversos, aunque siempre parecidos, le habían producido las cosas de su madre. Al abrazarla sintió que su olor se había hecho acre y salino. También sintió que sus músculos se habían hecho duros y sus tendones tirantes y metálicos. Verónica era fuerte, gorda, y no podía evitar estar siempre contenta. La señora Dickson, paradójicamente, parecía la criatura atormentada que descansaba por un momento en el seno abundante de la madre.

Como era imprudente e improbable que Verónica se acomodara a bordo, la señora Dickson dejó el muelle y regresó por ocho días a la casa. Ya sabría compensar el tiempo perdido. Y durante esos ocho días actuó como si no estuviera preparándose para nada, como si

después de haber perdido el trabajo —hecho que su hija consideró afortunado, dada la tirantez de sus relaciones con colegas y superiores— se hubiera dedicado a finalizar tareas que nunca había completado por falta de tiempo, a montar en bicicleta, a una vida, en fin, de lecturas y deportes en su querido velero en la bahía.

Cuando Verónica habló de dar un paseo por el mar, la señora Dickson dijo que el tiempo estaba demasiado frío y el barco en reparaciones. Pensaba que si su hija permanecía demasiado tiempo a bordo podía sospechar algo y tratar de detenerla. A Verónica el invierno no le pareció mucho más fuerte que el del año anterior, cuando su marido se había mareado hasta casi dejar el alma en alta mar, y aparte de la pintura raspada y la cabina a medio levantar no notó reparaciones mayores en el barco, pero no quiso insistir, pues era complaciente y sabía por experiencia que las razones de su madre eran casi siempre inextricables.

Se fue Verónica y la señora Dickson regresó al velero. Cayeron entonces dos nevadas enormes, seguidas de un bajón en la temperatura que mató a muchos desamparados en los parques y compactó la nieve hasta volverla como piedra. La señora Dickson, estoica, inflexible, resistió a bordo una de las semanas más frías que la ciudad había conocido. De día, a pesar de vientos helados que le arrancaban lágrimas, tuvo el coraje de trabajar en la construcción de la cabina; de noche, envuelta en la luz fantástica de la estufa, dormía vestida, metida entre dos talegos de dormir, mientras el viento silbaba en el mástil y chillaba en las escotillas. Completó la cabina con cuatro tejas de zinc que pintó de rojo vivo. Cerca del timón colgó una hamaca pequeña, que pensaba usar cuando llegara a climas cálidos. «En invierno, cuando los días son soleados, uno

descansa mirando el dorso de las alas de las gaviotas, que se hace cristalino y alumbra contra el cielo azul», escribió.

Para marzo de 1980 a la señora Dickson se le había hecho evidente que Ruth no estaba a la altura de la empresa. No la quiso arrancar de su corazón, pues entendía sus limitaciones, pero prescindió de sus servicios y la separó de cualquier posibilidad de información sobre el proyecto. Ruth iba casi todos los días al muelle y desde el entablado conversaba un rato con la señora Dickson, quien suspendía sus trabajos para concederle algunos minutos. Pero rara vez la dejaba subir, y sólo después de haber guardado mapas, notas y todo lo que pudiera hacer pensar que el viaje era inminente. Todavía quería a la muchacha. No como para salir con ella y remontarse río arriba —ya sólo movería el barco cuando llegara el momento—, pero sí para recorrer de vez en cuando las playas enterrando basuras, hablando de cosas sin importancia y recogiendo conchas y caracoles.

Dos policías vinieron a finales de marzo e hicieron muchas preguntas, que la señora Dickson contestó con serenidad y dignidad. Pensaban que había algo raro, pues pidieron los papeles del barco y los examinaron con detenimiento. Todo estaba en orden. Mientras uno miraba los papeles otro golpeaba las maderas del casco con su garrote para ver si estaban podridas. No estaban podridas. Cuando intentaron subirse con sus zapatos duros y lustrosos, ella, sin mirarlos y sin subir la voz, preguntó si tenían orden judicial para el allanamiento. No la tenían. Sólo curiosidad, dijeron. «No pueden subir», dijo ella, y los policías parecieron sonreír. Y ya se iban, cuando uno de ellos se devolvió y dijo que la señora Dickson haría bien en mantener el sitio en orden, pues gentes del vecindario se

habían quejado diciendo que el lugar parecía una porqueriza flotante.

Tal como lo había planeado, la señora Dickson zarpó dos horas antes del amanecer del día 4 de mayo de 1980. Tal vez no oyó las predicciones del tiempo, tal vez las oyó pero no quiso creerlas: ya se le había mentido demasiado.

La noche estaba repleta de estrellas. El pequeño motor fuera de borda producía un ruido remoto y sedoso. Atrás iban quedando, amarrados al muelle, el Sonesta, el Enterprise y el Tampa II, donde la tripulación se movía atareada con los preparativos de la pesca. La señora Dickson navegaba con sólo una pequeña luz en la cabina. El ruido del motor y el ruido de la quilla en el agua hacían que las sirenas y los ruidos de los automóviles en la autopista que bordeaba la bahía se hicieran cada vez menos definidos, más lejanos.

El amanecer fue de modesta belleza. La señora Dickson había desplegado las velas y navegaba por un estrecho situado entre las playas del continente, repletas de edificios, y una isla rocosa y vacía que se extendía paralela a la costa y era larga y baja como un arrecife. De vez en cuando se veían en el agua latas de gaseosa, papeles y plásticos flotantes. Las sardinas saltaban frente al barco y relumbraban en el aire como un reguero de láminas.

El viento era débil y el barco avanzaba con lentitud por un mar completamente plano. Se veían embarcaciones deportivas que al parecer no se atrevían a alejarse de la costa y también barcos grandes, fúnebres y grises, que entraban con parsimonia al puerto inmenso y erizado de grúas, buscando cueva, como descomunales artrópodos.

Al mediodía el cielo empezó a llenarse de bruma, desapareció la costa con sus edificios tiznados y se hicieron humo los enormes puentes de hierro. La señora Dickson estaba ahora sola entre un cielo cada vez más pesado y gris y un mar también pesado que movía como sin ganas sus aguas verde oliva.

Almorzó frutas secas y fríjoles fríos.

Pensaba que era la distancia, no la bruma, la que se había llevado la costa. Pero sabía que todavía no podía estar en mar abierto, pues aún se oían las campanas de las boyas que indicaban la entrada al puerto.

Desde uno de los trasatlánticos que llevan turistas a las Bahamas vieron el pequeño velero azul oscuro y azul claro. Sus velas mandarina en la bruma parecían color púrpura, la cabina de tejas de zinc era difícil de descifrar y la bicicleta y otros enseres también parecían confusos, amarrados en la proa. El capitán del trasatlántico dijo no acabar de asombrarse de lo que se podía ver flotando en el agua y pasó el reporte a los guardacostas. Ella vio pasar el enorme barco, lujoso, inútil, y lo miró, sin afecto, perderse entre la bruma.

Llegó la primera noche y la señora Dickson arrió las velas, echó el ancla para no derivar y se fue a dormir bajo cubierta. Soñó con ratas blindadas que cruzaban por el cielo. Despertó, sintió el movimiento del mar, volvió a dormirse y soñó con esqueletos de caballos. Lloró en el sueño. Y cuando otra vez hubo luz, subió a cubierta y vio que las nubes se habían espesado. No eran vagas y grises como el día anterior sino compactas y casi negras. El agua estaba densa y quieta. Los rascacielos todavía podían verse al noroeste, muy grises y nítidos, muy pequeños y lejanos bajo los masivos nubarrones. Se orientó de nuevo: había dejado la entrada al puerto y estaba un

poco hacia el sur, a unas treinta millas de la costa. Todo era verde oscuro. La bicicleta amarrada en la proa parecía inventada por una imaginación calenturienta. Se hizo evidente que una tempestad iba a desatarse.

En tales casos, había leído, si uno no puede regresar al muelle, cosa que la señora Dickson no estaba dispuesta a hacer por nada del mundo, debía tratar de colocarse a sotavento de la dirección de la tormenta, indicada por la dirección en que viajan las nubes, y anclar largando una extensión de por lo menos siete veces la profundidad del agua. Arriar las velas, asegurar todo equipo suelto y acomodarse bajo cubierta lo mejor posible para esperar el primer embate. También resultaba conveniente sumergir un balde atado por la popa a una cuerda de al menos veinticinco pies, con lo cual se disminuye la velocidad de la deriva. Si venteaba primero y después empezaban a caer los goterones, existía alguna posibilidad de que la tormenta no llegara demasiado fuerte y no durara demasiado; pero si empezaba a llover cuando todo estaba aún quieto, lo mejor era prepararse para un largo asedio.

Después de horas de calma completa, un viento suave empezó a soplar sobre un mar que ya había comenzado a inquietarse. La señora Dickson pensó que la tormenta la había sobrepasado y se iba a desatar tierra adentro, hacia el nordeste. El cielo sobre su cabeza había tomado un tono gris brillante, como si fuera a aclararse, mientras que por los lados de la costa estaba negro como el carbón. Levó el ancla, sacó el balde del agua, volvió a desplegar las velas y el barco empezó a avanzar por aguas picadas que parecían retenerlo.

Navegó casi una milla y otra vez se acabó el viento y las velas quedaron colgando como trapos. La selva gris de un aguacero colosal apareció de la nada, avanzando entre rayos y relámpagos, y el barco empezó a subir y a bajar, traqueando, por olas que cada vez eran más grandes. La señora Dickson se asomó por la borda a vomitar y cuando levantó la cabeza el ventarrón del aguacero estaba encima. No tuvo tiempo de volver a echar el balde o el ancla al agua, mucho menos de arriar y asegurar las velas.

El ventarrón llegó con agua y granizo y el granizo hizo sonar el barco como una maraca gigantesca. Las velas se hincharon monstruosamente e hicieron gemir el maderamen, pero por fortuna se rasgaron y se volvieron harapos antes de que echaran el barco a pique o arrancaran de raíz la arboladura. Una ola barrió la cubierta y se llevó la cabina. Las tejas rojas de zinc volaron y se perdieron como vampiros entre la grisura de la lluvia y el resplandor de los relámpagos. Al mar fueron a dar muchos bultos que habían sido amarrados en cubierta; al mar casi va a dar la señora Dickson, quien resistió abrazada a la base del mástil y empezó a arrastrarse hacia la escotilla.

El barco subió una ola alta como un cedro, se sostuvo un horripilante momento en la cresta y se dejó caer como si buscara el centro de la Tierra. Otra ola barrió la cubierta y le arrancó los zapatos a la señora Dickson, quien pudo sostenerse todavía, siguió arrastrándose y se dejó caer por la escotilla.

Cuando pudo cerrar la compuerta ya había entrado mucha agua. En la penumbra se revolcaban cobijas, latas, frascos y papeles. La señora Dickson, despatarrada en el piso, exhausta, sentía el repugnante revoltijo de cosas blandas y duras, sopa helada que la

envolvía golpeándola, casi asfixiándola si el barco subía la ola, y la arrastraba, golpeándola, si se dejaba caer a los abismos. Se dio un golpe en la cabeza contra algo filudo y empezó a sangrar mientras el revoltijo volvía a empujarla por el piso hacia la popa. Regresó chapoteando, con una cobija helada y babosa envuelta en el cuello y, ya en la proa, logró aferrarse a las barandas de la litera. La cobija, las latas, las cuerdas, todas las criaturas que amenazaban con arrastrarla y ahogarla intentaron arrastrarla otra vez hacia la popa, pero la señora Dickson se pudo liberar y logró treparse a la litera. No podía oír el estruendo de la tormenta porque sus oídos estaban repletos del ruido de su propio corazón a punto de estallar. Ya no tenía nada para vomitar, pero su estómago seguía contrayéndose hasta ponerse sólido.

La luz de los relámpagos entraba por las claraboyas. La señora Dickson, que se había amarrado con una sábana por la cintura a las barandas de la litera, sentía que la náusea daba paso a un agotamiento ciego. Durmió o perdió la conciencia por un rato mientras el barco daba tumbos en el mar.

La luz de los relámpagos alumbraba la sangre que bajaba de la frente de la señora Dickson, único color en la lividez mercurial de a bordo. La señora Dickson recobró la conciencia y, acurrucada en la litera, oyó rugir la tormenta. El barco subía y bajaba, crujía y aguantaba. Si las olas lo agarraban de costado parecía como si hubiera llegado ya el fin, como si fuera a reventar en pedazos y convertirse en espuma. Pero siempre lograba enderezarse.

Llegó la segunda noche, y el rugido y el movimiento incesantes parecieron centuplicar la oscuridad. No se sabía dónde era arriba, dónde abajo. La señora Dickson sintió sed, pero como no quería

desatarse, pues el movimiento podía matarla entre su barco, decidió aguantar hasta la madrugada, cuando llegara la luz. Tiritó la noche entera. «Caballos de mar, estrellas de mar, palmeras mecidas por el viento». El mundo era una interminable vorágine, un eterno entrevero de dolor y resistencia. «Cruz del Sur, luna dulce». El barco se volteó como si fuera a irse al fondo del mar y ella vio por la claraboya una estrella que brillaba en un pequeño boquete entre los nubarrones.

Amaneció y aún no se había ido a pique. El barco crujió, subió, bajó, fue zangoloteado todo el día y la siguiente noche entera. La señora Dickson, lavada y relavada, pálida como una muerta, empezó a distinguir las cosas, dibujadas por un resplandor turbio que no parecía venir de ninguna parte. La sed era una gorda palpitación en la lengua y la garganta. Ya no sonaban truenos ni alumbraban relámpagos, pero el mar parecía tan enloquecido como antes: el viento ensordecía y los espumarajos se tragaban el barco y volvían a escupirlo.

La claridad del nuevo día se estabilizó en una grisura lechosa. Todo dolía, como si huesos y coyunturas se hubieran llenado de espinas. El garrafón de agua se había soltado y daba tumbos entre el amasijo. Dos veces trató de agarrarlo y dos veces volvió a escapársele. Tratando de cogerlo, la señora Dickson sentía la sábana tallándole el estómago y las costillas. El extintor de incendios la golpeó en el hombro. Por fin atrapó el garrafón y bebió con avidez mientras el movimiento del mar se lo alejaba y se lo volvía a acercar con violencia, golpeándole los dientes. Creyó oír un helicóptero.

Volvió a despertar y otra vez era de noche. El chillido del viento había disminuido pero el mar seguía tan agitado como antes. La voz

de Ruth, que cantaba, resonó en alguna parte. La señora Dickson no sabía si el barco había hecho más agua ni por cuánto tiempo estaría en condiciones de resistir. Los hombres lagarto, aleteando con sus esmeraldinas alas de coleóptero, pasaron asquerosos por el cielo. Por las claraboyas entraban regueros de estrellas. La señora Dickson defecó en los pantalones y lloró un rato. «Dedos de mi mano, corazón en mi pecho». Y las gaviotas devoraban personas que se retorcían atadas a maderos que flotaban en el agua. El barco seguía enderezándose con dificultad cuando lo agarraban las olas de costado: flotaba de lado un rato y se movía lentamente, como si ya estuviera sumergido y girara con pesadez buscando el fondo del mar. Ruth, en alguna parte, empezó a dar alaridos.

Y otra vez se hizo de día —el quinto—.

Chorros de sol entraron por las claraboyas e hicieron brillar los detalles del desastre. El pito de un carguero sonó una vez, volvió a sonar, y la señora Dickson se desató de la litera y se arrastró hacia la escotilla.

El capitán del carguero declaró más tarde que había visto asomarse a la señora, sí, pero que el mar todavía estaba demasiado picado para intentar un rescate. Le preguntaron si les había hecho señales o parecía aterrorizada, y respondió que no podía decir si estaba aterrorizada, pues los barcos se encontraban demasiado lejos uno del otro y no se podía ver con detalle, pero que no había hecho señal alguna. Le preguntaron si él había pensado que el barco de la señora todavía podía resistir, y contestó que no, que el barco parecía querer irse a pique en cualquier momento.

Lejos, cerca de la costa, volvieron a pasar los helicópteros. La señora Dickson miró alejarse el carguero, grande y negro,

navegando en olas coronadas de espuma que subían hasta casi unirse a nubes algodonosas que flotaban con lentitud en un cielo muy azul. Vinieron los helicópteros. La señora Dickson, todavía asomada en la escotilla, parpadeaba en la luz brillante sin ver o sin querer ver las escalerillas de aluminio que caían de los helicópteros y golpeaban contra el barco.

Un hombre vestido con chaqueta amarilla de nailon en la que relumbraba el sol empezó a bajar por una de las escalerillas y a gritar cosas que se desbarataban entre los ventarrones de las aspas y el movimiento del mar. La señora Dickson no quiso responderle. El hombre volvió a subir como un simio esplendoroso y se metió de nuevo al helicóptero.

«Parece que la vieja quiere hundirse con el barco, Jack», le dijo al piloto, quien hizo subir bruscamente el aparato, como para arrebatárselo a las olas. El viento de las aspas deshacía los espumeros rabiosos.

La señora Dickson no era vieja. Apenas llegaba a los cincuenta, pero como estaba desgreñada y pálida, y como barco y helicóptero no permanecían quietos, era difícil calcularle los años. Los helicópteros se perdieron y ella se quedó en la escotilla como mirando el cielo. El barco navegaba de costado. Cuando alguna ola barría la cubierta, bañaba a la señora Dickson, quien ya no se preocupaba del frío o de que el barco pudiera hacer más agua.

Verónica, después de volar la noche entera, había insistido en subirse a la embarcación en la que iba a intentarse el rescate. Salieron de A. City. El casco de acero se le metía a las olas, las quebraba, las reventaba y desperdigaba sus añicos. Al mando iba un señor fuerte y calvo, de voz tranquila pero firme: el capitán Thad

Allen del servicio de guardacostas. Los helicópteros volaban en círculos e indicaban la ruta mientras Verónica miraba la luz golpeando la espuma que el barco levantaba.

De lejos el barco de la señora Dickson parecía una tortuga medio muerta mecida por olas muy verdes y altas; de cerca, una carcomida estructura que de lo podrida hubiera alcanzado la liviandad necesaria para flotar a la superficie. La bicicleta, amarrada a la proa, había resistido la tormenta y goteaba colgando de la cadena. También el mástil había aguantado y parecía un palillo de dientes clavado a un banano podrido.

«¡Jesús Cristo!», dijo Thad Allen.

Uno de los marineros, el oficial John Tolenjko, dijo más tarde: «La señora estaba asomada a la escotilla, muy pálida. Sus ojeras se explayaban en sus mejillas hundidas. Tenía una herida en la frente. Sus labios estaban blancos y los movía con dificultad, como si estuvieran adheridos a los dientes».

Si Verónica no hubiera estado presente, a la señora Dickson la habrían tenido que dejar hundir con su barco, o amarrar para salvarla. Tan pronto la subieron al guardacostas se sacudió a quienes la rescataban, como si le repugnara el contacto físico con ellos. Dejó caer la cobija con que la envolvieron y sólo quiso aceptarla cuando Verónica volvió a ponérsela. Tolenjko dijo que en el momento de sacarla del barco los había insultado. Thad Allen dijo que no cabía la menor duda de que le habían salvado la vida.

En la herida de la frente el hueso sin sangre aparecía blanco como el marfil.

El mar estaba tranquilo y el cielo poblado de gaviotas. El barco de la señora Dickson, inútil armazón de maderas, después de dejarse

arrastrar a lo largo de dos millas empezó a hundirse con lentitud y desapareció de la superficie del mar.

En el muelle había policías, paramédicos y un par de periodistas. Cuando los periodistas le preguntaron por la razón de su viaje, la señora respondió que había querido ayudar a la gente.

No dijo más.

No hubiera dicho nada, pero quería dejar en claro que no la había movido ningún propósito publicitario, ningún ánimo de lucro, ninguna búsqueda de gloria personal.

Víctor viene de regreso

Me dijeron que caminara tres cuadras hacia el norte y que doblara a la izquierda. Que entonces caminara media cuadra y que del lado East de la calle y medio escondido por las ramas de una magnolia encontraría el signo de la parada del bus. A cada paso cascabeleaban en mi maleta las maracas del mico habanero de pilas que hace ya doce años le compré a la niña antes de salir de Nueva Orleans, donde viví casi tres. Y la magnolia y el aviso estaban ahí, en el centro de un círculo casi perfecto de flores caídas.

Cuando soplaba el viento el clima parecía frío, pero en realidad hacía calor y la piel se sentía pegajosa y se sudaba. Y en el calor los recuerdos empezaban a oler, como un perro muerto en un manglar al mediodía: «Maldito loco», había dicho ella con la sangre escurriéndole por la boca y las narices.

En el bus el aire acondicionado me secó las sienes y la espalda. Seis o siete paradas, dijeron, y se baja frente a un edificio grande, con dos chimeneas, que es la compañía eléctrica. Pregúntele al chofer. Ahí hay una estación de subway. Pero entonces me olvidé de preguntar y me pasé, y el chofer detuvo el bus y dijo que era la última parada. Adónde quería ir, me preguntó, y yo se lo dije. Mejor tome el tren, me dijo, y señaló hacia donde yo debía caminar. Se puede devolver en bus pero de aquí salen cada hora los domingos, dijo, mejor váyase en tren. Cuatro o cinco cuadras y allá iba a ver las carrileras elevadas.

Caminé al lado de puestos de frutas que olían a melocotones y al lado de pescaderías de donde salía el olor a róbalos y a pulpos. En la maleta, que me colgaba del hombro y empezaba a cansarme los tendones del cuello, cascabeleaban con el ritmo de mis pasos las maracas. Y apareció el elevado del tren con el tren en el lomo, veloz como una lagartija, y en el fondo, entre una espesa hilera de edificios, apareció también el mar.

Mejor quedarse acá que en el aeropuerto, pensé, seis horas en un aeropuerto. Y después de ver el mar y mirar por un rato desde lejos las olas que reventaban contra las piedras del tajamar, caminé por el entablado hacia el sur, donde se veían dos montañas rusas y una rueda de Chicago. En las bancas del entablado infinito que se extendía a lo largo de la playa había ancianos de cuerpos musculosos y ancianas con sombreros anchos, que se cubrían el caballete de la nariz con cartones blancos para protegerse de un sol que, en ese momento, no había. Alguien llamó y, por un instante, pensé que me llamaban a mí, a Víctor. Pero no era a mí (gritaban en ruso) y entonces volví a mirar al mar, donde un velero se internaba precario, como si empezara un viaje al fin del mundo.

«Maldito loco», había dicho y se había encerrado en su cuarto a llorar. Hace veinte años. Y entonces llamó a Saúl y le dijo que tenía miedo, que se habría separado hacía mucho tiempo pero que había sentido lástima por mí y por la niña, y que ahora tenía miedo porque yo podía matarla o algo. No, de milagro la niña no se había despertado, dijo. No, no creía que le hubiera quebrado la nariz, dijo, mientras afuera el mar del trópico golpeaba con fuerza el malecón.

Mar adentro la neblina se había tragado el velero y ahora deshacía el buque cisterna que cuando empecé mi trago apareció, sin forma y

fúnebre, por las puertas del bar. Las puertas eran anchas, daban al entablado, daban después a la arena con gaviotas (casi dos cuadras de arena hasta el agua) y después al mar. El cantinero dijo que nunca habían conocido una primavera tan húmeda y caliente.

El mar del trópico golpeaba con fuerza el malecón. Y yo empecé a llamarla. Que no tuviera miedo, que ya la rabia se me había ido, le decía. Le decía nombres cariñosos por debajo de la puerta para que pudiera oírme. No lloraba y ya no hablaba por teléfono. Saúl y todos seguramente venían en camino. «¡Lárgate!», gritó desde el baño con una voz tranquila que helaba el corazón.

Las gaviotas revoloteaban sobre el entablado, caminaban en la arena, flotaban en el agua, cerca de la playa, y también volaban sobre el mar, entrando y saliendo de las brumas húmedas. Por un momento un chorro de sol se abrió sobre el agua, como si fuera a aparecer la mano de Dios, pero volvió a cerrarse. Dejé la maleta en el bar y caminé por la arena, cerca del agua, donde vi conchas de almejas, de color metálico, que evité pisar para que no sonaran como cáscaras de huevo; caparazones del horrible cangrejo que aquí llaman cangrejo herradura, y vidrios de botellas ya sin filo, pulidos por el mar como esmeraldas.

En la arena, cerca de las piedras de uno de los rompeolas, había un triciclo cubierto de algas; y en el rompeolas, aferrados a las piedras, había almejas, cangrejos color de piedra y borrosos caracoles. En el aire había helicópteros, aviones.

Llegaron Saúl y todos, y ella abrió la puerta y salió del cuarto sollozando y mirándome. Yo no podía creer que todo estuviera ya perdido. Se encerró en el cuarto con los otros y yo me quedé en la sala con Saúl. Él es grande, y es de los que quieren estar siempre

contentos. Y me dijo que no había nadie más dañino que una persona sin humor, nadie más aburridor que un romántico. Pero lo que me molestó fue que me llamara compadre.

«Lo que pasa, compadre», dijo, «es que uno no puede andar a toda hora...», y yo le dije que cuál compadre ni que nada, que quién era él para ser condescendiente, maldita sea, él, que nunca había tenido los cojones para sentir, que se había casado con una imbécil por la plata, y que lo único que sabía hacer era mirar ganado, el de ella, y rascarse la barriga.

De vuelta al bar vi una sombra defecando bajo el entablado. Cuatro y cuarenta y dos, me dijo el cantinero. «Dos horas», pensé, «salir cuando empiece a anochecer». Cerré los ojos y sentí el perfume de la ginebra del martini que me subía helado por los huesos de la cara. Alguien se sentó a mi lado en la barra, tapándome la vista al mar, y por un momento tuve el impulso de decirle alguna cosa. Pero pensé en lo que podía pasar si decidía no moverse y llevé mi copa al extremo de la barra, cerca de la puerta. Un albino de gruesos lentes color de rosa pasó por el entablado comiéndose un helado. Del puesto que funcionaba al lado del bar llegaba el olor a papas fritas y a grasientos camarones empanados.

Cuando volví a saber de mí, tenía en la mano la Estatua de la Libertad de bronce que el suegro nos había traído de uno de sus viajes. Todo el mundo me agarraba. Saúl cargaba una silla como un domador de circo, y apenas vi la estatua la solté y dije que ya me podían soltar y me soltaron. Saúl puso la silla en su puesto en el comedor y se fue, y a mí Sofía, la hermana de Saúl, me llevó al baño y empezó a curarme la cortada de la ceja con agua oxigenada. Le

pregunté por ella y Sofía dijo: «Está con la niña ahí y quiere que te vayas».

Caía la noche y era hora de salir. Pero como la luz se iba con mucha lentitud y hacía aún más grandes, al retirarse, los nubarrones negros que habían remplazado a la neblina húmeda, y como las gaviotas cada vez parecían ser más numerosas, decidí esperar media hora, hasta que hubiera noche completa. Un remolcador con todas las luces encendidas pasó frente al bar —seguido por gaviotas que en aquella luz parecían más murciélagos que aves—, navegando en un agua en la que había ya más tinta negra que restos de luz.

«Vaya a la avenida», me dijo el cantinero, «pero no se vaya por allá», y señaló una calle que salía de la playa, paralela a una de las montañas rusas que estaba en ruinas y cubierta de maleza, «porque pueden atracarlo. Váyase por aquí, por entre los puestos de diversiones», dijo, y yo caminé con mi maleta por entre puestos repletos de luces y bulla, donde se anunciaban mujeres barbudas o caballos enanos argentinos, por entre puestos donde podía dispararseles a caras de payasos con rifles oxidados y ganarse conejos azules de ojos desorbitados, a veces más grandes que personas.

Después de tomar la autopista, el taxista me preguntó por la hora de mi vuelo. «No hay problema», respondió cuando se lo dije.

Si alguien me preguntara para qué quiero volver, yo no podría señalar nada preciso: la niña, tal vez, los colores, la abundancia de alcatraces. Me gustaría entrar a algún pueblo donde los almendros poblados de chicharras aguanten la luz caliente al mediodía y ver ondear los colores de la bandera en la escuela, en la alcaldía, como el ala líquida de un guacamayo. Es como querer volver sin saber

muy bien adónde; algo en la periferia del ojo, que desaparece cuando uno trata de enfocarlo.

Un día, ya después de mucho tiempo en Nueva Orleans, y mientras me quitaba las botas llenas de pegotes de cemento, me di cuenta de que lo que alguna vez había sido un desgarrón estaba aún ahí, como un roto perpetuo en el mar después de que el buque se va a pique. No había podido olvidarla. Un rayo se multiplicó como las patas de un mangle tras uno de los puentes y el agua empezó a caer a chorros sobre el parabrisas.

Cambió los cerrojos de las puertas y me hizo arrestar una noche en que yo la había telefoneado, le había timbrado, les había tirado piedritas a los vidrios de las ventanas para que me abriera y habláramos. Al otro día, cuando se aseguró de que yo estaba sobrio, hizo que me soltaran. Pedí mis vacaciones y desaparecí entre los metederos del puerto.

Las plumillas no podían con el agua. Conté el poco dinero que tenía y le pregunté la hora al taxista, quien, con el estrépito de la lluvia, pareció no oírme. «Qué más da, no hay nada que pueda hacerse», pensé y entonces, sin darme cuenta, le grité que se apurara y él dijo que no había nada que hacer, que el tráfico con la tormenta se ponía fuerte, jefe.

Y después debí escapar también de los metederos del puerto (soñaba con matarla) en el buque de un capitán que antes de entrar a Nueva Orleans me hizo emborrachar otra vez para que me pudiera acomodar sin pánico, como un faraón, dijo, en el espacio del tamaño de un ataúd que hizo abrir para mí en el centro del enorme cargamento de bananos. Y desembarqué pálido y sucio en los muelles desiertos, y entré a la ciudad como un espectro cuando ya la

noche se había puesto azul y en las calles confluían las primeras personas que iban al trabajo y los últimos borrachos.

El chofer dijo que un camión se había salido de uno de los puentes y se había ido al río. Tuvimos que buscar un desvío. Y mientras yo formaba la imagen del chofer del camión sentado en su cabina con los ojos muy abiertos y el cabello meciéndosele en el fondo del río, el taxi daba una curva rápida que me produjo un poco de náusea y abandonaba la autopista. Dos ambulancias se nos vinieron encima ululando y llenaron de luz el agua y el vapor de agua que se acumulaba en las ventanas.

Anduvimos rápido entre las calles de una zona industrial borrosa y oscura. Pasamos al lado de la enorme base de uno de los puentes colgantes y tomamos otra autopista que se disparó aérea sobre lo que parecía ser un cementerio grande como el mar, donde se apeñuscaban lápidas y bóvedas. El chofer me vio quitando el vapor de las ventanas con la manga de la camisa y dijo que era el cementerio más poblado del mundo. Volvimos a salir de la autopista, dimos tres o cuatro vueltas en espiral y caímos a otra autopista elevada, donde los carros se adensaban otra vez como la gelatina.

Todo se había perdido de nuevo, pensé. Después de un rato se lo dije al taxista y él me dijo: «Puede que hayan retrasado el vuelo, jefe».

«Olvídese ya, lléveme adonde me recogió, ¿se acuerda?», dije, y en la primera oportunidad salimos, y el taxi, triunfal como una carroza entre la lluvia, pareció volar ahora por autopistas que ya en ese sentido no tenían tráfico.

Me dejó al pie de la rampa y subí, acompañado del ruido de las maracas, cubriéndome con un periódico que me arrebató el viento

apenas pisé el entablado. «Para qué querer volver, si no se puede», pensé. El mar se despejaba y los nubarrones de la tormenta se alejaban hacia el sur. Un avión, iluminado como un palacio, cruzó por el cielo, y yo pensé que bien podía ser el mío.

La luz del bar formaba un rectángulo sobre el entablado y, más allá, en la oscuridad, uno alcanzaba a ver la espuma de las olas. La ginebra del martini me subió otra vez helada por los huesos de la cara.

Hotel Shore, me dijeron, no vaya al Surf, salga a la avenida y justo al frente de la entrada sur del parque de diversiones está el hotel. No será muy limpio pero tampoco es caro y en todo caso no es peligroso, me dijeron.

La mañana siguiente llegó llena de sol y yo caminé liviano por la avenida y doblé a la izquierda para ir al mar. La humedad se había ido. En la acera una mierda de perro se dibujaba nítida en la luz cristalina y, más adelante, casi llegando a la montaña rusa en ruinas, una pluma de gaviota brillaba perfecta en el pavimento, cargada de rocío.

Por todos los rincones del esqueleto de la montaña rusa, cuyas maderas tenían la calidad de las de los barcos que han estado demasiado tiempo varados en las playas, subían enredaderas llenas de esas flores azules en forma de campana que sólo se abren por las mañanas.

Y que hay mucho allá también, pero que ya ni logro recordar cómo llamamos.

El rey del Honka-Monka

El negocio comenzó como un almacén de autopartes que al inicio dio sólo para un empleado, Alcides, a quien más tarde hubo que echar pues sentía fascinación enfermiza por los periódicos. Al principio la prensa no fue problema: los clientes eran escasos y el empleado podía apagar como quería sus ansias de noticias. Cuando William llegaba, Alcides, con ojos alucinados, le contaba historias largas que William oía sin entender, asintiendo a destiempo mientras revisaba los papeles y eructaba con discreción. «¡No me digás!», contemporizaba.

Era una gama amplia, un delirio. Mujeres violadas con crucetas, ancianos pedantes aceptando directorios políticos, amantes desesperados despeñándose por horrendos precipicios. Desde muy temprano Alcides se dejaba revolcar la cabeza por noticieros de radio que lo sacaban del sueño y lo atosigaban en la ducha. Después comía huevos mientras leía titulares. Y así seguía hasta la noche, cuando los periodistas parecían aflojar un poco la garra, como para no matarlo, y le permitían otra vez descansar en el manglar absurdo de sus sueños.

William y su socio eran alegres y preferían no tomárselo en serio. No eran gente para ver la angustia del que quiere impedir que la Historia se le escape entre los dedos. Le ponían apodos y hacían planes para emborracharlo y llevarlo a bailar y tal vez a los burdeles. Urdieron una confabulación compleja, que disfrutaron más en el

momento de los planes que en el de los hechos, pues cuando por fin pudieron arrastrar a Alcides a una discoteca supieron que emborracharlo no era difícil —le gustaba más el aguardiente de lo que parecía—, que ponerlo a bailar resultaba imposible y que no era prudente llevarlo a los burdeles. Ya borracho, Alcides repitió cosas leídas, recitó poesías, se puso, en fin, pesado y tuvieron que obligarlo a tomar rápido para que cayera cuanto antes.

A William y al socio no les caía mal la gente que con el trago se ponía trascendental o demasiado sentimental o demasiado poética. A William y al socio no les caía mal nadie, y tal vez por eso el negocio empezó a hacer progresos rápido. Pero de ser posible evitaban honduras. Preferían las fiestas en que se bailaba mucho y se hablaba poco. Y cuando, por ejemplo, iban a casas de citas, no iban precisamente a meter la cara en un escote y sobar muslos perfumados, sino a bailar y, de vez en cuando, pero como si fuera parte de lo mismo, a hacer lo que se hace en las casas de citas. Y cuando apretaban bailando no lo hacían con lujuria, sino de un modo casi profesional, digno, sin perder nunca el ritmo ni dejar aguar el espinazo.

Después de un año habían recuperado la inversión, duplicado existencias y contratado a una secretaria pequeñita y muy viva, que desde el principio odió a Alcides por lo lento y porque, según ella, olía a sudor viejo. Se llamaba Genoveva. El socio, que gozaba mucho viendo semejante cantidad de vida metida en semejante migaja de mujer, de vez en cuando la llamaba Genoveva de Bravante. Entonces Genoveva levantaba la cabeza y soltaba una carcajada nítida que casi hacía repicar los vasos en los entrepaños de la cocineta.

Alquilaron los dos locales contiguos y los integraron al negocio. Volvieron a duplicar existencias y empezaron a considerar la posibilidad de que uno de los socios dejara el empleo para dedicarse por completo al almacén. Los clientes llegaban como moscas. William y el socio no sabían qué hacer con Alcides, que seguía leyendo la prensa mientras los clientes llegaban como moscas. La esposa de William coincidía con Genoveva en que el hombre era inútil y olía a sudor viejo. Era bonita, por entonces tenía alrededor de treinta años, tenía buenos modales, leía libros y era cristiana, pero tampoco podía acostumbrarse a aquel hombre de uñas largas y manos tiznadas con tinta de periódico. Opinaba que lo mejor que podían hacer con él era liquidarlo. Con «liquidarlo» entendía, por supuesto, pagarle las cesantías y que se fuera a leer a otra parte.

Aunque William y el socio tenían buenos empleos, el del socio era mejor (gerente de una compañía de seguros), y fue William quien dejó el suyo y se hizo cargo del almacén. Ya su familia estaba acostumbrada a un nivel de vida alto, y el sueldo tuvo que ser tan bueno como el que tenía. Pero el negocio iba tan bien que no se resintió por el nuevo gasto y siguió floreciendo y retoñando por todas partes.

Empezaron a considerar la posibilidad de adquirir un lote grande, detrás de los locales, y construir lo que ellos llamaban un Servicentro. Sería una especie de estación de gasolina elegante, atendida por muchachas en minifalda y por mecánicos con corbata y vestido azul de trabajo. El motorista podría encontrar allí lo que necesitara, gasolina, repuestos, adornitos para el carro y mecánicos expertos, todo bien presentado y vendido a precios altos pero todavía razonables. La idea era convertirlo en un sitio de moda. El

sobrino de la esposa del socio acababa de terminar arquitectura y se dejó llevar tanto por la novedad del asunto que el primer proyecto casi tuvo plataforma de helicópteros. Hubo que bajarle los humos y ponerlo a diseñar exuberancias realizables, cosa que empezó a hacer sintiendo que su imaginación estaba siendo mutilada.

Con un préstamo del banco compraron el lote donde iba a funcionar el Servicentro. Hasta ahora la familia de William había vivido en una buena casa, cómoda, en uno de los barrios tradicionales cerca del centro, todavía tranquilos aunque ya amenazados de lejos por un comercio caótico. Pero como los hijos necesitaban más espacio y como nunca sobraba mantenerlos lo más lejos posible del bochinche, William compró una casa en un barrio campestre a las afueras de la ciudad. Consiguieron un perro dálmata y dos guacamayas. Todo florecía y se bifurcaba. William fue elegido como miembro de la junta directiva del Club Campestre. William y su esposa fueron seleccionados como la mejor pareja en el baile de Año Nuevo. Flotaron bailando el vals. Salieron en los periódicos.

Como si le hubiera caído un rayo en la cabeza, Alcides recibía por esos días la notificación de despido. Minuciosamente ocupado con el horroroso desenvolvimiento de Los Hechos, el asunto lo tomó por sorpresa. Fue una carta formal, escrita en estilo legal y mecanografiada con alegría por Genoveva. Alcides parecía en problemas para desentrañar el contenido. Volvía a leerla y a releerla, la guardaba en el bolsillo, volvía a sacarla y a leerla. Se la llevó a William para preguntarle lo que significaba y William le explicó lo que significaba. William miró por la ventana las acacias florecidas, al frente, metidas en la luz del mediodía. Alcides dijo que no tenía idea de que estuvieran descontentos con su trabajo, que le habría

gustado que le hubieran dicho a tiempo lo que no les gustaba, para que él pudiera mejorar, pero que, así, todo era como tan… tan… Parecía a punto de llorar.

William tuvo que decir que ellos no habían estado nunca descontentos con su trabajo, que no era eso ni mucho menos, que mejor empleado era difícil y que ellos le iban a dar todas las recomendaciones que pidiera. «Pero vos sabés, Alcides, que como ahora yo voy a estar al frente de las vainas no nos conviene pagar más sueldos de los que el negocio puede aguantar. ¿Me entendés?».

No parecía entender. Un grupo de pájaros cayó sobre las acacias, se quedó quieto un rato y se regó de nuevo por el cielo. Esa noche William, en una discoteca, bailó montunos, boleros, guaguancós. Bailó todo lo que tocaba la orquesta o el traganíquel, sudó la camisa, hizo reír a las muchachas, tomó algo de aguardiente y a la hora de cerrar había casi olvidado la cara de Alcides mirando la notificación de despido.

Después de liquidar a Alcides consiguieron otro empleado, Leonel, que era buen trabajador y no leía periódicos. Joven y metódico, no tenía novia porque todavía no tenía la plata para casarse. Estaba destinado a quedarse primero con la parte de William y después con el almacén entero. Sabía ahorrar, sabía esperar. Como un cura con mucha vocación, carecía de orgullo, carecía de apego por el resplandor mundano. Hablaba con moderación. Era desapegadamente cortés y muchísimo más inteligente de lo que parecía. Aceptó la autoridad de Genoveva como quien acepta, sin emocionarse, los calores o las lluvias. Trataba de congraciarse con ella y, por chiste, la llamaba «doña Genoveva» o «la Jefa».

Cualquier otra actitud a estas alturas habría sido suicidio. La autoridad de Genoveva había crecido a la velocidad del negocio y los socios la respetaban y querían. Aunque se había hecho imprescindible seguía carcajeándose con su risa alta cuando la llamaban Genoveva de Bravante, como si nunca se cansara del chiste y fuera inmune a la repetición y al tedio. Y se encargaba de todo en la oficina: recordaba citas con el médico, cumpleaños, hacía reír a los gerentes de los bancos, redactaba cartas y mantenía café fresco en la cocina. El socio decía que era chiquita y completa, como una navaja suiza. Un día Genoveva abrió por la mañana y sintió que había alguien robando en las bodegas. No lo dudó un segundo, sacó un Colt casi tan grande como ella, que mantenían en una gaveta, fue al depósito, levantó el arma con las dos manos e hizo seis disparos que la dejaron aturdida. La gente la encontró gritando «¡le di!, ¡le di!» a la vez con pavor y alegría. Así era de completa. Y efectivamente le había dado. El rastro de sangre salía por la puerta de atrás, que había sido violentada, daba la vuelta a la esquina y desaparecía donde tal vez un carro se había llevado al herido.

Llegaron los buldóceres y empezaron a barrer maleza revuelta con pedazos de ladrillo, aclarando el terreno para la construcción del Servicentro. William y su esposa traían matrimonios amigos para que vieran el progreso de los trabajos. La admiración de los amigos no tenía límites. William conseguía plata como quien le mete candela a un reguero de pólvora. William iba tan rápido que la gente tendía a perdonarle todo. A las señoras les caía en gracia que supiera bailar como la plebe. Su mujer le hacía preparar caldos cuando llegaba tarde de las discotecas y amanecía con dolor de cabeza. Las hermanas de su mujer, altas, fértiles, con la belleza excesiva de las

mujeres del Valle del Cauca, se reían cuando William, bromeando, les pedía el favor de que le mostraran los pechos aunque fuera por un segundo; su mujer se enojaba y se ponía distante por un rato, pero al final cedía a los chistes y halagos y terminaba otra vez abochornada y feliz. Eran jóvenes. Él por esos días todavía sabía hacerse perdonar con gracia.

Compraron una casa al frente del mar, en el Pacífico.

El Servicentro fue construido sin reparar en gastos. Las palmeras, ya adultas, las trajo un camión y las sembró una excavadora. Las veraneras llegaron florecidas. Para el día de la inauguración, los loros y papagayos se habían habituado a vivir en su jaula —grande, con un pequeño jardín de piedras y trapecios y columpios de colores— y parecían contentos. En la jaula de los micos uno de ellos había aprendido a masturbarse y fue necesario remplazarlo. La inauguración se hizo con globos, whisky, fuegos artificiales. Poco antes de la medianoche a la esposa de William se le bajó la presión y quedó desmadejada; William y el chofer la llevaron a la casa y regresaron a la fiesta. Y ya casi al amanecer, entre gritos y aplausos, William bailó tango con la esposa de uno de sus amigos, que era abundante de carnes y usaba escotes amplios y faldas abiertas por el muslo.

Entre la inauguración del Servicentro y la inauguración de La Vía Láctea pasaron los años. A juzgar por las apariencias William se había vuelto por fin una persona seria. Ya no le pedía a las hermanas de su mujer que le mostraran nada, ya no bailaba tangos, había empezado a ir a misa los domingos y a usar corbata todo el tiempo. Fue un cambio más bien rápido y sin duda sorprendente. Nadie podía creerlo. Su mujer pensaba que había decidido por fin

asumirse como la persona pudiente que era y aceptado el papel que le correspondía en la sociedad. Estaba contenta.

William no se mantenía mucho en la casa, pues por negocios cada rato tenía que viajar a Bogotá. Pero, mientras estaba, era una persona siempre rigurosa, a veces autoritaria. Los muchachos, ya adolescentes, tenían prohibido oír salsa, ir a discotecas, visitar los barrios populares. Y las prohibiciones se hacían cumplir a correazos. Cuando volvía de sus viajes había que informarlo de lo sucedido, día a día, durante su ausencia. Cualquier desviación de la rutina era vista como concesión al caos y castigada con rigor. Los muchachos le tenían miedo pero lo querían: William se había hecho serio, no tacaño, les daba lo que pidieran y todavía podía ser muy cariñoso.

La Vía Láctea, especie de barra bajo un bonito techo de palma, metida entre un jardín de helechos y palmas enanas, donde se vendían batidos de frutas, leches malteadas y helados, fue un éxito tan fulminante como lo había sido el Servicentro. Pero fue el último negocio que la sociedad alcanzó a montar antes de que William se fuera cuesta abajo.

Él y el socio estaban muy ricos y parecía imposible que algo pudiera fallarles. El socio sabía que William no iba tanto a Bogotá como lo hacía creer; sabía también que había conseguido una amante, Amparo, y que muchas veces pasaba la noche con ella. Pero como el socio había dejado de beber (lesión hepática diagnosticada a tiempo), no iba a las discotecas y no podía conocer la profundidad del asunto. Se hacía cómplice de William, le cuidaba las espaldas, pero sólo sabía lo que William quisiera decirle.

Entretanto Leonel, sin hacer ruido, había ahorrado peso tras peso, metido en la firme, helada empresa de construir un capital que le

abriera las puertas de la riqueza. Prestaba plata a interés y era tan implacable y eficaz en el cobro como un abogado. Si en su corazón había orgullo por el dinero que con tanta determinación había logrado meter a los bancos, el orgullo no alcanzaba a sobreaguar hasta sus ojos claros, de un verde sin fuerza. Los músculos de su cara seguían moviéndose con una amabilidad de gestos desdibujados e inescrutables, amabilidad que podía ser tomada equivocadamente como servilismo. Leonel intuyó primero que la apariencia de seriedad de William era sólo la fachada de algo; después le contaron que lo habían visto en una discoteca, camisa roja con boleros antillanos y pantalón blanco de bota campana, bailando con una morena espectacular. Otros hubieran pensado que se trataba de una calumnia inverosímil; Leonel, tras calcularlo un momento, supo que era cierto. Otros, una vez convencidos de que era cierto, se habrían reído tal vez, habrían despreciado o admirado a William; Leonel lo entendió y lo asimiló sin conmoverse, como el que se acostumbra a saber, sin nunca sentir la maravilla, que el sol se pierde por el occidente o que el agua de los ríos llega siempre al mar.

Amparo era morena pero no tan provocativa o espectacularmente hermosa como decían. Podía parecerlo cuando se vestía para ir a la discoteca, sin duda lo era cuando empezaba a bailar, pero en la vida corriente era una morena bien formada, como tantas otras, que podía quitarle el aliento a los hombres sólo cuando se dejaba mirar bajo cierta luz. Vivía con la mamá en una casita que a la señora le había regalado un viejo amante, en un barrio popular, sobre una calle sin asfaltar que los vecinos mantenían muy arborizada y barrida. La casa tenía varios avisos: «Se Hacen Ojales, Alforzas,

Zigzags y Aplicaciones»; «Se Venden Helados»; «Se Cortan Modelos». De eso vivían. No tenían que pagar arriendo y no pasaban necesidades. Como Amparo diseñaba y cosía, sus vestidos de baile no le salían caros, a pesar de los brocados y el terciopelo, y no alcanzaban a desbalancear el presupuesto familiar.

La placidez de la mamá le venía tal vez de esa pobreza tan placentera, tal vez de la conciencia de no haberse negado muchos goces en la vida. Era todavía bella. Más negra y alta que la hija, con seguridad había sido más opulenta de carnes. Aún le resultaban novios, no siempre viejos, que disfrutaba como los había disfrutado siempre, sin complicarse con pudores extravagantes, y los dejaba ir como los había dejado ir siempre, sin echarse a morir de desconsuelo. En la parte de atrás de la casa tenían una lora verde de cabeza amarilla, que como tantas otras en esos barrios sabía cantar boleros y actuaba como si estuviera completamente chiflada y fuera feliz. También en el patio de atrás había un níspero del Japón que cuando florecía alcanzaba la suprema perfección. A medianoche giraban las constelaciones sobre el níspero; a mediodía todo se adormilaba como un paraíso tórrido inundado por el chillido amniótico de las cigarras.

No fue, pues, por azar que William se enamoró de la deslumbrante bailarina, empezó a visitar el Honka-Monka con frecuencia y terminó bailando con ella en los Shows de Medianoche. Al principio bailaban en la pista con todo el mundo, pero pronto se hizo obvio que resultaban una pareja extraordinaria. Ella era muy morena y él muy ojiazul. Eso atraía. Podían bailar apretados y deslizarse con la misma facilidad que cuando iban sueltos. Bailaban sueltos sin dejar de bailar juntos. Mantenían una sonrisa de alegría

pagana y superficial e inventaban quiebres de ritmo, pasos, vueltas. Se soltaban, se recuperaban y volvían a soltarse para otra vez recuperarse. Las falditas de Amparo subían en un erotismo elemental y fulminante, y dejaban ver ropa interior incrustada por diamantes de fantasía. Las otras parejas dejaban de bailar para mirarlos. Y al final Amparo y William quedaban solos en la pista, felices, superándose bajo el estímulo de la atención unánime y conquistando aplausos cerrados que empezaron a abrirle paso a lo que sería la época más gloriosa de sus vidas.

Amparo diseñó para William un extenso guardarropa: chalecos apretados que dejaban escapar abundancias de mangas bombachas y cuellos pespunteados; pantalones negros con anchas fajas de satín blanco —o viceversa— apretando la cintura; flecos, boleros, mangas anchas; camisas rojas, camisas azules del azul que llamaban eléctrico, camisas con el verdor de las hojas del plátano, o amarillas rechinantes… todo siguiendo pautas en las que el color recordaba al África y el diseño a los gitanos. El armario parecía un selvático cuerno de abundancia. Amparo le ayudó a escoger a William zapatos que, aunque de muchos colores —amarillo suave, negro charol, blanco cremoso o blanco nebuloso—, eran invariablemente livianos, flexibles y deslizantes. Y a base de lacas y fijadores él logró una discreta elaboración en su peinado, que le permitía mantener un aire profesional en la discoteca pero resultaba fácil de deshacer en el momento de colgarse la corbata y reasumir la vida de negocios.

William empezó a quedarse donde Amparo algunas noches. Le gustaba el barrio, la suegra, el níspero del Japón. Quería estar cerca de Amparo el mayor tiempo posible. Cuando se levantaba, se ponía una pantaloneta desteñida y unas pantuflas viejas y, sentado sin

camisa en el pequeño corredor exterior, charlaba con los vecinos, tomaba jugo de lulo, miraba los árboles y recibía el viento fresco. Trajo una nevera que dispensaba el hielo automáticamente, trajo ventiladores de techo. Si Amparo se antojaba de una muñeca gitana repleta de enaguas, la compraba. Si la mamá describía lo último en máquinas industriales de coser, aparecía con ella. Para William la felicidad no tenía precio. La casa empezaba a parecer un pequeño barco tripulado por gente contenta y cargado con chucherías alegres y electrodomésticos. Aparte de las cosas que las mujeres querían, William trajo también lo que él quería (la nevera, los ventiladores), cosas que, sin él darse cuenta, con el correr de los años vinieron a formar una especie de duplicado o espejo popular de su hogar legal. Al principio se duplicó la cortina del baño, el color de las paredes. Después vino el hijo, a quien dieron el mismo nombre de uno de los otros y un segundo nombre muy sonoro, escogido por Amparo. Luis Mario en una casa, Luis Asdrúbal en la otra. Y por último la casa de campo en tierra fría, que tendría muchas de las cosas de la del Pacífico, incluidas unas sillas de lona que en aquel clima de neblinas resultaban algo absurdas.

William llegaba de corbata y vestido oscuro, saludaba, se quitaba el vestido y la corbata y los colgaba en el ropero, se bañaba, se sentaba en pantaloneta a comerse lo que él mismo llamaba el mejor sancocho de gallina del mundo, dormía un rato, se despertaba, volvía a bañarse y se ponía la ropa con la que iba a bailar esa noche en el Honka-Monka. Su popularidad crecía. Cuando Amparo no estaba con ánimo de participar en los shows, William bailaba solo. Su baile cambiaba entonces, ya no tenía la dulzura del baile en pareja y se hacía intrincado y en extremo selvático, elaborado en los

pies sin perder la serenidad en los hombros, con lo que alcanzaba cierta majestad que la gente sabía apreciar. Se convirtió en el artista que siempre había sido. Ni siquiera Watusi, que era negro, podía superarlo. Los clientes pedían a coro que bailara. Le pasaban el brazo por el hombro y lo invitaban a tragos.

Entretanto, el mico que había aprendido a masturbarse salía de La Vía Láctea e iba a dar al patio, amarrado con una cadena muy larga al níspero del Japón. La mamá de Amparo lo adoptó, le quitó el vicio y le enseñó a coger nísperos y a tirárselos desde las ramas altas. Lo llamaron Rogelio y se convirtió, como todo lo que llegaba a esa casa, en una criatura feliz. Rogelio aprendió a manejar la cadena con maestría y con ella recorría la casa como si anduviera suelto. Rogelio orinaba en el inodoro, abría y cerraba las llaves del agua, dormía en una hamaca que William había colgado en el patio. Rogelio aprendió a gozar de las pocas aunque intensas ventajas de la civilización. Los vecinos le llevaban goma de mascar, que el animal desenvolvía con rapidez y precisión y masticaba entrecerrando los ojos mientras le rascaban la cabeza.

William bailaba los viernes y los sábados. Había diseñado una coreografía de colores fuertes, luces crudas y sombras negras como el espacio sideral. Lo anunciaban como el Rey de la Salsa, el Incomparable, el Sin Igual. Amparo le hacía de pareja en la parte inicial, con sus faldas cortas, su ropa interior decorada y sus escotes cundidos de lentejuelas; después bailaba solo, complicando poco a poco los pasos tradicionales hasta convertirlos en un malabarismo tropical que arrebataba al público. Sudoroso y feliz, William se despedía entre el griterío de sus fanáticos. Y entonces la rumba en el Honka-Monka agarraba más fuerza que nunca y alcanzaba un

clímax pagano que metía al sitio en un pequeño delirio. A la hora de cerrar resultaba difícil calmar los ánimos exaltados y muchas veces se daba algún brote de rebeldía o violencia que los porteros tenían que apagar a pescozones.

El domingo por la mañana William, otra vez en pantaloneta, tomaba jugo de lulo mientras miraba al viento remover las ramas de los árboles. La mamá conversaba con Rogelio y la lora en el patio de atrás y Amparo dormía desnuda bajo las sábanas. Los ventiladores volteaban, veloces, apacibles. Los hielos caían al depósito en las entrañas de la nevera con un sonido remoto y tranquilizador. Niños en la calle elevaban hojas de papel con colitas de tela, atadas a hilos casi invisibles de los que tiraban corriendo, levantando pequeñas polvaredas. «La cometa más sencilla del mundo», pensaba William. A mediodía servían el sancocho de gallina más gustoso del mundo y otra vez caían todos dormidos, desnudos bajo las sábanas, envueltos en el aire apaciguador de los ventiladores.

Soñaban con ríos, con peces, con barcos; la mamá soñaba que sabía manejar un automóvil; William, que bajaba flotando en un neumático de llanta por un río parecido al Cauca, aunque más verde y selvático.

Del tubo de la ducha caía otra vez el chorro de agua helada que bajaba de la cordillera. William, otra vez de corbata, salía de la casa de Amparo y tomaba un taxi. Y después de saludar a su mujer y a los muchachos decía que había visto en la carretera que viene del aeropuerto un camión patas arriba entre un reguero de leche que se iba por la cuneta: el chofer se había sentado en un barranco al lado del cañaduzal y miraba a los perros que lamían la leche del asfalto.

Compraron un Mercedes-Benz color banano que manejaba un chofer que se llamaba Arturo. Era un hombre todavía joven, pero muy lento y pesimista, que decía sin pudores que la vida ya lo había quemado y manejaba con la serenidad de quien sabe que el mundo está perdido. Excelente chofer. Fumaba cigarrillos mentolados. La mujer de William se eternizaba en los almacenes de zapatos y el chofer la esperaba fumando, recostado en algún cadmio florecido. Compraron una lancha grande para la casa del Pacífico, lancha que usaban muy poco y resultaba costosa de mantener. La pequeña casa campestre donde vivían fue cambiada por una casa campestre grande, con piscina y caballos, dos muchachas del servicio y un jardinero. William tenía un inmenso guardarropa y era considerado como un hombre elegante. Había hecho amigos importantes, políticos, dueños de ingenios azucareros, periodistas. No era de los que se les sube la plata a la cabeza, pero gozaba y estaba orgulloso de la que había conseguido. Sin darse cuenta, empezaba a tomar un ligero tono paternal con sus empleados. Todo el mundo parecía quererlo, sus empleados, los dueños de los ingenios. Compraron otro automóvil, de modo que el Mercedes y el excelente chofer desilusionado de la vida estuvieran siempre al servicio de la mujer de William. Le cambiaron el baldosín a la piscina, que estaba amarillento. La mujer de William pasó tres meses en Europa, en los mejores hoteles, recorriendo las grandes capitales. La que más le gustó fue Barcelona. Vistieron con uniformes blancos a las muchachas del servicio.

Cuando se le preguntó si sabía que William era casado y si en tal caso había sentido celos, Amparo dijo que sí. «Sabía que él era casado, pero celos no me daban, ¿sabés?». Él era bastante mayor.

Además ya para entonces, según ella, el corazón se le había endurecido. «Cuando uno es más joven, uno se enamora más fácil», dijo, «pero con los golpes uno se va curtiendo». Amparo se había casado a los quince años y separado a los diecisiete. A los veinte estaba viviendo con un hombre muy buenmozo y simpático que la había tratado como a un perro. «Esos simpáticos buenosmozos son una porquería», dijo. «Sonrisas para fuera y por dentro todo como podrido».

William llegaba con sus vestidos de corte inglés y sus corbatas elegantes y los colgaba en el ropero. Entonces se ponía la pantaloneta o la ropa de bailar y ella se olvidaba de dónde había venido. Y él también, al parecer, porque nunca mencionaba a la otra familia. Así vivieron mucho tiempo. Luis Asdrúbal empezó el bachillerato. A William el claro en la coronilla se le convirtió en franca calvicie, a pesar de los masajes de Amparo. A la mamá la operaron de las várices. Compraron un jeep rojo con el que subían los domingos a la finca en tierra fría. Hasta ahora William había corrido con suerte: cada rato la gente decía haber visto a su gemelo en la calle; pero como no sólo cambiaba de ropa sino también de carro y de actitud, a nadie se le pasaba por la cabeza que pudiera ser él, precisamente. Un hombre severo y bien vestido que oía con atención el interminable sermón de un cura no podía estar el domingo siguiente, vestido con una camisa anaranjada, manejando sonriente un Willis rojo con ventanillas enmarcadas por cortinitas doradas.

Llegó entonces el contador, como un mensajero de la desgracia, y le dijo que las cuentas no cuadraban.

Durante los últimos años los gastos de William habían sido enormes. Pocos saben lo que cuesta mantener a todo tren dos hogares. Hasta entonces William, hábil, había logrado tapar los rotos más visibles haciendo otros que tarde o temprano terminarían por descubrirse. A William nunca le había gustado ese contador con cara de ardilla que se las daba de hippie pero era tacaño hasta el delirio. Ahora le gustaba todavía menos. El contador expuso las malas noticias con excesiva eficiencia y cierta alegría. Cuando intentó filosofar sobre la manera de administrar la riqueza para evitar tales desastres, William le dijo:

—Limitate a los números, ¿querés?

—Lo que diga, don William —dijo el contador, recobrando la cordura.

Había dos letras gordas que se debían pagar antes del final del año. La plata para pagarlas debería estar ya ahí, pero no estaba. Los tres meses de su mujer en Europa salieron costosos, el Willis salió costoso. William había retirado esos dineros confiando en que, como en otras ocasiones, reaparecerían providencialmente. Pero esta vez la Divina Providencia se mostró tan mezquina como el contador con cara de ardilla. Ya estaban a finales de noviembre y había que hacer aparecer la plata de alguna parte. William se mantuvo calmado durante la entrevista y al final le aseguró al contador que no había por qué alarmarse ni mucho menos, que no valía la pena mencionarle el asunto a nadie, en especial al socio, y que en menos de ocho días haría el depósito en el banco.

Esa misma tarde Leonel dijo: «Por supuesto, don William, cuente conmigo para lo que necesite», y le prestó la plata a un interés de vampiro.

De ahí en adelante la de William fue una caída continua. Lo obvio, lo primero que cualquiera hubiera hecho, era reducir gastos al máximo y meter otra vez las finanzas en cintura. Vender lo superfluo, pagarle a Leonel lo más rápido posible y quitárselo de encima. Pero a estas alturas ya para William casi no había nada superfluo. Vender la lancha, por ejemplo, no significó esfuerzo, pues le tenía miedo al mar y se mareaba a bordo. Pero no tuvo corazón para desposeer del Willis a las dos mujeres y tampoco estuvo dispuesto a bajar de nivel de vida suprimiendo el Mercedes o el chofer sin ilusiones. De modo que vendió la lancha y otro par de tonterías y siguió llevando la vida de siempre.

Traía chucherías costosas a la casa del níspero. Iba al Club Campestre con zapatos importados. Sábados por la noche los gozaba trabajando como Rey del Honka-Monka. A veces iban con Rogelio, a quien vestían con una especie de frac que Amparo le había diseñado. Aparecieron nuevos huecos en sus finanzas, rápidamente cubiertos por Leonel. Genoveva se reía con su risa alta de los chistes que a William se le venían con tanto goce de la vida. William era severo en el hogar, alegre en el trabajo. Cuando estaba en el almacén todo el mundo parecía contento, incluso Leonel, por lo general impermeable a la alegría. Era difícil saber, sin embargo, si en Leonel había algo de afecto o si era sólo la fría, impersonal burla hacia alguien que de modo tan estúpido profundizaba su ruina.

«No puede ser», dijo Genoveva, tapándose la boca con las manos.

Todo se había descubierto: los dos hogares, Luis Asdrúbal, el Honka-Monka, la mamá, Rogelio, las alforzas, zigzags y aplicaciones y, por supuesto, Amparo, a quien la gente alineada con la mujer de William empezó a llamar La Bailarina Esa.

A William la ruina le cayó de una vez y por todas partes, como un derrumbe. Tuvo que entregarle a Leonel su parte del almacén como pago de la deuda. Su esposa lo perdonaba con altivez cristiana, pero exigía que rompiera de inmediato con Amparo. William, incapaz de romper con Amparo, le escrituraba a su mujer lo poco que le iba quedando y se iba a vivir con las dos mujeres. Se perdió el Mercedes-Benz con chofer y todo, se perdió el Willis. Se perdió la casa en el Pacífico y la casa en tierra fría. Su mujer vendió los caballos para salvar la casa y liquidó al jardinero, vendió las perras, liquidó a una de las muchachas del servicio. William trataba de darse ánimo imaginando con desesperación pequeños negocios que crecían como tortas y lo volvían a colocar en la cresta de la ola.

Pero aun los pequeños negocios necesitan credibilidad y pequeños capitales, y nadie estaba dispuesto a confiarle dinero a quien era ahora sólo el bailarín fabuloso de una discoteca de medio pelo. Los amigos le volvían la espalda y aun al socio el olor de la sangre lo hacía morder y arrancar ventajas. Los que habían sido sus iguales lo recibían en sus oficinas, lo dejaban hablar, fingían interesarse por sus proyectos y le decían que lo iban a llamar otra vez para estudiar el asunto con más detalle, pero nunca lo llamaban. Secretarias de ojos burlones le decían que los doctores estaban fuera de la ciudad o enfermos o en junta.

De no ser por su sólida fama en el Honka-Monka, de no ser por la solidaridad de gente sin importancia práctica (Genoveva y el chofer desilusionado fueron a buscarlo a la casa de Amparo, siguieron llamándolo doctor y le ofrecieron sus servicios), William se habría convertido en un espectro.

Se le subió la tensión arterial y empezó a dolerle el brazo izquierdo. Nunca pensó que pudieran llegar a ser tan grandes su soledad, sus sufrimientos. Nunca pensó que la desdicha pudiera ser tan honda.

Lo envolvieron las tinieblas.

En julio del 84 se le ve reaparecer manejando una camioneta nueva, cargada con ollas, por una autopista del sur de la Florida.

La autopista serpenteaba bajo un cielo amplio, sombreado hacia el sur de rosado y amarillo como con tizas de colores y cruzado por todas partes por bandadas de patos migratorios, gaviotas y otros pájaros.

Las ollas eran de lujo, pesadas, muy brillantes por fuera y recubiertas por dentro con un material oscuro que no dejaba pegar las comidas, conocido como teflón. William y Amparo vivían en una casa pequeñita, siempre muy limpia, que tenía en el patio de atrás un ficus gigantesco donde a veces llegaban las cotorras. Luis Asdrúbal, alto y fornido, de bigote, llevaba el pelo corto con una colita por detrás, sobre la nuca, a la manera de los jóvenes latinos del vecindario.

William ganaba el veinte por ciento de la venta de las ollas y era muy hábil. Entraba a las cocinas de gente desconocida y freía huevos para demostrar las ventajas del teflón. A sus empleadores, a sus colegas, a quien quisiera oírlo les decía que lo esencial en un vendedor era estar convencido del producto. Con convicción y determinación William recorría los barrios casa por casa, les sonreía primero a los portones, después a las señoras, entraba a sus cocinas, encendía las estufas y vendía el producto.

Al principio, cuando todo era novedad, cuando todavía gozaba del placer de vivir y trabajar honradamente en una ciudad donde a nadie le importaba su historia, terminaba su jornada y volvía a meterse con carro y ollas a la autopista mientras el sol más alegre del mundo caía con lentitud y arrebolaba las nubes que flotaban sobre el mar cercano. En el estéreo sonaban charangas, boleros, guaguancós, y William, a cien kilómetros por hora, seguía el ritmo con los hombros. Bandadas de pájaros se levantaban de los pastos y lagunas adyacentes a la autopista y cruzaban frente al sol rojo, que les arrancaba visos metálicos. William sentía el aire acondicionado en el cuello y las orejas y casi agradecía haberse ido en bancarrota y tener el privilegio de gozar la vida rápida y espaciosa que llevaba ahora.

En la casa Amparo confeccionaba puños de camisas para una compañía que los recogía semanalmente y los juntaba con otras piezas que habían confeccionado otras señoras. Cada mes Amparo alcanzaba a mandar un cheque a la mamá, que se había quedado en compañía de Rogelio y la lora, primero, y después en compañía de Rogelio, la lora y un inquilino solterón, muy aseado, que vivía de vender cortes de tela.

Cuando se le preguntó si no se había sentido rara tan lejos de lo que había sido su casa, su familia y sus amigos, Amparo dijo: «Sí, ¿sabés?, a uno siempre le pega duro estar por ahí tan lejos de las cosas de uno. Fijate que a mí al principio no me provocaba ni salir. Claro que William se daba cuenta y me sacaba a la playa los domingos. Y todos los fines de semana íbamos a bailar a las discotecas… casi siempre al Siboney».

Consiguieron amigos. William se puso en contacto con un primo segundo, de quien había sido muy amigo en su juventud. Era diez años mayor que William y vivía en una casa grande, centro de reunión de su enorme familia. Todo el tiempo llegaban y salían de su casa carros cargados de yernos, hijas, nietos. Y los amigos de la familia entraban y salían día y noche.

A nadie en la casa del primo le importó que Amparo fuera costurera y hubiera sido bailarina. Por el contrario, en la fiesta de Año Nuevo ella y William dieron un espectáculo parecido a los del Honka-Monka y fueron muy aplaudidos. Ella se vistió con falda de lentejuelas, abierta por el muslo, él con camisa de boleros. Después de la presentación, la fiesta se hizo aún más tumultuosa y alegre, y los vecinos hicieron venir a la policía. Se encendió entonces el aire acondicionado y se cerraron todas las puertas y ventanas de modo que la música y las risas no se filtraran a las calles silenciosas, donde el azul del amanecer empezaba a meterse entre los frondosos árboles tropicales.

Durante mucho tiempo William se hizo la ilusión de que iba a terminar en la gerencia de la compañía. Ningún vendedor había vendido tanto durante el primer año de trabajo y su experiencia parecía situarlo en condiciones ventajosas frente a vendedores más jóvenes. Sabía usar los trucos del oficio. «Hay que tenerse fe», decía.

Durante los años de triunfo William había adquirido cierta manera paternal, demasiado amable, que ahora la gente podía tomar como condescendencia. Eso en parte explicaba su tremendo éxito como vendedor: las señoras, convencidas de que el gerente mismo de la compañía había ido hasta sus casas, sentían vergüenza de cerrarle la

puerta en las narices. Eso explicaba también su escasa popularidad entre compañeros y superiores: sabía demasiado, explicaba, enseñaba demasiado. Cuando empezaba a recordar triunfos pasados, los compañeros blanqueaban los ojos; cuando empezaba a enseñarles a vender, trataban de irse. Contra él personalmente no tenían nada, incluso lo respetaban y querían, lo invitaban a fiestas. Para evitar agresiones aprendieron a no oírlo cuando se ponía didáctico y paternal, pensaban en otra cosa mientras pasaba la crisis y al fin le palmeaban la espalda con el sincero afecto que alcanzaron a tenerle.

Era muy buen vendedor y no avanzaba; tenía amplia experiencia y no lo nombraban ni supervisor. Empezó a amargarse y a decir que la compañía era una mierda y que estaba en manos de incompetentes. Si supiera inglés iba donde el gerente y le decía cómo eran las cosas. No bajó el rendimiento, pues vendiendo se olvidaba de sus males, pero se sentía viejo, falto de alegría. Decía que trabajar para otro hijo de puta era lo peor del mundo.

Otra vez se dio a soñar con negocios propios. Los veía por todas partes. Pensaba que la gente tenía que estar ciega para no ver tantas fortunas esperando nada más a que alguien les echara mano. Se puso temperamental y explosivo. Un día la policía lo detuvo por exceso de velocidad y William los insultó y terminó esposado y en la cárcel. Visitaba la casa del primo y hablaba largo con la mamá y las muchachas. Se les quejaba. Les decía que no había nada peor que estar lejos del país de uno, que allá uno podía estar pobre o lo que quisieran, pero estaba más contento. Las muchachas le daban cerveza, le daban almuerzo. Después del almuerzo William seguía conversando, sentado en una mecedora, hasta quedarse dormido en

mitad de una frase. La mamá lo miraba dormir. A la mamá le caía bien Amparo, pero estaba contra cualquier separación de un matrimonio legítimo y pensaba que era la separación lo que lo había desgraciado; dura y compasiva —tenía que ser dura para que los sentimientos por el prójimo no le partieran el corazón—, opinaba que William se había dejado hundir por majadero. Las muchachas, aunque burlonas, eran también compasivas. Había una que sabía imitarlo cuando se dormía en la mitad de la conversación y roncaba en la mecedora; otra que repetía lo que William haría si estuviera al frente de la empresa. Las muchachas le pulían el bigote con unas tijeritas y le aconsejaban que se afeitara a diario, para que no pareciera un alcohólico. Y después de que se habían burlado de él y lo habían palmoteado y le habían pulido el bigote, William entraba otra vez a la autopista con su camioneta y sus ollas sintiendo la cabeza despejada y el corazón más liviano.

Ya para entonces Amparo, que seguía manteniendo la casita muy limpia, estaba aburrida. No con el país, ni siquiera con el barrio o con su casa, sino con William. A William se le había dañado mucho el genio. Un día trató de pegarle a Luis Asdrúbal con una correa y el muchacho se fue y sólo volvió después de tres días. Luis Asdrúbal y William se reconciliaron sin mucho esfuerzo, pero ella le dijo a William que si algo así volvía a pasar, lo abandonaba. Todo en la casa se había hecho triste y tenso, mucha televisión, pocas palabras. Cada ocho días iban al Siboney y bailaban. Reaparecían entonces las camisas de boleros, la ropa interior de fantasía, reaparecían las sonrisas paganas y las formas intrincadas, superficiales e íntimas. Pero era como regresar a un pasado que los hacía gozar por un momento y después volvía a abandonarlos. Muchas veces, ya de

vuelta a la casa, había reproches y lágrimas. Amparo, no sin razón, se sentía encadenada a un hombre viejo y amargado.

Pasaron otros dos años. Amparo cosía puños de camisas y le enviaba el cheque a la mamá, quien seguía en compañía de Rogelio, la lora y el solterón aseado. Luis Asdrúbal terminó bachillerato y montó una pequeña empresa de corte de césped y poda de árboles. William, que le veía futuro al muchacho, le ayudó con consejos para conseguir y conservar los clientes, y le insistió en la importancia de la propaganda, sea en volantes o en avisos en el periódico, y en la idea de que, no obstante, la mejor propaganda era prestar siempre un excelente servicio. Luis Asdrúbal tenía madera y ya había intuido los consejos de William por sí mismo, pero era lo que la mujer del primo llamaba un muchacho noble, y los recibía de buena fe y con agradecimiento. William no quiso trabajar con él, en parte porque el trabajo era muy duro durante el verano, pero también porque sentía que su vida estaba a punto de cambiar y ya pronto podría estar de regreso en su país.

Un día William se encontró pegándole a Amparo mientras en el ficus alborotaban las cotorras. La golpiza fue breve y desorganizada. Cuando se acabó, Amparo, sin lágrimas, fue donde la familia del primo y mostró los moretones. Las hijas del primo ya estaban enteradas de que Amparo tenía un amante —de quien sólo sabían que era «americano», buena gente y estaba muy enamorado— y que William la estaba maltratando. Pero era la primera vez que le pegaba y se pusieron furiosas. Lo calificaron de cobarde, de viejo malaclase, y le aconsejaron a Amparo que se fuera con el amante.

Esa misma tarde llegó William tan desbaratado y envejecido que a ellas se les encogió el corazón de sólo verlo y se tragaron los

sarcasmos. William les contó que había golpeado a Amparo y que no sabía qué hacer con su vida. Era la primera vez que le pegaba a una mujer, dijo. Menos mal que Luis Asdrúbal ya estaba encarrilado, agregó después de mirar el tapete por un rato. «¿Pero usted la quiere?», preguntaron las muchachas, y él dijo que ya ni sabía, que entendía que ella era todavía muy joven y tenía derecho a su vida. «Pero uno tiene su orgullo», dijo. Y mientras miraba el tapete pensaba que Luis Asdrúbal estaba encarrilado, que para ella él era más bien un estorbo y que ahora él podía regresarse si le daba la gana o ahogarse en el mar.

Era el verano de 1988. William le escribió cartas sentimentales a su mujer e hijos legítimos, donde les decía que eran lo único que tenía y había tenido en su vida, y que ahora se daba cuenta de cuánto los quería. Hasta el momento las cartas a sus hijos habían sido sobrias, consejos secos sobre cómo triunfar en la vida y advertencias contra el alcohol y las drogas; las cartas a su mujer, dignas, sobrias también y respetuosas. Cartas, en fin, para gente querida pero no necesaria, en las que si hablaba de él mismo era sólo para decir lo bien que estaba y las grandes posibilidades que tenía de recuperarse y volver a levantar su vida.

Ahora su mujer y sus hijos se le aparecían como la tabla del náufrago, y el afecto por ellos adquiría una pasión de agonizante.

Su mujer contestó diciéndole que su casa era la de William, que cuando quisiera regresar las puertas estarían abiertas y que ella iba a ser siempre, «y espero que tú así lo consideres», su mejor amiga. Le mandaba un abrazo y un beso, tanto en nombre suyo como en el de sus hijos, y le repetía que su casa era la de William y que

deseaba ser considerada sólo como su mejor amiga. Un abrazo en Cristo al final.

Luis Asdrúbal se fue a vivir con la novia a un apartamento pequeño, lujoso para el precio, no lejos de la playa. Amparo y William, cada uno por su lado, les llevaron artículos para el hogar. Amparo cosió cortinas, colchas; William les llevó el televisor más grande que pudo conseguir. La casa de Amparo y William se hizo aún más sola y triste. Ya ni siquiera iban a bailar al Siboney. Ella seguía viéndose con el amante, pero a William ya no le importaba. Dormían en camas separadas. En el árbol alborotaban las cotorras, cantaban los turpiales. William miraba las nubes acumulándose, miraba el cielo ennegrecerse, miraba caer los inmensos aguaceros. Amparo salía al atardecer y regresaba muy tarde.

Hasta que un día salió y ya no volvió más.

Para William el regreso a su país fue a la vez horroroso y muy bello. Había estado fuera demasiados años y la primera visión de montañas y valles le hizo comentar que aquel era el mejor país del mundo. La azafata le sonrió, le entregó el trago y siguió sonriendo y repartiendo tragos por el pasillo.

Mujer, hijos, yerno y nueras lo recibieron en el aeropuerto. Los cañaduzales inundados de sol se extendían a los lados de la carretera. William vio marranos y gallinas en los patios de las casas, gallos de pelea amarrados a estacas en los antejardines. En la ciudad vio mangos verdes tasajeados y espolvoreados con sal, urnas de vidrio donde se mantenían las cristalinas tajadas de piña, cascos de coco embebidos en luz, sumergidos en el agua.

Su mujer vivía en un apartamento pequeño, que mantenía muy pulcro y olía a ambientador. Allí comenzó el horror. Los hijos se

habían casado y ella vivía con la menor de las hijas, todavía soltera pero con un novio al que recibía todos los días en la sala. El muchacho, desagradable, de buena familia, manejaba un automóvil de llantas grandes, que al llegar y al irse producía un ruido demoniaco. A William lo acomodaron en el cuarto de la hija, quien aceptó el hecho con resignación, entre muñecas que perduraban a pesar de que la infancia y aun la adolescencia ya se habían ido, y cortinas color rosa que domesticaban y empalagaban la luz. La cama era demasiado blanda y tenía una almohada femenina y espumosa que ahogaba.

Aparte del ambientador, que amenazaba también con ahogarlo, al principio todo anduvo bien. Contenta en cierto modo de tenerlo de regreso, su mujer hacía que la muchacha del servicio le llevara café a la cama y le preparara desayunos especiales. William, caminando por el apartamento en levantadora y con un segundo pocillo de café en la mano, parecía la persona que alguna vez había sido. Se bañaba tarde, leía el periódico con calma, y a veces, viejo rito, se quedaba un rato en la sala con su mujer, comentando las noticias.

Pero fueron semanas fugaces. Era obvio que el apartamento resultaba estrecho, que no iban a vivir como marido y mujer y que él tenía que conseguir trabajo y buscar un sitio propio. Todo el mundo lo entendió rápido, especialmente William, quien empezó a madrugar a bañarse y abandonó las secciones placenteras del periódico para dedicarse a los clasificados. Empezó a salir de la casa con el pelo todavía mojado, para someterse a entrevistas y entregar currículos. Volvía ya de noche, silencioso y triste, y la gente lo sentía llegar y lo compadecía. Todo el mundo tenía que reconocer que

William estaba haciendo lo que podía para no convertirse en una carga, pero todo el mundo lo empezó a sentir como una carga.

Encontrar trabajo para alguien de su edad no era fácil. Los días y las semanas pasaban y William cada mañana abría los ojos, veía las muñecas y sentía otra vez el rechazo del apartamento y sus objetos. Cada día madrugaba más y tenía menos sitios adonde ir. A veces, después de un par de entrevistas inútiles, le daban las once de la mañana sentado en un café, con los clasificados leídos y releídos, y sin nada que hacer, como no fuera mirar con envidia el bullicioso mundo de la gente activa.

Crecía la exasperación general. El piso del apartamento era de madera y si acababa de ser encerado y brillado había que caminar usando un paño bajo cada zapato para no mancharlo. Cuando aparecía alguna mancha, la muchacha, a quien años duros habían traído una especie de maldad impotente aunque no siempre inofensiva, decía que era don William quien la había hecho. Su mujer no decía nada y se tragaba la exasperación con resignación cristiana. Todo el mundo estaba incómodo. Ver a su mujer con el aspersor de ambientador en la mano producía en William una tristeza inmensa, ganas de matarse, de irse otra vez para la calle, de ponerse a llorar. La hija quería a William, por supuesto, pero empezó a cansarse de dormir en el cuarto con la madre. El novio podía entrar con las botas embarradas y a nadie parecía importarle. A William dejaron de llevarle café a la cama y los huevos empezaron a llegarle con mucha sal o inundados en manteca. La muchacha decía que había gente que dejaba el lavamanos lleno de crema de afeitar. A William le habían dado llaves, pero después de las diez de la noche la puerta se aseguraba por dentro con una cadenita, y cuando su mujer le

abría en levantadora él no podía evitar sentirse culpable. En esas condiciones ir al Honka-Monka resultaba imposible. A sus amigos músicos y bailarines tuvo que verlos de día, con la luz realzando calvicies, arrugas y barrigas. Una mañana se vio discutiendo con la muchacha a causa de unas medias mal lavadas y la muchacha le dijo que si las quería mejor lavadas tenía que lavarlas él mismo. William se quejó con su mujer y ella dijo que era la mejor muchacha que había tenido en años y que no quería perderla. «Fíjese William que no es fácil encontrar honradas. Tenga paciencia», dijo.

Llevado por la desesperación, William se tragó el orgullo y empezó a visitar a los que habían sido sus amigos adinerados. Les ofrecía sociedad en negocios que según él no tenían pierde, les hablaba de sus éxitos en el exterior, trataba de convencerlos de que estaba bien y lleno de posibilidades, y terminaba pidiéndoles plata prestada y recibiendo lo poco que quisieran darle.

«Dejate caer por aquí en un par de meses», decían al despedirse, «a ver qué te tenemos».

De vergüenza en vergüenza, de tumbo en tumbo, pasaron algunos meses. Y entonces, cuando visitó al que había sido su socio, visita que había pospuesto el mayor tiempo posible y que le dolía más que ninguna por el modo desleal como el socio se había portado durante su quiebra, lo sorprendió el ofrecimiento, sin interés, de un capital con el que en realidad podía pensar en montar un negocio pequeño. Fue como un chorro de luz en medio de un aguacero denso. William dijo que no podía aceptar porque no sabía si alguna vez iba a estar en condiciones de pagarle, y el socio dijo que no se preocupara: «Si me podés pagar, bueno, si no me podés pagar, bueno también. Lo importante es que agarrés fuercita otra vez». «Lo pasado, pasado»,

dijeron, y se despidieron con un emotivo abrazo, apretado y algo torpe.

Ya para entonces William había ido adonde la mamá de Amparo, que vivía en compañía de Rogelio, anciano ya y un poco lacrimoso, y la lora, esplendorosamente verde, chiflada y al parecer inmortal. Menos inmortal, el vendedor de cortes de tela había perecido cuando se despeñó el bus en que viajaba con su mercancía rumbo a un pueblo de zona cafetera. La mamá de Amparo le había tomado cariño y lloraba contando la tragedia. «¡Era tan decente!», decía, y describía lo limpio y ordenado que había sido.

William la visitaba con frecuencia. Realizaba arreglos menores en la casa, cambiaba enchufes, remplazaba bombillos altos y abonaba el níspero del Japón. A cada visita miraba el cuarto que había sido suyo y de Amparo y pensaba en lo bueno que sería instalarse en él. Pero como no tenía manera de pagar el alquiler, ni de comer si se iba muy lejos de su mujer, ese sueño había sido hasta ahora irrealizable.

Lo primero que hizo William con la plata que le prestó el socio fue, pues, escapar del ambientador e irse a vivir con la mamá de Amparo.

«Ni más faltaba, por Dios, véngase cuando quiera», había dicho ella cuando él propuso alquilarle el cuarto.

Intenso el placer de despertarse y no ver las muñecas, delicioso oír el estrépito de la lora y el murmullo de la cadena de Rogelio, que se movía en el patio. Por un rato William miró el ventilador de techo y entonces sintió el olor a café y a fritanga. Después del desayuno se sentó en el corredor en pantaloneta a hacer la digestión y a mirar

las acacias florecidas, mientras en el patio de atrás la lora comía pan mojado en chocolate y se reía.

Lo segundo que hizo William fue poner una academia de baile.

«Yo tengo la casa, William», había dicho la mamá de Amparo cuando él le propuso sociedad. «Cuente con ella para lo que a bien tenga».

La Academia de Salsa Caribeña empezó a funcionar con las únicas inversiones del aviso en la casa y de una modesta pero constante propaganda en los periódicos. Después de la partida de Amparo habían dejado de venderse helados y hacerse alforzas, zigzags y aplicaciones, de modo que el aviso de la Academia estaba solo y era muy visible. Aparecía el mar, la arena, el horizonte, dos palmeras, unas piernas de mulata y unas rodillas de negro apretando unos tambores.

De todos los negocios que intentó William de ahí en adelante este fue el que le dio menos plata y el que le trajo más satisfacciones. Funcionaba en la sala, con el equipo de sonido que William había comprado cuando era rico y con la colección de discos que habían reunido él y Amparo. Además de la mamá, que aportaba la casa, la otra socia era una de las bailarinas del Honka-Monka, ya madura, que aportaba su capacidad de baile y se iba a la cama con William de vez en cuando.

El impacto que causó la noticia de que William había montado una academia de salsa fue menor que el causado años atrás por la revelación de que era el rey del Honka-Monka. Pero de todas formas fue un impacto. A los que habían sido sus amigos, a la gente del Club, a Genoveva, al socio, a su mujer, a todo el mundo le cayó en gracia que hubiera puesto una escuela de baile. Al socio le dio risa y

empezó a esperar a que se quebrara otra vez y otra vez apareciera a pedir plata; incluso tomó la resolución de volverle a prestar, advirtiéndole que esa ya sería la última vez. Su mujer dijo que a él era al único que se le ocurría semejante idea. Genoveva dijo: «¡Pero miren a ese don William!». Leonel, que se había quedado de un modo poco leal con la parte del almacén del socio y estaba muy rico, no dijo nada pero lo trató mentalmente de viejo pendejo. A la gente del Club le dio risa. Y a la familia del primo, en la Florida, también le dio risa, pero una risa especial, pues ninguno de ellos descartaba la posibilidad de que William saliera adelante con la empresa. «Y pensar que tuvo tanta plata», dijo la mujer del primo en medio del alboroto que había causado la noticia.

La empresa ciertamente siguió adelante. Se abrieron las matrículas, aparecieron alumnos, se cerraron las matrículas. Comenzó la música, comenzó la instrucción todas las tardes. Contra pronósticos y burlas, la academia, mal que bien, resultó negocio. La mamá y la bailarina madura, que habían sido siempre pobres y sabían apreciar cualquier plata extra que llegara, estaban felices; William, que no se había hecho ilusiones, se alegró también y se sintió más tranquilo ahora que no debía descapitalizarse para comer. Incluso podía pensar con serenidad en un negocio serio. Y mientras ese negocio aparecía se dedicó a gozar de la Academia.

William trató de darle al asunto un aire de profesionalismo y seriedad, pero después de cierto tiempo resultó inevitable que algunos alumnos aparecieran con botellas de licor y que las clases a veces se alargaran hasta convertirse en rumba franca. Alumnos y profesores se hicieron muy amigos y los fines de semana iban a bailar juntos al Honka-Monka. William no era el mismo bailarín

deslumbrante de antes, aunque todavía era excelente, y en el Honka-Monka se le apreciaba. Lo que había perdido en elasticidad y brillo lo había ganado en serenidad y solvencia. Y como su estilo ya no era tan barroco e imprevisible, los alumnos podían ver cómo lo hacía e imitarlo. William y la bailarina madura empezaron a sacar bailarines buenos de gente que tenía tanta disposición natural para el baile como una nevera, y excelentes bailarines de gente con talento.

Para el segundo semestre aparecieron más alumnos de los que la Academia estaba en disposición de recibir. William y la bailarina, que no querían matarse en un trabajo donde por más que se esforzaran no iban a enriquecerse, recibieron a los treinta que llegaron primero y cerraron las matrículas. La segunda tanda de alumnos resultó más dura de oídos y de piernas que la primera, pero así y todo la sacaron adelante. Parecía una gran familia, siempre en expansión. Los exalumnos seguían en contacto con la Academia. Llamaban para averiguar cuándo iban a hacer fiesta en la casa y participaban en los paseos a los ríos, donde todo el mundo bebía, se bañaba en el agua helada que bajaba de la cordillera y ayudaba a cocinar inmensos sancochos en las riberas pedregosas.

Por aquellos días William, muy bien vestido, entregó a su hija en matrimonio al muchacho de buena familia. La gente comentaba lo recuperado y joven que se veía William, lo elegante que estaba. Su mujer permaneció colgada de su brazo durante toda la ceremonia. Los padres del muchacho sabían que William vivía en casa de la mamá de su examante y que vivía de enseñarle salsa a la gente populachera. Pero eran personas de tacto y trataron de que la conversación durante la fiesta no rodara por terrenos peligrosos.

Todo el mundo asistió a esa reunión, pero nadie, con excepción del socio, tuvo el coraje de hablar de negocios con William. Al socio, pues, le contó William cómo iba la Academia, los planes que tenía, los negocios que había visto y descartado (una pequeña distribuidora de leche, un lavaseco, varias cafeterías). Le contó que a la mamá de Amparo se le facilitaba la lectura de la mano y que entonces, además de la Academia, se había montado un servicio de consejería espiritual. William mismo había escrito la publicidad para emisoras y periódicos.

—¿Y es rentable? —preguntó el socio, con ojos brillantes y expresión seria. William se rio.

—La vaina da, ¿sabés? Da para la publicidad, en todo caso. Y a la mujer le ha dado para cosméticos, cortinas, carajadas.

Cuando el socio, con ojos todavía brillantes, dijo que estaba de acuerdo en que al principio era mejor reinvertir las ganancias, William volvió a reírse.

—Yo sé que vos ya no bailás, pero cuando querás andá y te leemos la mano, ¿oíste?

Poco después del matrimonio, el tan buscado negocio pareció llegar en la forma de una fábrica de dulces con la que un señor viudo y sin hijos, ya anciano, se ganaba la vida en uno de los pueblos por los que la gente de la Academia, con ollas, plátanos verdes y gallinas todavía crudas, pasaba con frecuencia.

El viejo vivía y trabajaba en una casa grande de tapia, cerca de la plaza del pueblo, y preparaba los dulces en hornos que su padre había construido en el solar. Revolvía los almíbares con mecedores de madera que parecían espátulas gigantes. La receta de los dulces la había heredado de su padre, que la había heredado de su abuela.

En el solar, además de los hornos, había árboles de mango y naranjos. Las pailas eran sobrevoladas por avispas y abejas, y a veces las avispas y abejas caían en las pailas y los clientes las encontraban vitrificadas en los dulces. Pero no les importaba. Los dulces se vendían en una tienda montada en uno de los cuartos que daban a la calle, atendida por una mujer negra que mantenía el radio encendido todo el día. Y eran, por supuesto, los dulces más deliciosos del mundo.

William los probó, le pidió permiso al señor para entrar y mirar la fábrica y vio que era la oportunidad de su vida. Empezó a visitarlo con frecuencia y a hacerle las primeras insinuaciones de que él, William, se podía encargar de la distribución de los dulces por los pueblos del Valle del Cauca. William empezó a soñar con una fábrica moderna, propaganda, distribución a lo largo y ancho del territorio nacional y posibles exportaciones a Ecuador y Venezuela. Pero el viejo era muy desconfiado y William tuvo que controlarse. Lo que tenía entre manos era una mina, y la única dificultad seria antes de empezar a enriquecerse era ablandar la terquedad de un viejo mañoso. Tratando de conservar la calma, lo trabajó durante meses antes de que el viejo accediera a venderle un volumen suficiente para justificar la compra de una camioneta vieja pero bien cuidada en la que empezó a recorrer los pueblos vendiendo los dulces.

De pueblo en pueblo, de tienda en tienda, vestido de guayabera y cargando un maletín de cuero, William entraba, se tomaba un par de aguardientes, le buscaba conversación al dueño y ofrecía el muestrario. «Pruébelos nada más, para que vea lo que es bueno», decía.

Nunca en su vida había tenido entre manos un producto que saliera tan fácil. Empezaba a trabajar a las nueve de la mañana y a la una de la tarde ya tenía la camioneta vacía y pedidos suficientes para copar la producción quincenal que se le garantizaba. Regresaba entonces a la fábrica y trataba de convencer al viejo de que le triplicara el volumen. William se tenía confianza convenciendo a la gente, pero este era un caso especial.

«Y si se los vendo todos a usted, ¿qué vendo yo aquí?», decía el viejo. «Dígame». William le decía que no tenía necesidad para nada de matarse en la fábrica, que lo importante era modernizar, meter máquinas y dedicarse a rascarse la barriga. William se encargaría de levantar los préstamos y montar en seis meses una fábrica del carajo. William se encargaría de distribuir a todas partes, Bogotá, Medellín, Ecuador…

El viejo decía que no quería rascarse la barriga.

William no se dejaba impacientar. Había que desgastar, tirar y aflojar, marear, tomarse el tiempo del mundo. Siguió distribuyendo los dulces que le daban y aprovechó para comprar un lote de ollas y peroles que vendía en los pueblos donde vendía los dulces.

«Y pensar que tuvo tanta plata», comentaban las señoras como en un coro lejano.

William trabajaba con alegría. No sólo le gustaba enseñar en la Academia o meterse con su camioneta por entre los cañaduzales iluminados por el sol, entrar a los pueblos, parquearla bajo las ceibas y samanes y tomar aguardiente con los dueños de las tiendas, sino que trabajaba convencido de que era otra vez un hombre rico. Ponerle las manos encima a esa fortuna era sólo cuestión de paciencia. No había pierde. Al socio le habló del asunto y le dio a

probar los dulces. El socio estuvo de acuerdo en que eran muy buenos y ofreció meter plata, la que se necesitara, en el asunto. «Vos nada más decime cuándo hablamos con el hombre», dijo, «y le empezamos a echar candela al asunto».

Al viejo le caía muy bien William. Con los años terminaría tratándolo como si fuera un hijo, y William conservaría siempre la ilusión de que algún día tendría que ceder. Ilusión vana. Después de mucho tiempo logró que le aumentara un poco el volumen, y eso fue todo.

Además de dulces y ollas, William, para aprovechar mejor la ruta, empezó a distribuir la imitación de un famoso perfume francés. No le decía a la gente que se trataba del mismo perfume, a pesar de que pudo haberlo hecho, pues el empaque era perfectamente igual; decía que era una imitación pero que era mejor que el original. Se lo daba a oler a las señoras y muchachas, y después les daba a oler el original y les preguntaba que cuál era el mejor. Ellas nunca sabían. El de William era diez veces más barato y lo vendía sin problemas.

—¡Don Bernardo, por Dios, usted no sabe el dineral que tenemos aquí! —le decía al viejo al menos dos veces por semana.

El viejo decía que mucha plata es un encarte y que «tenemos» era mucha gente.

—Entonces véndame la fórmula. Pídame un precio.

—¿Y que después te agarrés a vender y me dejés en la miseria?

William le decía que si le daba tanta desconfianza, que arrancaran como socios. Pero aquello era ya volver al principio, volver a empezar un diálogo que con el tiempo se convirtió en rito de amistad, casi en juego.

Además de la mano, la mamá de Amparo aprendió a leer la bola de cristal y el tarot, y se llamó Señora Denise. Frente a su casa se detenían carros lujosos de donde salían señoras angustiadas y ociosas que se hacían la ilusión de un futuro lleno de misterios y peligros. Como a la Señora Denise la clientela le aumentó demasiado, la Academia debió trasladarse a un local, no lejos de la casa, donde antes había funcionado una panadería. Pero las fiestas se hacían todavía en la casa y a los paseos a los ríos iba la Señora Denise acompañada de sus clientes más queridos.

William, como un minero que se resigna a sembrar maíz al lado de una veta imposible, se acostumbró a vivir al borde de la riqueza. Don Bernardo consiguió un ayudante retardado, de ojos azules y mucha fuerza, y con él pudo aumentar la producción, sólo para que a William le fuera un poco mejor. Pero nunca quiso saber de máquinas, de Ecuador, de Venezuela, ni de campañas publicitarias.

William vendió dulces muchos años.

Vendió ollas y perfumes, artículos de oficina, relojes, papelería, juguetería y todo lo que encontrara por ahí, en fin, que pudiera ser comprado barato y vendido un poco más caro.

Vendía, bailaba, encendía la leña en los paseos. Bebía aguardiente con los dueños de las tiendas. Se sentía feliz cuando lograba, no demasiado a menudo, tomarle el pelo a don Bernardo. De vez en cuando la antigua ambición regresaba, como el dolor de una vieja herida, y lograba marchitarle el alma por un rato. Pero entonces había que bailar o cargar la camioneta, y se olvidaba de nuevo y seguía disfrutando de los asuntos de su vida.

Un día estaba Rogelio comiendo nísperos en las ramas altas del níspero del Japón. El calor se había hecho pesado y nubes grises y

solemnes, color plomo, se habían apoderado del cielo. En los árboles los pájaros habían dejado de moverse y hacer bulla. Con ojos entrecerrados, ajeno a la inmensa tormenta que flotaba encima suyo, Rogelio masticaba un níspero maduro. La Señora Denise lo había vestido con un pequeño chaleco de gitano.

El rayo salió del nubarrón horrendo y aniquiló un sauce que por mucho tiempo se había mecido a dos cuadras de la casa.

El mico se desprendió del árbol con el corazón desbaratado y cayó como una fruta gigantesca. Se movió un poco el viento y empezaron a caer los goterones.



«La obra de Tomás González está llena de inteligencia, compasión y poesía, de personajes inolvidables y escenarios tan cercanos como poéticos».

Mariana Enriquez

Este magnífico volumen de relatos es, en esencia, un catálogo de vidas que continúan pese a todo: la del pintor que intenta sobrevivir a su duelo pero cae en la indigencia en un país extranjero; la del admirable profesor de colegio que se deja llevar por el deseo así lo que venga sea la ruina; la de la mujer que se empeña en embarcarse en un viaje marino en busca de algo parecido a una resolución; la del hombre que trata de sacudirse la violencia para ganarse el derecho de volver a casa; la del negociante y bailarín de salsa incansable víctima de su doble vida. Seguimos a este quinteto de protagonistas, cuento a cuento, por las agobiantes calles neoyorquinas, por el laberinto de plantas sin control de un apartamento que acoge una pasión, por las olas trepidantes del océano, por un aguacero que sucede a traición, por las sombras y luces de un árbol de níspero, y poco a poco entendemos que

aquellos lugares reflejan los espíritus perdidos pero impetuosos de sus personajes.

Si alguien quiere entrar en la obra extraordinaria de Tomás González —un vaivén de los silencios a los hallazgos que la vida y la literatura nos conceden de vez en cuando— hará bien en leer estos retratos magistrales de mujeres y de hombres que no sólo no se dejan tragar por el alud de la tragedia, sino que se aferran con ferocidad a las conmovedoras jornadas que los reivindican.



TOMÁS GONZÁLEZ

Tomás González (Medellín, Colombia, 1950). Estudió Filosofía en la Universidad Nacional y trabajó como barman en la discoteca El Goce Pagano, que publicó su primera novela a finales de 1983. Vivió dieciséis años en Nueva York, donde escribió buena parte de su obra y se ganó la vida como traductor. Volvió a Colombia en 2002, donde reside actualmente. Su obra incluye las novelas *Primero estaba el mar* (1983), *Para antes del olvido* (1987, ganadora del V Premio de Novela Plaza y Janés), *La historia de Horacio* (2000), *Los caballitos del diablo* (2003), *Abraham entre bandidos* (2010), *La luz difícil* (2011), *Temporal* (2013), *Niebla al mediodía* (2015) y *El fin del océano Pacífico* (2020); el poemario *Manglares* (1997); los libros de relatos *El rey del Honka-Monka* (1995), *El lejano amor de los extraños* (2013), *El Expreso del Sol* (2016), *Vista del abismo* (2025) y la antología *La espinosa belleza del mundo* (2019), así como la colección de ensayos *Asombro* (2021). Sus libros han sido traducidos a varios idiomas, y en 2025 recibió el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas por toda su obra.

© Archivo particular



Título original: *El rey del Honka-Monka*
Primera edición en Alfaguara: junio de 2026

© 1993, Tomás González
© 2017, edición revisada por el autor
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Carrera 7.ª n.º 75-51, piso 7, Bogotá, D. C., Colombia
PBX (57-601) 743 0700
penguinlibros.com

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Lorena Calderón Suárez
Imagen de cubierta: © luoman, Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna

manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN 978-628-7880-36-8

Conversión a formato digital: Numerikes

Índice

El rey del Honka-Monka
Epígrafe
Verdor
Aguaceros de mayo
Viaje infinito de Carola Dickson
Víctor viene de regreso
El rey del Honka-Monka
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

El rey del Honka-Monka
Epígrafe
Verdor
Aguaceros de mayo
Viaje infinito de Carola Dickson
Víctor viene de regreso
El rey del Honka-Monka
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos